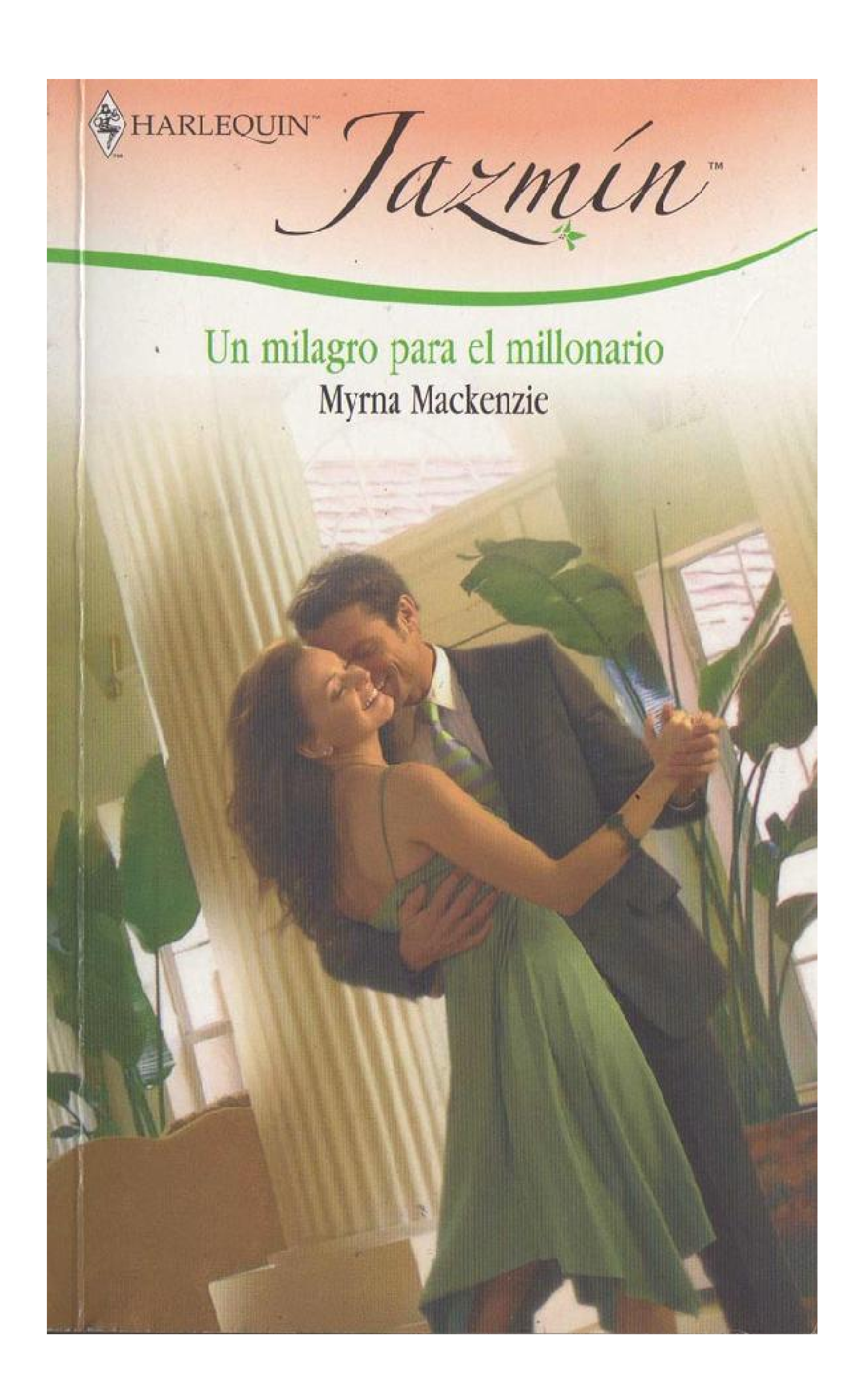


Un milagro para el millonario

Myrna Mackenzie

Un milagro para el millonario
Myrna Mackenzie
19º Serie Multiautor "De corazón a corazón"


HARLEQUIN™
Jazmín™
Un milagro para el millonario
Myrna Mackenzie

Un milagro para el millonario (2009)
Título Original: Her millionaire, his miracle (2008)
Serie Multiautor: 19º De corazón a corazón
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2248
Género: Contemporánea
Protagonistas: Jeremy Fulton y Edén Byars

Argumento:

Conquistar a aquel hombre sería una dura tarea…

El rico y poderoso Jeremy Fulton no había necesitado a nadie en toda su vida. Ahora se estaba quedando ciego y tenía que revelar su secreto a una mujer que en otro tiempo pasaba desapercibida para él: la tímida Edén Byars. Aceptar su ayuda temporal sería difícil, e intentar hacer algo con la atracción que sentía por ella, imperdonable.

Jeremy afirmaba que no tenía nada que ofrecerle a una mujer, pero Edén no estaba dispuesta a renunciar al hombre que había amado durante tanto tiempo. ¿Podría encontrar el modo de llevar luz al corazón de aquel millonario orgulloso?

Capítulo 1

«Da media vuelta. Vete a casa. Esto puede salir muy mal. ¿En qué estaba pensando cuando decidí hacer esto?». Edén Byars intentó parecer tranquila mientras el ama de llaves de Oak Shores la precedía por la mansión de Jeremy Fulton en Chicago, pero sus pensamientos no parecían dispuestos a seguirle el juego.

Se dijo que debía seguir andando. Aquella oportunidad era demasiado buena. No podía dejar que la estropearan recuerdos incómodos.

—¿Cómo dice? —preguntó el ama de llaves.

Edén parpadeó. ¿Había pensado en voz alta? Tal vez.

—La casa es hermosa —dijo, procurando controlarse—. Lo había olvidado.

En realidad, nunca había estado dentro. Ni siquiera en el jardín ni en el largo camino de la entrada bordeado de robles. De hecho, sólo había podido ver la casa de lejos en invierno, cuando caían las hojas.

La mujer asintió.

—Sí, no hay otra igual. El señor Fulton está en la biblioteca, justo por aquí. La espera —señaló unas puertas enormes de caoba y volvió a su trabajo.

Edén se quedó delante de las puertas y se alisó la falda azul marino con las manos. Era tonto estar nerviosa. Apenas había conocido a Jeremy diez años atrás. Habían intercambiado una docena escasa de palabras aparte de hola y adiós. Eran de clases sociales diferentes y lo tenían todo diferente. Había sido una relación inexistente.

Excepto porque ella había estado enamorada en secreto de él hasta…

Su rostro enrojeció de vergüenza. Respiró hondo.

Aquello era agua pasada y él no se acordaría. Y si se acordaba, daba igual. Necesitaba el puesto que Jeremy tenía libre. El destino parecía haberla ayudado el mes anterior, pero luego había vuelto a quedarse sin suerte. Los acreedores no dejaban de llamar y todos sus planes corrían el riesgo de evaporarse si no hacía algo rápidamente.

Sintió náuseas. La idea de presentarse ante Jeremy y mostrar su desesperación mientras él la juzgaba le hizo recordar la época del

instituto, donde nunca había conseguido integrarse.

Pero de eso hacía mucho. Ahora ya no estaba siempre violenta como entonces. Había cambiado.

Y al parecer, Jeremy también. A lo grande.

Edén recordó lo que había oído y cerró los ojos. Intentó no pensar en cómo había sido él en otro tiempo con aquella mirada que desarmaba y su modo salvaje de hacer que las chicas se lo perdonaran todo. Brillante, rápido y siempre de paso, había sido el chico más vital que ella había conocido nunca.

Y ahora era…

Edén se dijo que no debía pensar en eso. Si lo hacía, no podría seguir adelante.

Y tenía que seguir. Era preciso. La situación de Jeremy no la incumbía. Además, ya no era el chico que la tenía loca. Sólo era un hombre que tenía un trabajo, alguien que podía ayudarla o arruinarla y no serviría de mucho quedarse fuera de la biblioteca. Si no demostraba a Jeremy que era la mejor, si no lo convencía de que la contratara…

Perdería todo aquello por lo que había trabajado.

Los sueños lejanos que la habían hecho seguir adelante el último año no se materializarían nunca.

—No permitiré que ocurra eso —susurró.

Otra vez no. Ignoró los latidos fuertes de su corazón y sus recuerdos desafortunados. Respiró hondo, empujó la enorme puerta de caoba y se dispuso a enfrentarse al pasado.

Jeremy se levantó de la mesa donde estaba sentado cuando se abrió la puerta. Su ama de llaves lo había llamado para decirle que Edén había llegado hacía unos minutos y él se preguntaba por qué no se había presentado todavía.

Aunque tampoco se lo preguntaba mucho, pues imaginaba que se necesitaba valor para ver a un viejo conocido en esas circunstancias. Pero se negaba a examinar sus circunstancias. Por ese camino había demasiados sentimientos peligrosos, algo que había aprendido a evitar. Habría preferido alguien que no lo hubiera conocido antes, pero a Edén la enviaba su prima Ashley, una vieja amiga de Jeremy en la que confiaba plenamente.

Miró a Edén y giró la cabeza para tener la mejor vista posible de ella, una costumbre a la que se había acostumbrado últimamente y que funcionaba, aunque imperfectamente.

Sonrió, rodeó la mesa y caminó hacia ella con una facilidad fruto de la práctica reciente y de años de atletismo.

—Edén, me alegro de verte.

Miró a la mujer esbelta y atractiva. Parecía distinta, más vibrante de lo que recordaba, y no creía que fuera un truco de sus ojos. Cuando estaban en el instituto, la veía a veces en los pasillos y, aunque ella era bonita, con sus ojos grandes grises y su pelo largo castaño, siempre había tenido aspecto tímido y asustado.

Ahora, sin embargo, no irradiaba timidez. Tenía la barbilla levantada y había determinación en su postura. Aunque era pequeña y delicada, lo miraba con osadía. Esa determinación convertía a una chica que antes sólo había sido bonita en una mujer mucho más interesante.

—Tienes buen aspecto, Jeremy —dijo con voz agradable y curiosamente suave. Pero inclinó un momento la cabeza antes de obligarse a levantarla de nuevo.

Jeremy captó el movimiento. Ella conocía su situación y estaba decidida a ignorarla y fingir que no ocurría nada.

Él se acercó más y respiró hondo. Era mejor lanzarse en picado. La persona que aceptara aquel puesto tendría que afrontar situaciones difíciles y posiblemente también conversaciones incómodas. Era hora de que empezara la valoración en serio.

—La Edén que yo conocí no se habría atrevido a decirme que tengo buen aspecto —musitó.

Edén se puso rígida, como si no supiera cómo reaccionar, pero levantó más la barbilla.

—La Edén que tú conociste ya no existe.

Él asintió, aunque no la creía del todo. Todo el mundo lleva consigo partes de su antiguo ser. Él, desde luego, las llevaba.

—En ese caso, doy la bienvenida a la nueva Edén.

Jeremy le tendió la mano y ella se la estrechó. Eso aumentó la conciencia que tenía él de ella como mujer, pero no lo mostró. Cuando era más joven, su rabia por su destino y por su tía y tutora lo habían llevado a un comportamiento deliberadamente temerario que se había ganado la admiración de sus compañeros y provocado la

furia de su tía. Pero ni siquiera entonces había mezclado nunca a inocentes como Edén en sus juegos.

Las muchachas tímidas y empobrecidas presentaban riesgos con los que él no quería lidiar.

Todavía era así y ahora, más que nunca, intentaba controlar sus sentimientos. Su código siempre había sido: «Nunca muestres debilidad, nunca intimes con nadie». En esos tiempos, con el futuro demasiado complicado e incierto para considerar siquiera la posibilidad de tener una relación, su reacción física ante Edén era una señal segura de que debía despedirla. Pero había prometido a Ashley que trataría a su prima con justicia.

—¿Por qué no te sientas y hablamos? —señaló unos sofás y se mantuvo a distancia de ella mientras avanzaba hacia ellos. Era delgada y compacta, y sus movimientos tenían gracia. Frunció el ceño por no haber sido capaz de no fijarse en eso. Cómo se moviera Edén no tenía nada con ver con aquel trabajo.

Jeremy apoyó la cadera en un gabinete de madera de cerezo que databa de la época colonial.

—Ashley es una experta en recursos humanos y cree que eres la persona ideal para el puesto.

—Sí, lo sé. Y yo siempre he respetado sus opiniones.

Su audacia hizo sonreír a Jeremy. ¿Se había ruborizado al decir eso? No estaba seguro. Los colores empezaban a ser un problema, pero estaba casi seguro de que se había sonrojado.

Interesante. Recordó a la Edén joven y tímida y se preguntó qué parte de aquella asertividad era pura actuación. El puesto en cuestión lidiaba con temas sensibles y tenía que contratar a la persona indicada. Le hubiera gustado poder captar mejor su expresión, pero sólo había dos metros entre ellos y, a tan poca distancia, el ángulo era el equivocado. No podía enfocar el rostro de ella.

Sintió frustración, pero la reprimió enseguida. Ella no tenía la culpa de sus limitaciones.

—Ashley me ha dado a entender que te gustaría este trabajo a pesar de que ni ella ni tú conocéis más que los requerimientos básicos y ninguno de los detalles. Perdóname, pero aunque eso me dice que necesitas el trabajo, éste es un puesto especial. Requiere sinceridad y confianza, y tengo que saber exactamente a quién contrato. A pesar de que nos criamos juntos y nos conocimos un poco, no es lo bastante

para ofrecerte el puesto sin saber algo más de ti.

Edén se mostró nerviosa por primera vez. Sus manos agarraron la falda y tiraron de la tela. Hasta él pudo ver aquel movimiento revelador. Respiró hondo, pero lo miró directamente a los ojos.

—Me temo que lo poco que sabes de mí no es especialmente halagador. Nuestro pasado… al menos un día… es algo que he lamentado…

Su voz temblaba levemente, pero sostenía la mirada. De pronto aumentó la tensión y el pasado entró en el presente. Jeremy sabía muy bien a qué se refería ella. Un día, mucho tiempo atrás, justo antes de que él partiera a la universidad, la había sorprendido inclinada sobre su perro, que acababa de morir. Jeremy no recordaba mucho del pobre animal excepto que estaba gris por la edad. Sí recordaba que Edén parecía no saber quién era él. Se abrazó a él y él hizo sin pensar lo que probablemente habría hecho cualquiera en esa situación. La rodeó con sus brazos y la dejó llorar. Y luego ella, cuando dejó de sollozar, levantó el rostro bañado de lágrimas, le echó los brazos al cuello y le dio un beso apasionado y firme.

El cuerpo de él respondió instantáneamente a la sensación del cuerpo femenino, pero un resto de decencia le hizo portarse bien. Dada la situación, se limitó a abrazarla y dejarse besar y ella no tardó en retirarse avergonzada y salir corriendo. Tres semanas después, él se había ido a Yale y no había vuelto a verla.

Ahora revivió aquel momento. Ella se disculpaba para intentar despejar la atmósfera y borrar el pasado. En esas circunstancias, un caballero seguramente fingiría que no recordaba el incidente, pero si acababa contratándola, tendría que contarle sus propios secretos terribles. Tendría que haber un mayor grado de confianza entre ellos. Fingir ignorancia no era una opción.

—¿Cómo se llamaba tu perro? —preguntó con gentileza.

—Elton —repuso ella sin vacilar. Volvió un momento la cabeza como para recuperarse un poco antes de mirarlo de nuevo—. Es verdad que ya no soy la misma persona de entonces —dijo—. Dudo que fuera un secreto que estaba loca por ti, pues lo estábamos todas. Pero eso no será un problema ahora. Ya no soy tan impresionable y no busco a un caballero andante que me salve. De hecho, por razones personales, ya no me interesa ni la posibilidad de una relación, así que, si me contratas, no tendrás que temer que me ponga a soñar

despierta o a chocar con las paredes siempre que estés cerca. Ni… ni que vuelva a besarte.

—No fue terrible que me besaras —repuso él—, pero tienes razón. Ésta sería una relación muy diferente. Tú serías mi empleada. Yo no esperaría contacto físico y tampoco intentaría besarte a ti.

Notó que ella se ponía tensa.

—No, claro que no —dijo—. Jeremy, sólo he venido porque necesito y quiero trabajar. He venido porque Ashley cree que puedo ayudarte. Tengo cosas importantes que ofrecer.

Jeremy la observó un momento, con creciente admiración. Edén seguía tensa. A pesar de su pobre visión, él veía que abría y cerraba los dedos en la falda. Sin embargo, se mantenía erguida y orgullosa. No salía corriendo a pesar de su incomodidad.

—Todavía no conoces los hechos referentes al trabajo —dijo.

—No, es cierto. Quiero conocer los hechos, por supuesto, pero asumo que me dirás lo que necesite saber antes de que ninguno de los dos tenga que tomar una decisión.

Jeremy no veía los detalles de los ojos grises de ella, pero sí sentía su mirada posada en él. Respiró hondo y captó un olor como a violeta. Sin duda era porque la creciente oscuridad de su estado lo obligaba a depender de otras cosas aparte de la visión, pero era consciente de Edén de un modo que no lo había sido antes. Había casi un zumbido eléctrico entre ellos, como si hubieran conectado un interruptor primitivo el día lejano en el que se habían tocado y a él le costaba trabajo desconectarlo. Eso no era buena señal y, sin embargo, en los últimos momentos había decidido que se alegraba de que no fuera una desconocida. El orgullo lo había ayudado a superar los peores momentos de su vida. Había mantenido sus secretos encerrados dentro. Ahora tenía aún más secretos y eran demasiado dolorosos y personales para confiárselos a una desconocida. Sólo pensar en la situación que lo había llevado a necesitar ese trabajo lo llenaba de furia y remordimientos, pero se obligó a seguir allí y concentrarse en Edén, pese a que esa concentración tenía también sus peligros.

—Te diré lo que quieras saber antes de encomendarte el trabajo, pero primero necesito hacerte unas preguntas.

Edén asintió, pero parecía incómoda de pronto. Respiró con fuerza.

—Está bien. Pregunta. Que empiece la fiesta —lanzó un gemido—. No puedo creer que haya dicho eso. Discúlpame.

Pero la tensión que embargaba a Jeremy se disipó un tanto y no pudo reprimir una risita.

—Digamos que tienes buena memoria. Y eso es bueno. Casi había olvidado cuánto usaba yo esa frase.

Edén se esforzaba por no moverse. No se había dado cuenta de lo difícil que sería estar tan cerca de Jeremy. Estaba más atractivo que nunca, con sus ojos ámbar intensos y su pelo caoba brillante. Por el aspecto de su cuerpo, era evidente que todavía hacía ejercicio y sus hombros amplios y caderas estrechas la habían excitado más de una vez.

Sólo el modo en que inclinaba la cabeza y parecía enfocar un punto a un lado de la cara de ella traicionaba su situación. Y las líneas de tensión que antes no estaban presentes. Nada de eso podía esconder el hecho de que era dolorosamente atractivo.

Y ella había tenido suerte de recordar esa frase del pasado. Cuando Jeremy era joven y salvaje, la decía a menudo, probablemente para irritar a su tía.

—Supongo que es un detalle que se me quedó grabado —dijo encogiéndose de hombros.

Él asintió.

—Los detalles pueden ser importantes. Muy importantes en algunos casos. Dime algunos detalles de ti.

Edén respiró hondo. Él no había dejado de mirarla en ningún momento. De hecho, cuando ella había hecho el comentario estúpido de que no volvería a besarlo, él la había mirado a los ojos, haciendo subir la temperatura de ella y su conciencia de él como hombre. Pero ahora era distinto. La concentración de Jeremy parecía haber aumentado mucho. Si perseguía el éxito con el mismo fervor, Edén entendía que hubiera triunfado tanto y conseguido tantos clientes en el campo de la tecnología. Daba la impresión de que concentrara todo su ser en ella, como si todas las células de su cuerpo esperaran la respuesta de ella.

Si quería seguir respirando y funcionando con normalidad, tenía que ignorar eso. No podía volverse ahora tímida y silenciosa.

—No sé lo que te ha dicho Ashley, pero como profesora en un colegio privado de St. Louis, tengo los veranos libres —consiguió decir—. Estoy disponible hasta que termine agosto.

Muy disponible. Seis semanas atrás su coche se había averiado y había tenido que reemplazarlo. Luego, el mes anterior, se habían visto obligados a recortar gastos en su colegio y había conseguido conservar el trabajo, pero perdido todas sus actividades extraescolares. Todavía le faltaba pagar la última y más grande de las deudas que le había dejado su ex marido y los acreedores se mostraban impacientes. Con ese trabajo podría quedar libre. Sin él, la esperaba la bancarrota.

Jeremy se enderezó, se apartó del gabinete y se acercó unos pasos. Un rizo caoba le cayó sobre la frente y Edén sintió el impulso de lamerse los labios, moverse con nerviosismo en la silla, levantarse y echar a andar por la habitación. En lugar de ello, cruzó las manos en el regazo y esperó.

—Ashley me ha dicho que criaste a tus hermanos casi sola.

Edén parpadeó. ¿Él no sabía eso? ¿Pero por qué iba a saberlo? Que hubiera sido amigo de Ashley no implicaba que hubiera conocido la vida de su prima.

—Sí. Mis padres se divorciaron pronto y mi tío, el padre de Ashley, nos dejó vivir en una casa de su propiedad, así que teníamos un techo, pero mi madre estaba enferma a menudo —su madre había sido alcohólica hasta su muerte, el año anterior. Había sido cariñosa, pero poco eficaz.

—O sea que entre tu trabajo y tu vida personal, has tenido mucha experiencia con niños y padres —Jeremy la observaba ahora con más atención, con expresión más intensa.

—Sí, por supuesto —Edén frunció el ceño—. Me temo que… no comprendo. Ashley me dijo que tenías un proyecto a corto plazo, pero esas alusiones a niños… ¿tienes niños a los que deba cuidar?

—Perdóname, Edén. Sólo unas preguntas más. Luego, si estamos de acuerdo, te explicaré.

Ella lo comprendía. Si no estaban de acuerdo, la despediría y ella no sabría nunca lo que pasaba allí. Se iría a casa con las manos vacías.

—De acuerdo.

Siguieron unos segundos de silencio.

—Si tuvieras que dar una mala noticia a un niño o a los padres de ese niño, ¿crees que podrías hacerlo con tacto? Y… no pretendo insultarte, ¿pero puedes prometer que las cosas de las que te enteraras no pasarían más allá?

Edén casi se echó a reír. Había pasado años explicando los lapsus y las ausencias de su madre a sus hermanas. Además…

—Jeremy, soy profesora. Dar malas noticias es parte de mi trabajo. En cuanto a tu segunda preocupación, la confidencialidad es importante en mi profesión. Lidio regularmente con temas sensibles. Abuso, abandono, problemas de aprendizaje, problemas psicológicos… Jamás comentaría esas situaciones fuera de los límites de las personas afectadas. Jamás traicionaría a un niño ni a los padres de ese niño —buscó pruebas en su mente. Hablar era fácil, pero podía no resultar convincente—. Nunca le he contado a nadie lo del coche —dijo con suavidad.

Jeremy se echó a reír.

—Muy bien hecho.

—¿No lo has olvidado?

—Edén, un hombre no olvida el día en el que destroza un Aston Martin. Es un suceso de los que te cambian la vida. Yo no tenía que haber llevado ese coche. Era el favorito de mi tía. Para ella era como un miembro de la familia. Y aunque nunca me cayó bien y a mí ella me detestaba, aun así… fui un imbécil —movió la cabeza—. Y no, creo que no lo contaste porque, cuando salí del coma dos días después del accidente, todos habían asumido que había chocado con aquel stop por culpa de otro conductor.

—En cierto modo fue verdad. Giraste para evitar darle a otro conductor.

Jeremy negó con la cabeza.

—Pero si no hubiera cometido la estupidez de apartar los ojos de la carretera para saludarte con la mano, habría visto el coche y habría frenado. No habría tenido que girar.

Edén recordaba bien aquel día. Su tío la había obligado a ponerse un odioso vestido de flores naranjas y rojas procedente de un donativo, para mostrar su gratitud por el regado, según él, y ella no quería que Jeremy la viera con él. Al ver su coche, había intentado esconderse detrás de un árbol, pero no había sido lo bastante rápida. Sus ojos se habían encontrado y a él no le había quedado más

remedio que saludarla.

—Pero al final hiciste lo correcto —dijo—. Cuando te pusiste bien, se lo contaste todo a tu tía.

—Pero tú me guardaste el secreto —musitó él.

—Era tu secreto —repuso ella con sencillez.

Lo decía en serio. Una chica que se había criado con una madre alcohólica sabía muy bien lo que era tener que afrontar verdades humillantes. Entre eso y el último año, después de la traición y abandono de su esposo, sabía lo que era tener cosas que quería ocultar al mundo.

—No era mío para contarlo.

—¿Y si hubiera herido a otros en ese accidente?

Edén cerró los ojos y apartó la vista.

—Lo habría contado —repuso, aunque suponía que no era ésa la respuesta que buscaba él.

Siguió un silencio. En algún lugar sonó un reloj. Edén esperó, segura de que le diría que se marchara.

—Te voy a contar un secreto —dijo al fin Jeremy—, y si luego sigues queriendo el puesto, te contrataré. Pero puede que después te arrepientas de ello.

Ella se arrepentía ya. Desde el minuto en que la había llamado Ashley se había arrepentido de pensar siquiera en ir allí. Pero sabía que aceptaría el trabajo a pesar de los arrepentimientos.

—Dime lo que necesite saber.

Jeremy la miró y ella, por un segundo, habría podido jurar que la veía claramente. El corazón le latió con fuera.

—Cuando estaba en la universidad fui donante de esperma. Mis razones eran… no las de costumbre y no eran honorables. No lo hice por el dinero, como tantos donantes. Y tampoco pretendía hacer algo noble por intentar ayudar a otro ser humano. No quiero entrar en detalles, pero digamos que fue un acto impulsivo y que toda la experiencia fue breve, ni siquiera duró los meses a los que se comprometen la mayoría de los donantes. No obstante, quizá engendré hijos. Muy probablemente sí, aunque no tengo ni idea de cuántos puede haber. No muchos, supongo. Pero… —su mandíbula se endureció.

A Edén le latía con fuerza el corazón. No sabía adonde iba a parar aquello, pero sabía que no era a un buen lugar. Hizo ademán de

hablar, pero él levantó una mano para detenerla.

—Edén, es importante que encuentre a los hijos que puedo haber engendrado. Tengo buenas razones, no razones frívolas, y necesito…

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos.

—Es porque te estás quedando ciego y temes por ellos —dijo.

—Sí.

—¿El banco de esperma?

—Cerró. He contratado a un detective privado para que me ayude, pero cuando tengamos información, tendrá que haber contacto personal. Quiero ayudar a todos los afectados, enviarlos a gente que pueda aconsejarles, ofrecerles dinero y cuidados si ocurre lo peor. Quiero que sepan lo que pueden esperar. Tengo que hacer esto bien. Hay que proteger a esos niños y a sus padres. Hay que abordarlos con sensibilidad, más de la que yo me considero capaz.

Ella se levantó y se acercó a él. El deseo de tocarlo era muy fuerte, pero no podía hacerlo.

—Dime lo que pueden esperar. ¿Qué puedes hacer tú? ¿Qué es lo que ves?

Él la miró y ahora, con un espacio mínimo separándolos, percibió todo el impacto de estar tan cerca.

—No puedo hacer todo lo que hacía, pero hago todo lo que puedo —repuso él con calma—. Y todavía te veo. Al menos de momento. Todavía puedo verte casi entera.

La respiración de Edén se aceleró. No sabía lo que significaba «casi entera», pero el hecho de que se concentrara en ella con tanta fiereza la ponía nerviosa.

—¿Se te dan bien los niños? —preguntó él.

—Sí. Muy bien. Mis alumnos están contentos conmigo. Mis hermanas ahora no viven cerca, pero llaman a menudo.

—Entonces te interesa la gente joven. Puedes hablar con ellos y sus familias.

Él seguía cerca. Ella consiguió asentir.

—Puedo hacerlo.

—Cuando llegue el momento —continuó él—. Cuando los encuentre, necesitaré a alguien que comprenda las complejidades, miedos y alegrías de los niños. Yo no tengo experiencia y nunca la tendré. No tendré hijos. No me arriesgaré a pasarle esto a más gente, pero haré lo que pueda por cualquiera que pueda compartir mi ADN.

Quiero que me ayudes a investigar las posibilidades de llevar una vida normal con personas que han pasado por esto, no sólo con mis médicos. Quiero que me ayudes a ser un ejemplo de lo que se puede ser, no de lo que no se puede ser. ¿Me comprendes, Edén?

Ella entendía que aquel hombre combatía sus demonios, que estaba plagado por la culpabilidad, que había cerrado caminos de su futuro. También entendía lo que le pedía y lo que podía costarle aceptar ese puesto, porque él seguía siendo tan potente como siempre.

—Comprendo. Y por cierto, no sólo soy una profesora excelente, sino también una investigadora excelente. Y tengo contactos. Personas que trabajan con necesitados. Gente discreta. Sé que no me lo pides por eso, pero puede ayudarte a ti… y al ayudarte a ti, ayudar a los niños. Creo que me necesitas.

Él permaneció un momento inmóvil, como sorprendido por sus palabras.

—Puede que Ashley tuviera razón —Jeremy tendió una mano como para tocarla, pero la dejó caer al costado. A pesar de ello, el cuerpo de ella se sobresaltó. Era muy consciente de ella como mujer y de Jeremy como un hombre al que había anhelado desesperadamente en otro tiempo. Aquello era emocionalmente peligroso y todas las fibras de su ser le gritaban que huyera. Ahora. Antes de que acabara sufriendo.

Los hombres que más impacto habían tenido en su vida, desde su padre ausente, pasando por su tío indiferente hasta su marido inútil, sólo le habían causado dolor y humillaciones. Y al menos con aquellos hombres ella tenía algo en común, mientras que Jeremy vivía en un mundo totalmente ajeno al suyo. Así que no, no podía volver a arriesgar su corazón y su dignidad.

Excepto porque sí lo haría. Su situación económica era tan dura que no podía ni pensar en alejarse. Y los niños que afrontaban un futuro terrorífico… no podía ignorarlos. ¿Verdad?

—Éstos son los detalles de tu puesto —él nombró una cantidad de dinero que hizo que a ella le diera vueltas la cabeza—. Además de cama y comida. ¿Puedes ponerme en el camino que tengo que seguir? ¿Te quedarás conmigo hasta que termine el verano o termine nuestra misión?

En otro tiempo, ella habría dado todo lo que tenía por oír a

Jeremy preguntarle si se quedaría con él, pero eso había sido el sueño de una chica. Un sueño sin ninguna relación con la realidad que, por suerte, había desaparecido hacía tiempo. Lo de ahora era completamente distinto. Era real y era sólo un trabajo.

—Me quedaré —prometió. Sólo para ayudarlo y trabajar, por supuesto.

—Bien —Jeremy sonrió y la sonrisa lo volvió aún más atractivo. Edén lanzó un gemido—. Me has hecho feliz.

Su comentario hizo que Edén pensara a cuántas mujeres habría dicho eso y en qué circunstancias, y entonces supo lo arriesgada que era la situación. Si pensaba en la vida amorosa de Jeremy era porque seguía siendo tan susceptible a sus encantos como siempre.

Pero no tenía elección. Se prometió que esa vez no cedería a la tentación. Y ella siempre cumplía sus promesas.

Capítulo 2

—Quiero que empieces inmediatamente por si el detective privado encuentra resultados pronto —comentó Jeremy—. Como no vives por aquí, me he tomado la libertad de preparar la casita de invitados.

—¿Tan seguro estabas de que te serviría y de que aceptaría el trabajo?

Él se echó a reír. No había estado seguro de nada y seguía sin estarlo.

—La casita de invitados estaba en mal estado y había que repararla de todos modos. Vamos, te llevaré allí…

Le tendió una mano y se puso unas gafas de sol con la otra. Luego sonrió.

Ella vaciló y le tomó la mano. Una ola de calor pasó de los dedos de ella a los suyos. La ignoró.

—Te llevaré —repitió, por si acaso ella creía que le había ofrecido la mano para pedirle ayuda. El orgullo había sido su compañero constante. Le había hecho soportable vivir con un pasado duro y una tutora que lo despreciaba. Y el orgullo no permitía compasión.

—Te seguiré —asintió ella, y él la soltó.

Caminaron en silencio por un camino del jardín y cuando apareció la casa a la vista, oyó que Edén daba un respingo.

—Es pequeña —explicó—. Sólo tres habitaciones. A mi tía no le gustaba mucho tener invitados.

—El tamaño no importa. Es preciosa y con muchos detalles… —ella se interrumpió y él adivinó lo que pensaba.

—No hagas eso. Es cierto que ya no puedo ver los detalles, pero si te vas a pasar la vida intentando no herir mis sentimientos o preocupándote por todo lo que dices, me voy a arrepentir de haber decidido que trabajemos juntos.

—Quizá no me preocupaban tanto tus sentimientos como los míos por decir algo que podía interpretarse mal. Si quiero ayudarte, tengo que ser consciente de la situación y dominarla. En todo momento. Pero he hablado sin pensar. Eso no está permitido. Al menos en mi agenda.

—Buena defensa —sonrió él—. Eres una profesional.

Ella vaciló.

—Gracias.

Él sonrió aún más.

—Date una oportunidad. Yo he tenido meses para acostumbrarme a esto y aprender todo lo que necesitaba saber. Para ti es nuevo. Te llevará tiempo. Y sí, la casita tiene detalles muy hermosos —subió los tres escalones hasta el pequeño porche—. Un friso de madera tallada encima del porche, una gárgola encima de la puerta, tejas de escamas de peces… Es una casa de texturas.

Y las texturas, el contacto, se habían vuelto importantes para él en los últimos tiempos.

Se había detenido en el ángulo apropiado para captar parte de la sonrisa de ella.

—¿Qué? —preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

—Nada. Sólo que no me parece una casa tuya.

Él enarcó las cejas.

—¿Por qué no?

—No sé. Yo te imagino en algo muy elegante como la mansión o en algo muy masculino, de piedra y vigas grandes. Esta casa es…

—¿Demasiado bonita con tanta china azul, encajes y pintura blanca? ¿Demasiado cursi?

Ella se echó a reír, y fue un sonido tan encantador y desconocido que él se preguntó si lo había oído alguna vez.

—Cursi no, hogareña —corrigió ella—. Pero sí, es una especie de casa de caramelo de Hansel y Gretel. Una casita de cuento de hadas. Y por tu forma de hablar, parece que sientes aprecio por ella.

Jeremy se encogió de hombros.

—Era un buen escondite para mí.

—Apuesto a que a tus amigos les encantaba.

—Y que lo digas.

Sobre todo solía llevar chicas allí. Ellas no se fijaban en los detalles y él no se los señalaba, pero no pensaba decirle eso a Edén. Ya había demasiada electricidad entre ellos.

—Diré a uno de los empleados que traiga tus maletas. Querrás tener algún tiempo a solas —bajó las escaleras—. La casa está abierta y las llaves están en la mesa de la cocina. Úsalas. Éste es un barrio seguro, pero no quiero correr riesgos.

—¿Jeremy?

Él se detuvo y se volvió.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres que haga hasta que haya niños y padres con los que hablar?

—Que te prepares —dijo él—. Lee sobre esto y sobre los riesgos inherentes a los niños que pueda haber engendrado para que puedas comprenderlos y explicárselos a la gente luego. Tengo mucho material en la biblioteca y en los ordenadores. Te lo mostraré después de cenar. Por el momento, instálate.

Ella frunció el ceño.

—¿Eso es todo? Soy buena investigando y estoy segura de que eso me ocupará tiempo, pero tú me pagas muy bien. ¿No hay nada más que pueda hacer?

Jeremy negó lentamente con la cabeza y buscó con cuidado las palabras para explicárselo.

—Seguro que ya lo sabes, porque te criaste en esta zona, pero tengo criados que limpian la casa y cocinan para mí. Tengo jardineros y contables. Esas personas han sido siempre parte de mi vida y los únicos a los que he contratado yo sois el detective y tú. Él está investigando. Tú estás… preparándote y esperando. La preparación es muy importante, pero lo más importante es lo que venga después. Así que la respuesta es no, no tengo otro trabajo para ti. Aparte de lo que te he dicho, no puedes hacer nada más por mí.

Sus palabras y su tono eran demasiado duros y Edén parecía nerviosa.

—No quería parecer pretenciosa —comentó.

—No ha sido así. Pero esta situación… —él respiró con fuerza—. La situación es ésta. Estás aquí porque puede haber niños que necesiten tu ayuda. Si pudiera volver atrás y cambiar el pasado, no me arriesgaría a engendrar hijos, pero te pido ayuda para los niños, y yo no soy un niño.

—Ya lo sé.

—No lo sabes. No en el sentido en el que yo lo digo. Tú ves a un hombre que se desintegra, que ya no es tan capaz como antes. Ves una necesidad y quieres ayudar. Eso es… amable, pero comprende que esa clase de ayuda no es lo que necesito.

Ella lo miró tensa.

—¿Qué necesitas?

—¿Por qué importa eso?

—Si pasa lo peor, tus necesidades serán las de ellos —contestó ella —. ¿Eso no es importante?

—Sí —pero aceptar eso implicaba acercarse a admitir cosas que no estaba preparado para admitir todavía delante de otra persona.

—Además —ella se acercó un paso más—. No te mentiré. Necesito este trabajo. Tengo planes y objetivos, pero para poder hacerlos realidad…

Parecía incómoda.

—¿Edén?

Ella suspiró audiblemente.

—Mi marido vació nuestras cuentas bancarias cuando me dejó. Debía dinero y yo he tenido que pagarlo. Todavía estoy con ello.

—Entiendo. Yo puedo ayudarte.

—No —ella negó con la cabeza con vehemencia—. Ya he sido dependiente demasiadas veces y es una sensación fea. Tengo que ocuparme de esto sola. No puedo aceptar ayuda inmerecida. Sólo… gano mi dinero y no acepto el dinero que no haya ganado.

—¿Y crees que eso es lo que te pido?

—Sí. En cierto modo.

—¿Qué modo?

—En el modo en que actuaba la gente cuando yo vivía aquí. Casi todos los de la zona son ricos y sabían que nosotros no lo éramos. Nos daban la ropa y los muebles que ya no querían. Sé que su intención era buena, pero nosotros íbamos a la escuela con sus hijos y aceptar su caridad nos hacía sentir que nos faltaba algo. No era posible la igualdad.

—¿Y tú quieres ser mi igual?

Ella se sonrojó. Esa vez él vio con claridad el contraste entre la piel del cuello y la blusa blanca, y la visión afectó a su imaginación de un modo… curioso e increíblemente erótico.

Pero Edén se había cruzado de brazos.

—Soy tu igual —contestó, aunque le temblaba un poco la voz, como si no creyera sus propias palabras.

¿Qué podía hacer él? Echó a un lado la cabeza.

—Por supuesto. Estoy de acuerdo.

Ella esperó.

—¿Trabajo? —preguntó.

Él buscó en su cabeza.

—De acuerdo, tengo otro trabajo que puedes hacer puesto que insistes en que te pago demasiado.

—Me pagas demasiado. Hasta un chico rico como tú sabe eso.

—¿Un chico rico? —preguntó él con una mueca de indignación fingida que terminó en una sonrisa.

—Es lo que eres y siempre lo has sido —repuso ella—. Tú querías que fuera sincera.

—Pero no brutal —se burló él.

Ella abrió enseguida los brazos.

—Lo siento.

—Era broma. Yo sé lo que soy, Edén. Soy lo que has dicho y no me disculpo por ello.

Ella asintió.

—No te disculpes. Tú me ayudaste a pasar muchos días difíciles cuando era joven.

—¿Yo?

Ella respiró hondo.

—Sí, tú eras el chico con el que fantaseábamos las chicas en la escuela, pero no dejes que se te suba a la cabeza. Yo entonces era joven y estúpida.

—Y ahora no lo eres.

—Y ahora, definitivamente, no lo soy. Ya no hay más hombres de fantasía en mi vida. Ni siquiera tú.

Él no pudo evitar sonreír.

—Está bien que hayamos establecido que eres impermeable a mi riqueza y mis encantos.

—Eso creo —pero Edén retrocedió un paso—. En cuanto al trabajo extra…

—Soy consultor informático. Paso el tiempo con los juguetes más nuevos del mercado, pero no he podido investigar los juguetes que harán más fácil la vida de esos niños si necesitan ese tipo de ayuda. Oh, conozco las posibilidades, pero no de primera mano. No he probado los utensilios disponibles.

—Porque ves bastante bien.

—Bastante bien —asintió él. Y porque no estaba dispuesto a ceder ni un centímetro más de lo necesario—, pero los niños pueden

necesitar esas cosas. Si puedes buscarlas, pedir muestras, probarlas…

—Puedo. ¿Y si te necesito?

Él no pudo evitar parpadear.

—Como conejillo de Indias —explicó ella.

Él quería negarse, pero era él el que había sugerido esa tarea y, además, quería comprender los resultados por el bien de su progenie, si es que la tenía.

—Si es necesario —dijo. Se acercó un paso a ella y le tomó la mano—. Gracias por ofrecerte a hacer lo que no te había pedido. Eres… muy distinta a lo que recuerdo.

Estaba muy cerca para ver muchos detalles, pero sabía que ella sonreía.

—No te acuerdas mucho de mí —lo acusó ella—. Di la verdad.

¿Qué podía decir? Jeremy se encogió de hombros.

—Es cierto, no recuerdo mucho.

—Estabas muy ocupado en aquellos tiempos.

—Metido en mi mundo, sí.

—Eso también.

Él se echó a reír.

—Quizá no debería haber pedido sinceridad.

—Te la habría dado de todos modos. Ahora necesito verdad en mi vida.

Jeremy asintió. Le soltó la mano, porque estando tan cerca de ella recordaba una cosa. Ella lo había besado una vez. Evidentemente, no iba a volver a ocurrir. Estaba claro que ella lamentaba la primera vez y, teniendo en cuenta la situación de ambos, sabía que sería mala idea que se tocaran.

Aun así, nunca había sido propenso a negarse placer sólo porque fuera mala idea. Se sentía atraído por Edén Byars con su aroma limpio a violeta, su piel suave y su risa agradable. Sentía una necesidad acuciante de besarla en los labios. Sólo una caricia rápida. Pero no lo iba a hacer. Había cosas que un hombre no podía combatir, pero la atracción sexual sí se podía vencer fácilmente. No tocaría a esa mujer.

Como le había prometido, Donald, un empleado, le llevó las maletas.

—¿Necesita algo más, señora?

Necesitaba que dejara de llamarla señora y de mirarla como si fuera alguien de la nobleza cuando probablemente no era más rica que él. Negó con la cabeza.

—Gracias, no. Le agradezco que me haya traído mis cosas y se haya ocupado de mi coche.

—El señor Fulton dice que puede cambiar o empaquetar todo lo que no le guste de la casa. La restauró hace años tal y como estaba antes, pero mientras esté usted aquí, es suya.

—Estoy segura de que está bien así.

Donald asintió.

—A veces viene Lula y deja algunas cosas.

Edén parpadeó.

—¿Lula?

—Es la cocinera. Ya estaba aquí cuando el señor Fulton era joven y cuando su tía se enfadaba con el señor Fulton, le tiraba sus cosas. Lula rescataba algunas y las escondía aquí. Las retiró cuando arreglaban la casa, pero últimamente va trayendo algunas —sonrió Donald.

Edén casi lanzó un gemido. No sólo trabajaba para Jeremy y vivía en su propiedad, sino que vivía en su escondite de la infancia rodeada por sus tesoros de niño.

—Estoy segura de que irá todo bien. No pienso quedarme mucho tiempo —dijo—. El señor Fulton me ha encargado un trabajo —musitó, pues no sabía cuánto sabían los empleados del motivo de su presencia allí. Ashley, desde luego, no estaba al tanto de la posibilidad de los niños.

—No se preocupe. Sabemos que tiene que ver con que el señor Fulton ya no vea tan bien como antes. Lo sabemos, pero no lo comentamos. No le gusta que la gente lo sepa —Donald la miró como advirtiéndola.

Edén no sabía si sentirse insultada porque los sirvientes de Jeremy le hicieran advertencias, conmovida porque se preocuparan tanto por él o asustada de sentir el impulso de llevarse una mano al corazón y jurar que preferiría morir a revelar los secretos de Jeremy.

—Hay cosas que no deben decirse —comentó.

No tenía intención de hablar de Jeremy con nadie. Ni siquiera quería pensar en Jeremy y, desde luego, no quería explorar sus

sentimientos sobre aquel día y la situación necesaria pero emocionalmente peligrosa en la que se hallaba.

Pero cuando Donald se marchó y entró en la casa, se llevó una agradable sorpresa. No sabía lo que esperaba encontrar, pero no había huellas visibles de Jeremy. Sólo muebles antiguos y hermosos en tonos crema, oro y azul. Muy cómodos y con mucho gusto. De más calidad que los que había tenido nunca, pero hogareños.

Pensó que aquello era muy agradable hasta que abrió el cajón de la mesilla y se encontró un montón de fotos antiguas. Mujeres. Es decir, mujeres mucho más jóvenes. A muchas las conocía. Ricas, guapas, la crema de la zona. Sabía lo que era eso. Fotos que le habían dado a Jeremy hacía mucho tiempo. Allí estaba Lara Pettisn vestida con minifalda y top que dejaba el ombligo al descubierto, sonriendo a la cámara como si su expresión fuera sólo por Jeremy. Estaba Mindy Tarrant en su uniforme de animadora con *Te quiero, Jer. De verdad* escrito al borde con tinta violeta. Por un segundo, Edén volvió al instituto, a ver a Jeremy alejarse con una chica que no era ella. Al segundo siguiente se preguntó si él sabía que las fotos estaban allí. Se sentía como una *voyeur*.

—¿Acaso importa? —se preguntó en voz alta—. Esto no tiene nada que ver con tu trabajo ni contigo.

Buscó una caja por allí, guardó las fotos en ella, la metió en el armario y cerró la tapa. Ya estaba. Sintió una sensación infantil de satisfacción, como si al fin hubiera logrado meter a Jeremy en una caja.

Y tal vez era así.

Pero al momento siguiente oyó ruido fuera y se asomó por la ventana abierta. Jeremy corría con pantalón corto, mostrando sus muslos musculosos. Llevaba el pecho desnudo y sus hombros amplios brillaban por el sudor. La saludó con la mano, pero siguió corriendo.

Y ella lo Observó alejarse con el corazón galopante.

¿De verdad había creído que podía ser completamente inmune al atractivo físico de aquel hombre? ¿Qué mujer podría serlo?

Lo siguiente que pensó fue que le maravillaba que pudiera correr dada su situación. Pero sí corría, y bastante deprisa por cierto. Recordó que le había dicho que hacía todo lo que podía aunque le estuviera fallando la vista.

Pensó que seguía siendo un hombre temerario. Todavía salvaje.

Todavía peligroso.

Al día siguiente se entregaría a su trabajo con pasión. Haría todo lo que pudiera. No sería bueno para ella pasar mucho tiempo allí. Estaba durmiendo, literalmente, en la cama de Jeremy, y esa idea le hacía temblar.

—¡Vaya, Byars! —se dijo a sí misma—. Hay personas que no saben controlar el tabaco, el alcohol o la comida. Tú no sabes elegir a los hombres.

Había llegado el momento de dejar atrás todas las cosas malas y peligrosas de su vida. Si conseguía sobrevivir a Jeremy una vez más, todo iría bien. Y eso podía hacerlo… ¿o no?

Sí, claro que sí. Pero controlar cosas era más fácil cuando una persona estaba bien preparada. La información formaba una buena armadura, así que al día siguiente saldría de caza. Y confiaba en encontrar algo útil.

Capítulo 3

Había que reconocer que ella era puntual.

—La señora Byars está en la biblioteca —le dijo el ama de llaves cuando Jeremy bajó a desayunar—. Ha dicho que le diga que quiere hacerle unas preguntas cuando tenga tiempo.

Él inmediatamente dejó su servilleta en la mesa.

—Hágala pasar.

Edén estaba en la puerta menos de un minuto después.

—¿Has desayunado? —le preguntó él.

—Sólo café. Nunca he sido de desayunar fuerte.

Seguramente porque su familia no podía permitirse mucha comida cuando ella era niña. Y seguía siendo demasiado delgada.

—¿Te importa si yo lo hago?

—Oh. No. Esto puede esperar.

Él negó con la cabeza.

—Siéntate y hablaremos. Tengo una reunión en una hora.

Edén entró en la habitación y Jeremy notó que se colocaba en el lado donde su visión periférica era mejor. La tentación de volverse para mirarla a los ojos se debatía con la necesidad de verla mejor. Tenía un fuerte deseo de saber cómo era ella ahora. Cosa que lo asustaba. Edén podía tener un exterior frío y directo, pero él adivinaba sentimiento y complejidad bajo la superficie, lo que implicaba que se trataba de una mujer con la que tenía que ir con cuidado. Trabajo. Sólo trabajo.

—Siéntate —repitió.

Ella se sentó donde le indicaba, a su lado, donde la doncella había puesto otro cubierto. Jeremy giró la cabeza para verla lo mejor posible y centrar toda su atención en ella.

La respuesta de ella fue inmediata. Se sentó más erguida y luego se quedó inmóvil, casi rígida. Él tuvo la impresión de que, aunque ella necesitaba aquel puesto, no le gustaba mucho trabajar con él. Recordó que había dicho que había estado enamorada de él. Sin duda lamentaba haberlo confesado.

—He leído algunas cosas —se apresuró a decir ella—. Comprendo lo básico, que esta condición suele manifestarse antes en la vida de lo

que ha hecho contigo, que es genética y que tienes sensibilidad a la luz y sólo tu visión periférica permanece intacta.

Al menos no tenía que explicarle por qué quería que se sentara a su lado y no enfrente.

—Así es. Si estuvieras enfrente de mí a esta distancia, partes de ti serían borrosas. Pero en este ángulo puedo ver que te has recogido el pelo atrás, que llevas pendientes largos y una blusa con botones de otro color. El de arriba está abierto.

Ella abrió mucho los ojos y él reprimió una sonrisa.

—Perdona. No he podido evitar darme cuenta, pero probablemente no debería haberlo mencionado.

Ella levantó la barbilla, ruborizada.

—No, no importa. Me ayuda a saber cuál es la situación y es cierto que necesito entenderla, pero…

Él esperó. La tensión que emanaba de ella era palpable, casi eléctrica. Sus dedos ansiaban tocar y calmar. Se reprimió con esfuerzo.

—¿Por eso puedes correr?

Sin darse cuenta, él se volvió hacia ella, aunque así la veía más borrosa.

—En parte sí. Puedo ver parte del suelo y cosas en los bordes. Lo que no puedo ver es lo que hay delante, pero conozco bien esta propiedad y no tengo que preocuparme de que haya agujeros ni tráfico.

—He tenido alumnos que corrían. Tú estás en buena forma. Es decir…

Él levantó una mano para detenerla.

—Sé lo que quieres decir. No tienes que cuidar tus palabras ni preocuparte porque malinterprete lo que dices. Creo que ya hemos establecido que el pasado es pasado y esto es sólo trabajo. Aunque te encuentro atractiva, no me voy a abalanzar sobre ti.

Ella pareció sobresaltada por un segundo.

—No pensaba que fueras a hacerlo. Y… yo tampoco sobre ti. Es decir…

Él sonrió.

—No pasa nada, Edén.

—Para mí sí. Yo ya no tartamudeo. Es poco profesional y me he entrenado para no hacerlo. Además, sólo quería decir que podías

haber corrido en el equipo del instituto. Sé que eres bueno.

—No, eso no habría sido posible —repuso él con una sonrisa—. Nunca hacía algo mucho tiempo —estaba demasiado ocupado causando problemas, pero eso no hacía falta que lo dijera. Los dos lo sabían.

Edén se movió en el asiento a su lado. Su falda rozó la pierna de él. Un gesto inocente que los conectó medio segundo y lanzó una corriente por el cuerpo de él. Ella se apresuró a retirar la tela y él controló el impulso de acercarse más. Tal vez ella proyectara una imagen tranquila y controlada, pero en ella seguía habiendo rastros de la Edén más joven y nerviosa. Era evidente que los hombres le habían hecho daño y él era su jefe, un hombre en el que tenía derecho a confiar.

—Mis días de causar problemas han terminado —le aseguró.

—Debido a tu…

—¿Mi ceguera? No. Porque yo elijo que hayan terminado —lo que implicaba que podía elegir con la misma facilidad que volvieran a empezar.

Ella asintió.

—¿Qué más haces? —preguntó; y él vio que había sacado una libreta.

Tendió una mano y la apartó. Le tomó la mano y le apretó los dedos.

—Yo te ayudaré con tu investigación siempre que pueda e incluso probaré los instrumentos cuando sea necesario, pero no me uses como modelo. Lo que yo hago… bueno, no sería inteligente hacer esas promesas a un niño o a sus padres. Yo no quiero ser un modelo. No soy así —y nunca lo había sido.

Sintió que ella temblaba y respiraba hondo.

—¿No sigues siendo el chico salvaje? —preguntó ella, con un gesto que casi sonaba desafiante.

Él se echó a reír y le devolvió su mano.

—No tanto como antes. Ahora soy un hombre de negocios. Aburrido.

—Ya veremos —repuso ella con una sonrisa—. Y no haré a ningún niño promesas que no pueda cumplir. No me gusta defraudarlos.

Jeremy sintió un calor interior.

—Ashley eligió bien.

Ella se encogió de hombros.

—Soy su prima y sabía que necesito el dinero.

—No. Es una profesional. Es más que eso. A pesar de tu situación, ella no te habría recomendado si no sirvieras. Te interesan los niños más que a la media de la gente, ¿verdad?

—Eso no lo sé, pero me gustan mucho. Incluso pienso tener algunos, aunque sea sin marido. Y quiero montar un colegio privado donde pueda ayudar a niños con problemas y hacer que aquéllos que nunca se sienten especiales se den cuenta de su potencial. Así que no creas que no pondré por delante las necesidades de tus niños. Te consultaré a ti antes de hacer promesas.

—No son míos —repuso él—. No quiero reclamar a esos niños ni tener hijos propios. No permitiré que ocurra eso.

Ella se mordió el labio inferior.

—Yo me refería… He hablado sin pensar.

Jeremy se arrepintió inmediatamente de su reacción. Movió la cabeza.

—No, yo he exagerado. Pero tener familia o niños… eso no entra en mis planes.

Menos mal que Edén le había dicho que ella pensaba tener hijos. Porque aunque la encontraba deseable y sabía que ella no era inmune a él, su necesidad de ser madre presentaba una barrera que los mantendría separados. Eso era algo bueno. Haría que resultara mucho más fácil trabajar con ella.

—¿Jeremy?

—Si necesitas algo, pídelo —dijo él—. Y si no comes y te cuidas, no nos servirás de nada ni a los niños ni a mí —hablaba con tono ligero, pero lo decía en serio.

La carcajada de respuesta de ella le resultó deliciosa.

—¿Qué? —preguntó.

—Perdóname, pero es un argumento patético para impulsarme a desayunar. Yo creía que un hombre que nació rebelde sabría que no es tan fácil lograr que una persona rebelde haga algo.

Se levantó y él la imitó.

—¿Qué quieres decir?

Ella inclinó la cabeza a un lado.

—Cuando eras niño y rompías todas las normas, ¿qué habría tenido que decirte o hacer alguien para convencerte de que hicieras

las cosas a su modo?

Él sabía lo que intentaba hacer.

—Nada me habría convencido si yo estaba empeñado en no hacer algo —contestó.

Por un momento, ella pareció decepcionada, pero se recuperó rápidamente.

—Exacto. Y si yo no quiero desayunar, tú no puedes obligarme.

Él le sonrió.

Pero Edén parecía contrita.

—No era mi intención que eso sonara tan infantil.

—No te preocupes, Edén. Sé que eres nueva en esto de la rebeldía. Siempre has hecho lo que se esperaba de ti, ¿verdad?

Ella frunció el ceño.

—Siempre. Por eso necesito reafirmarme ahora —tomó la libreta —. Independientemente de lo que tú creas que los niños pueden hacer o no hacer, yo opino que ese tema puede estar abierto a especulaciones. Nadie debería verse limitado por la opinión de una persona. Cada persona es un individuo y unos pueden hacer más que otros, ¿verdad?

Vale, ahora él sabía que intentaba manipularlo, pero no podía evitar aplaudir su tenacidad.

—Estoy seguro de que tienes razón —dijo.

—¿Qué más aficiones tienes aparte de correr? —preguntó ella, sacando un bolígrafo del bolsillo de la falda.

—Juego al baloncesto cuando puedo pillar a Donald libre — contestó él, mencionando una de sus actividades menos duras. No quería hablar de nada donde un niño pudiera hacerse daño.

—¿Baloncesto? Eso es maravilloso.

—¿Tú juegas?

—No. Me teme que nunca se me han dado bien los deportes. Nunca hice deportes en la escuela.

—En ese caso, puede que tengas un talento sin descubrir.

Ella lo miró ruborizada.

—Puede, pero probablemente no lo descubriré. Estoy demasiado ocupada trabajando —se alejó en dirección a la biblioteca.

Jeremy se preguntó cuál de los dos había ganado ese asalto, pero luego movió la cabeza. Quizá habían ganado los dos. De algún modo, había conseguido no tocarla. Y eso, por supuesto, era algo bueno.

Edén cerró con cuidado la puerta de la biblioteca y a continuación cerró los ojos y se deslizó al suelo. El corazón le latía más deprisa que el Derby de Kentucky. El encuentro con Jeremy había sido…

Estimulante, excitante.

—Nada de eso —murmuró.

Él era su jefe, no una fantasía de adolescente. Y sin embargo, cuando él le había tomado la mano, tuvo que hacer un gran esfuerzo por seguir sentada quieta. Probablemente no debería haberlo retado. Pero al menos había conseguido que la ayudara. Miró la hoja de papel casi vacía. Sólo había un artículo escrito, pero había aprendido algo que necesitaría para ayudar a los niños. A partir de ese momento, absorbería todo lo que pudiera simplemente observando a Jeremy.

Porque aunque quería escapar al peso aplastante de la deuda, los malos recuerdos de esa ciudad y la potentísima aura de aquel hombre, también le importaban los niños a los que debería guiar a una vida posiblemente nueva y terrorífica. Necesitaba mirar aquello desde todos los ángulos, y eso implicaba estudiar al hombre que era un laboratorio andante para su investigación.

Tal vez fuera así como debía considerarlo. Un experimento, un sujeto de laboratorio. Pero luego pensó en su piel en la de ella cuando le apretó los dedos y en la mirada intensa de él y todo en su mundo pareció reducirse a él, ella y…

—Vale, un experimento de laboratorio no. Un hombre que, desgraciadamente, te excita —un hombre al que era peligroso mirar mucho—. Lástima, Byars —se dijo a sí misma. Se había comprometido y tendría que observar a Jeremy Fulton. Por el momento.

Capítulo 4

Jeremy, que revisaba papeles en su mesa, se dijo que había sido una semana razonablemente satisfactoria. El detective privado se había reunido con Edén y él y les había comunicado que había encontrado a un antiguo empleado del banco de esperma y esperaba poder sacar algo de allí. Además, los negocios de Jeremy iban tan bien como siempre.

No era, pues, el trabajo lo que le preocupaba en ese momento. Tampoco era su ceguera, al menos no más que de costumbre.

Era Edén. Toda la semana había estado presente en un segundo plano, como un ratón que esperaba que cayera un trozo de queso. Apretaba la libreta contra el pecho a modo de escudo e intentaba pasar desapercibida. Y sin duda creía que lo lograba.

Quizá porque él no veía bien. Pero no, Jeremy sabía que no era por eso. Simplemente ella creía… él sospechaba que ella creía que era una persona invisible, una persona en la que no se fijaban los hombres.

Y él tenía que admitir que, de adolescentes, había sido exactamente eso para él.

Pero ya no.

Cuando levantaba pesas en el gimnasio, notaba los ojos de ella fijos en él. Su perfume ligero y distintivo llegaba hasta él y le producía calor en el cuerpo.

Cuando nadaba en la piscina por la mañana, el cloro cubría el aroma de ella, pero cuando salía de debajo del agua, ella estaba allí, apoyada en la pared y tomando notas.

Sabía que sólo pretendía reunir información, pero eso no lo ayudaba. Saber que ella lo observaba como un objeto de estudio, lo ponía furioso.

Y siempre que corría, era consciente de la presencia de ella; siempre. Tenía el sol en la espalda, el viento en el pelo y la mirada de Edén lo seguía. Toda su vida había estado habituado a que lo miraran las mujeres, pero aquello era diferente. Era impersonal.

—Menos mal —se dijo; excepto que, cuando él la miró al pasar, captó el viento en el cabello de ella y por primera vez, sin la

distracción de los pequeños detalles, se fijó en la curva larga y llena de gracia de su cuello, y en lo bien que encajaría allí una mano de hombre para atraerla a un beso, donde una visión perfecta era innecesaria y donde sólo importaba la sensación física.

Lanzó un juramento. No tenía sentido que pensara en ella de ese modo. Edén no estaba allí para su placer. Si la deseaba, probablemente era porque no había otra mujer en su vida en ese momento. Su lujuria por ella era inmaterial. Edén lo observaba sólo para ver cómo funcionaba y cuáles eran sus límites para contárselo a los padres de los niños.

Pero saber eso no le mejoraba el humor. No tenía sentido seguir allí sentado fingiendo trabajar cuando no trabajaba nada. Se levantó de la mesa, dejó el cristal de aumento que utilizaba y salió al vestíbulo justo cuando sonaba el timbre de la puerta.

Recordó que Donald estaba fuera atendiendo a la limusina y era el día libre de la señora Ruskin, por lo que no había nadie más cerca para abrir la puerta. También fue consciente de que Edén entraba en el vestíbulo detrás de él. Pero ella no era una criada y no se le pedía que recibiera a las visitas. No, Edén era la mujer que lo había tratado como a una rata de laboratorio toda la semana. Si le pedía que abriera la puerta, probablemente sacaría la condenada libreta y…

Frunció el ceño y fue a abrir la puerta. El cambio de la leve oscuridad de la casa al brillo del sol produjo su fea magia, como ya se había acostumbrado a esperar. Sus ojos tardaban mucho más en adaptarse que antes. Durante segundos, que le parecieron minutos, se limitó a mirar a la persona que había en el umbral, intentando ver… algo.

Y luego se impusieron sus viejos hábitos. Tenía que ser educado. Quienquiera que fuera la persona, no quería que se diera cuenta de que no podía ver y quizá, a pesar de todo, tampoco quería que Edén lo viera así. Una cosa era contarle lo que ocurría y otra dejarle ver lo peor de su debilidad.

Se adelantó y miró en dirección al visitante.

—Hola —dijo, con una sonrisa—. ¿Qué tal?

Por un segundo comprendió que la persona en la puerta podía llevar un machete o un fusil y él no tendría ni idea. Sin embargo, él conversaba amablemente con lo que de momento era un completo desconocido, para salvar su orgullo. Y por el silencio momentáneo

que siguió, estuvo seguro de que había metido la pata.

Edén se adelantó de pronto.

—Miriam, qué amable. Adelante. Ya conoces a Jeremy, le gusta bromear. Hacer que no te conoce…

Aunque Jeremy no la miraba, oía la sonrisa en la voz de Edén mientras acudía en su auxilio.

¿Miriam?

Jeremy deseó golpearse la cabeza con la pared en cuanto comprendió a quién se refería Edén y su visión empezó a adaptarse a la luz. Se apartó para dejar pasar a Miriam DeAngeles. No era una desconocida, pero tampoco una amiga, a pesar de que… o quizá porque Miriam y él habían salido juntos dos meses en el instituto.

Recién divorciada, de vuelta en la ciudad y buscando diversiones nuevas, se había presentado allí un par de veces últimamente para pedir prestada una taza de azúcar, aunque su casa estaba a un kilómetro. Sin duda leía la sección de economía del periódico y sabía que Empresas Fulton nadaba en la abundancia. Donald, que conocía a la mujer por lo que era y siempre había sido, había puesto excusas y le había dicho que Jeremy estaba trabajando. Pero eso había sido la semana anterior. Ese día Donald no estaba allí, Edén no conocía la situación y… Y él no podía anunciarle a Edén que Miriam estaba allí en expedición de caza.

Aquello sería violento. Tenía al lado a Edén, una mujer a la que deseaba aunque no estaba bien hacerlo. Al otro lado había una mujer que quería su lujuria pero que no le interesaba. Más aún, Miriam podía ser peligrosa cuando se le llevaba la contraria.

Era capaz de decir algo a la prensa si descubría lo que poca gente sabía, que el dueño del imperio Fulton se estaba quedando ciego. Entonces no lo dejarían en paz. Y aunque la verdad acabaría por saberse con el tiempo, no quería pensar en eso. Ya resultaba bastante difícil vivir con lo desconocido y preguntarse cuánto quedaría de todo aquello en un futuro. No quería para nada tener que afrontar el acoso de la prensa, ser observado como un pez tropical en una pecera o ser visto como defectuoso o débil.

Pero era él el que había dejado pasar a Miriam, así que se esforzó por reparar el daño.

—Hola, Miriam —dijo—. Me alegro de verte.

No era cierto. A Miriam sólo le interesaban tres cosas, posición,

dinero y cotilleos, y una posición mejor y más dinero siempre serían bienvenidos.

En cuanto a cotilleos… Miriam seguramente se preguntaba qué hacía Edén Byars a su lado, recibiendo a los invitados como una esposa.

Esperó el comentario mordiente de la otra.

—Jeremy, tesoro, te he visto muy poco últimamente. En serio. Ese horrible empleado tuyo no me ha dejado entrar. Pero ahora estoy aquí y te veo tan apetitoso como siempre —le pasó una mano por la manga y dejó los dedos unos segundos más de lo necesario. Era imposible confundir su intención. Miriam iba de caza. La visión de Jeremy todavía se adaptaba a la luz, pero no necesitaba ver mucho para saber eso.

Más aún, sabía lo que se esperaba de él y darle a Miriam lo que quería probablemente era el modo más rápido de calmar su curiosidad rabiosa y librarse de ella.

—Miriam… gracias. Tú, por supuesto, estás hermosa, como siempre —cosa que era cierto, al menos por fuera, por lo que él podía ver.

Miriam casi ronroneó. Se acercó más. Y se volvió hacia Edén, que se sentía claramente incómoda. La expresión de Miriam no era muy clara desde ese ángulo, pero Jeremy recordaba su personalidad lo bastante bien para imaginar cuál sería. Mostraría la sonrisa congelada y triunfante de la gente que cree haber derrotado a una rival. Lo miró a él.

Ah, esperaba confesiones. Quería saber qué hacía Edén allí.

Pero Jeremy era un maestro a la hora de lanzar pantallas de humo cuando tenía que enfrentarse a verdades incómodas.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. Llegas justo a tiempo de ver a Edén.

—¿Oh? ¿Edén se marcha? —preguntó Miriam—. Debo decir que me sorprende verla aquí, cuando tú te has mostrado tan distante con tus amigos últimamente. No es que recuerde que Edén y tú fuerais amigos precisamente. De hecho, ni siquiera sé lo que ha hecho Edén estos años. Quizá porque ella nunca fue parte de nuestro grupo. ¿Pero ha venido aquí de visita?

Jeremy notó que Edén se ponía tensa. Había algo desagradable en la voz de Miriam, como si creyera que Edén se había pasado para

acostarse con Jeremy… por dinero. Por un segundo, pensó en echarla de allí en el acto y cerrarle la puerta en las narices. Edén no se merecía ese tipo de insinuaciones feas. Pero había modos más eficaces de lidiar con el sarcasmo.

—Creo que estás equivocada sobre mis viejos amigos, Miriam. Yo salía con mucha gente que tú no sabías. Y la familia de Edén vivía muy cerca. Es prima de Ashley, y yo salí mucho tiempo con Ashley —lo cual no era cierto del todo, pero, para él, tres meses habían sido mucho tiempo. El hecho de que su relación con Ashley hubiera pasado rápidamente de romance pasional a amistad platónica no era algo que Miriam tenía por qué saber. «Amistad» y «platónica» no eran palabras que estuvieran en su vocabulario—. Los Byars son buena gente —continuó.

Y entonces oyó la risa más deliciosa que había oído jamás. Y no procedía de la dirección de Miriam.

Edén se acercó tanto a él que su cuerpo lo rozó. Le puso una mano en el brazo y él sintió una oleada de calor.

—Miriam —dijo ella—. Si quieres saber algo, yo estoy aquí, pero, ah, no habrás pensado que Jeremy y yo… —volvió a reír, pero le temblaba la mano con la que lo tocaba—. ¡Qué violento! La verdad es que estoy aquí porque Ashley y él siguen siendo buenos amigos y él le pidió que le buscara a alguien para que lo ayudara a ponerse al día con papeles y correspondencia personal. Y como yo tengo libre el verano, ¿por qué no? ¿Quién no querría ayudar a un viejo amigo? Y ahora me alegro, porque así he podido verte también a ti. Ha pasado mucho tiempo, pero recuerdo que tú siempre te reías.

Su mano apretó el brazo de Jeremy y éste comprendió que quería decir que Miriam siempre se reía de los demás.

—Bueno, lo intento —musitó Miriam con frialdad.

—Claro que sí —repuso Jeremy.

Ella intentaba muchas cosas, la mayoría desagradables. En los últimos minutos había intentado claramente insultar a Edén. Y eso no ocurriría si él podía evitarlo.

—¿Hay algo que Edén y yo podamos hacer por ti, Miriam? —preguntó. Cubrió la mano de Edén con la suya y ella intentó soltarse, como si acabara de darse cuenta de que lo estaba tocando, pero él la retuvo con firmeza—. ¿Otra taza de azúcar quizá? Sí, Donald me ha dicho, que has pasado unas cuantas veces. Te debe de gustar mucho

la repostería.

—Oh. Azúcar. Sí. Me encanta. Pero no, hoy sólo pasaba por aquí y se me ha ocurrido entrar a saludar. Y me alegro de haberlo hecho o no habría visto a Edén. Eres una administrativa muy completa, querida. Te voy a dejar que vuelvas a tus papeles. Adiós, Jeremy. Vendré en otra ocasión. Pero no por azúcar —retrocedió hasta la puerta, que cerró detrás de ella.

Cuando se quedaron solos, hubo un silencio. Jeremy sintió la mano de ella inmóvil bajo la suya. La soltó.

—Lo siento mucho —dijo.

—¿Haberme sujetado la mano?

—No. Dejar que Miriam intentara insultarte.

Edén se encogió de hombros.

—No importa.

—No era la primera vez que lo hacía, ¿verdad?

—La última vez que la vi se rió de mí porque los zapatos que yo llevaba los había tirado ella porque no le gustaban.

La rabia atravesó a Jeremy como un cuchillo caliente.

—¿Y cómo respondiste a eso?

—No respondí. Nunca lo hacía. Me alejé y punto.

Jeremy sentía que ella estaba tensa. Deseaba acercarse y consolarla, pero sabía que a ella no le gustaría.

—Hoy no te has alejado.

Edén se echó a reír de nuevo. Con suavidad.

—Por la situación. Estaba interpretando un papel, pero me habría gustado cerrarle la puerta en las narices.

—A mí me habría gustado ver eso.

—Menos mal que nunca se me ha dado bien seguir mis impulsos —repuso ella.

Jeremy enarcó las cejas y ella se sonrojó. Él asumió que los dos pensaban en aquel beso lejano.

—¿Azúcar? —preguntó ella.

Jeremy sonrió.

—Miriam va a la caza de marido.

—¿Y tú serías el marido número dos?

—El número tres. Gracias por haber intervenido antes. Al principio no sabía quién era.

—El cambio de luz —comentó ella—. Miriam no lo sabe, ¿verdad?

¿Qué haría si lo supiera?

—Se alejaría sin dudarlo. A Miriam no le gustan las debilidades.

—Yo no creo que se fuera. Tú no eres débil. Te he visto levantar pesas, correr y nadar.

Y de pronto la habitación pareció muy caliente. Jeremy miró la cabeza de Edén y vio que ella se había girado. Le avergonzaba su comentario. Y él no quería que fuera así. Había salvado la reputación de él y le debía una. Tenía que distraerla.

—Créeme, Miriam no querría a un hombre que no pudiera ver lo bastante para decirle que sus ojos son lagos azules —se burló—. Si lo supiera, se iría corriendo. Quizá debería decirle que me estoy quedando ciego —sonrió—. A lo mejor no me has hecho ningún favor ayudándome a ocultárselo. Puede que ahora tenga que regalar más tazas de azúcar.

—O puede que la próxima vez te pida también un anillo y tu fortuna —contestó ella con una sonrisa.

—En ese caso —él bajó la voz—, espero que tú estés cerca para ayudarme a espantarla otra vez.

Siguió un silencio. Ella lo observaba con atención. En la habitación había subido el nivel de tensión tanto como la temperatura.

—Por supuesto que te ayudaría —repuso ella—. Es mi trabajo. Soy tu empleada.

Y se alejó sin más.

Pasó todo el día en la biblioteca y no salió a verlo hacer ejercicio. Eso debería haber complacido a Jeremy. ¿Por qué no fue así?

Capítulo 5

Edén volvía a estar en su puesto, observándolo, y Jeremy se volvía loco poco a poco. Era consciente de la presencia de ella cada minuto, sobre todo desde el incidente con Miriam. Recordaba los ojos grises solemnes de Edén y los sentía fijos en él. Era casi más de lo que podía soportar y a veces sentía ganas de despedirla, llamar Ashley y decirle que aquello no funcionaba.

Pero no sería cierto.

Edén se había lanzado de lleno al trabajo. Le daba informes diarios de sus progresos y era evidente que hacía bien sus deberes. Cada vez estaba más al día de la última tecnología y las investigaciones más recientes. Un día en que él estaba ocupado con un cliente, habló ella con Barry, el detective privado, y ahora éste siempre preguntaba por ella. Jeremy consideró la posibilidad de que la fascinación de Barry se debiera a la profesionalidad de ella, pero sospechaba que la obsesión del detective tenía más que ver con la voz sexy de Edén y la risa ronca que hacía que los hombres se preguntaran dónde estaba la cama más próxima.

—Si es ése el caso, tendré que hablar con él —murmuró.

¿Para decirle qué? ¿Qué no hablara con Edén? Él no tenía ningún derecho a organizar la vida de ella. Por lo tanto, no le diría nada a Barry. Por el momento. Mientras la tratara con respeto y mantuviera las distancias.

Algo profundo y oscuro lo recorrió por dentro y sabía que debía ignorarlo. Era ese algo profundo y oscuro que siempre le había traído problemas en la vida. El lado rebelde que lo había impulsado a convertirse en donante de esperma… porque había tenido una pelea con su tía y sabía que ella no quería que esparciera los genes de la familia sin su aprobación. La mujer lo había criado por un sentido del deber, pero siempre lo había despreciado. Le recordaba demasiado a su padre, y su padre le recordaba cosas que nadie quería recordar.

Y Jeremy la había atacado a su vez siempre que podía. No se había permitido mostrar sus sentimientos. Había fingido que no le importaba que ella lo criticara o lo comparara con el débil de su padre. Pero había causado problemas dondequiera que iba.

Y ahora estaba allí, contemplando meterse en líos otra vez, porque era indudable que no debería acercarse a Edén.

—Edén, deja de escribir —ordenó, apoyando los brazos en el lateral de la piscina.

Ella levantó la vista con un sobresalto. ¿Llevaba gafas? Normalmente no, pero sí, en la punta de la nariz descansaban unas gafas, que hacían que se fijara en el rostro estrecho y hermoso de ella.

—¿Por qué?

Él vaciló. Exhaló el aire con frustración.

—Ya has hecho bastante. ¿Cuánto se puede escribir sobre cómo nada una persona?

Ella pareció nerviosa. Jeremy creyó que se negaría a responder. Él apoyó las manos en el lateral de la piscina y subió al borde de un salto. Se acercó a ella con el agua resbalando por su cuerpo.

—¿Qué escribes ahí? —preguntó, señalando el papel.

Ella jugueteó nerviosamente con la camisa y el movimiento llamó la atención de Jeremy hacia su cuerpo y piernas. Reprimió un gemido.

—¿Quieres que te lo lea? —preguntó ella.

—No hace falta, pero quiero que me lo digas. Sabes que no puedo leerlo sin ayuda, así que confiaré en que me dices la verdad.

Ella levantó la barbilla.

—Yo no te mentiría —contestó—. Por lo menos en cosas importantes.

Él sonrió.

—Ya lo sé. ¿Qué escribes?

—No quiero decírtelo.

Jeremy parpadeó.

—¿Por qué?

Ella miró a un costado.

—En el papel no hay nada.

—¿Cómo dices?

—Que no hay nada escrito. Sólo te estaba observando.

—Te he visto tomar notas.

—Ya lo sé. Supongo que, en cierto modo, era una mentira. Fingía escribir.

—¿Por qué?

—Me resultaba… incómodo mirarte sin más y creía que a ti

también te resultaría incómodo, pero necesito observarte para poder contar mis impresiones a los padres.

—¿Y por qué no escribes?

—Escribir es una distracción cuando estás observando. Puedo perderme algo importante mientras escribo.

Edén lo miraba de pie, claramente incómoda. Él habría podido jurar que se sonrojaba… pero no retrocedía ni un ápice. Su coraje lo admiraba.

—¿Y qué dirías a los padres?

Ella respiró hondo y bajó la cabeza; pero volvió a levantarla casi enseguida.

—Les diría que el hombre que engendró a sus hijos se esfuerza todos los días y logra muchas cosas. Que tiene señales brillantes para localizar los laterales de la piscina y aunque su visión se esté debilitando, todavía puede nadar mejor que la mayoría de la gente. Hoy incluso ha saltado del trampolín…

Se interrumpió.

—Sí, eso ha sido una estupidez —intervino él.

Ella inclinó la cabeza a un lado.

—Lo has conseguido.

—Por los pelos. No estaba seguro de si había llegado al final del trampolín o no. Si lo he conseguido, sólo ha sido porque usé muchas veces ese trampolín cuando veía bien. Sabía cuántos escalones tenía que subir y he podido sentir cuándo llegaba al final. Quizá hayas notado que el salto ha sido amplio para estar seguro de que no me daba en la cabeza con una tabla que no veía.

—No me he dado cuenta. Yo no sé saltar. Hablas con una nadadora muy mala.

Él se echó a reír.

—Y basado en lo que has observado, ¿dirías a los padres que sus hijos pueden nadar?

—Por supuesto que no. Les diría que quizá puedan nadar.

—¿Y no habrías sabido eso sin tantas observaciones?

Ella respiró hondo.

—No lo sé. Es que… parecía que todos los días te esforzabas un poco más. Y creo que eso necesitaba saberlo.

—Vale, lo comprendo. Pero debo decirte que ya he sacado todos mis trucos de nadador —sonrió—. No va a cambiar mucho ya.

Ella se echó a reír.

—Está bien. Quieres que me largue, ¿verdad?

—Simplemente… creo que no hace falta que seas mi canguro.

Ella abrió mucho los ojos y dio un paso al frente.

—No lo soy. No era eso. Créeme, si tuvieras problemas nadando, yo sería la última persona que quisieras que intentara salvarte. Nos ahogaríamos los dos. Y tú nadas mejor que ningún hombre normal que yo conozca.

Él se quedó inmóvil.

—Bueno… me alegra saberlo… creo.

Esperaba que ella se disculpara, o al menos se mostrara contrita, pero no lo hizo. Se cruzó de brazos.

—Ahora no te indignes, Jeremy. Los dos sabemos que nunca has sido un hombre normal. Ni ahora ni cuando te veía por los pasillos del instituto.

Él enarcó las cejas.

—¿Eso es un cumplido? ¿Intentas decirme que soy mejor que normal?

—Bueno, no creo que Miriam DeAngeles viniera por aquí si te considerara simplemente normal —repuso ella.

Jeremy no pudo evitar sonreír.

—Te he avergonzado, ¿verdad? —preguntó.

—Me he avergonzado sola, creo —ella apartó la vista.

Elle puso un dedo debajo de la barbilla para obligarla a mirarlo.

—¿Mejor que normal, Edén? No te avergüences —susurró—. Me han llamado muchas cosas, algunas muy buenas, otras no tanto, algunas terribles, pero eso es lo mejor que me ha dicho nunca una mujer —le dio un beso leve en los labios. La boca de ella era suave, cálida y flexible… y Jeremy casi gimió al levantar la cabeza. Se volvió para marcharse—. Se acabaron las observaciones —le dijo, con voz más áspera de lo que era su intención—. Sólo soy un hombre y tú eres una mujer increíblemente deseable. No quiero volver a sentir la tentación de besarte.

—Yo tampoco quiero volver a besarte —replicó ella, tartamudeando.

Él negó con la cabeza.

—Yo no he dicho que no quiera besarte. Lo quiero… demasiado a menudo. Tenerte aquí observándome intensifica ese deseo, pero

realizarlo y llegar a tocarte no es buena idea para ninguno de los dos. Yo no quiero una relación ni tú tampoco. Yo no busco una familia y no quiero hijos. Eso no va a cambiar, así que no habrá más de esto. Tienes todo lo que necesitas, ¿verdad?

Ella vaciló.

—Sí. Siempre he tenido todo lo que necesito —dijo al fin, con tono tan decidido y valiente que a él le dolió el corazón por ella. Podía decir aquello tanto como quisiera y tal vez incluso pudiera creérselo, pero él recordaba algunas cosas de ella. Una, que no había tenido lo que debería tener cualquier chica joven, fuera rica o pobre. La tentación de tomarla en sus brazos y volver a besarla resultaba casi abrumadora.

Pero no podía hacerle eso. No se fiaba de sí mismo. Ella merecía mucho más que una aventura de verano y eso era lo único que él podía ofrecer.

Unos días más tarde, Jeremy estaba sentado detrás de su mesa e intentaba no mirar a Barry Leedman, que observaba a Edén con más interés del que requería la pregunta de ésta sobre el tiempo que pasaba vigilando.

—A veces lo único que puedo hacer mientras espero es tener pensamientos agradables —dijo Barry—. Ayuda tener algo agradable en lo que pensar.

Jeremy tamborileó en la mesa con los dedos.

—Ha dicho que quería una entrevista personal. Asumo que eso implica que tiene información importante —o tal vez Barry sólo quisiera la oportunidad de mirar las piernas de Edén.

Y el hecho de que pudiera verlas mejor que él y que resultaba obvio que no le hubiera importado pasar la mano por ellas no mejoraba para nada el humor de Jeremy. Lo cual era ridículo. Lo que hicieran Barry y ella no era de su incumbencia.

Barry había levantado la vista y parecía estar esperándolo. Jeremy se dio cuenta de que ahora era él el que se centraba en Edén. Se incorporó en su silla y dirigió su atención al investigador.

—Decía…

El hombre se pasó una mano por la cara.

—Me temo que no tengo mucho, señor Fulton —su voz sonaba

sinceramente preocupada—. Creía que tenía el rastro de un antiguo empleado, pero esa persona ha desaparecido. Sospecho que no quería hablar conmigo. También sospecho, por mi primer contacto con él, que sus contribuciones al banco de esperma sí engendraron hijos. Creo que hay al menos un vástago, tal vez más, pero no tengo pruebas concretas. No he podido averiguar si alguien ha tenido consecuencias genéticas ni conseguido localizar a ningún niño que pueda beneficiarse de la información y ayuda que ofrece usted. Lo siento.

Su voz irradiaba sinceridad y Jeremy recordó que era un hombre divorciado con un hijo. No había disimulado lo mucho que quería al chico ni lo mucho que lo echaba de menos. Inmediatamente dejó de sentirse rival de él.

—No importa —dijo—. Sé que hace lo que puede. Los dos sabíamos que no sería fácil. No es fácil encontrar a la gente que no quiere dejarse encontrar.

—¿Seguirá buscando? —preguntó la voz suave de Edén.

—Sí —respondieron los dos al unísono.

—¿Podemos ayudarlo de algún modo? —preguntó ella a Barry—. Es decir, seguro que ya hace todo lo que puede, pero quizá hayamos pasado algo por alto. Puede haber preguntas que no hemos hecho o un ángulo distinto desde el que enfocarlo. Quiero decir que ustedes dos empezaron esto antes de que yo llegara y, aunque yo no entiendo mucho sobre cómo llevar una investigación y no quiero ser presuntuosa, bueno, los dos son… hombres. Si no podemos localizar a nadie ni archivos del banco de esperma…

Ninguno de los dos contestó. Ella frunció el ceño y prosiguió:

—Por supuesto, seguro que en sus oficinas hay mujeres que pueden ver las cosas desde la perspectiva de las madres a las que buscamos.

Siguió un silencio mientras Jeremy digería su sugerencia.

—Olvidemos que he dicho nada —comentó ella—. Sólo estaba… pensando en voz alta.

Barry se echó a reír.

—Me temo que no hay mujeres en mi oficina. Es una agencia pequeña y mi ayudante es hombre.

«Y yo no ganaría ningún premio por comprender la mente y el corazón de las mujeres», pensó Jeremy.

Se había criado con una vieja bruja a la que no se podía considerar normal y había salido con mujeres sin llegar a saber gran cosa de ellas.

—Me encantaría ayudar con lo que pueden pensar las mujeres a las que buscamos —dijo Barry.

—Yo te contaré mis primeras conversaciones con Barry para que sepas lo que ya hemos cubierto —se oyó decir Jeremy—. Está todo grabado. Quiero que las oigas. Haremos todo lo que pueda ayudar con el caso.

—O ayudar a un niño —dijo ella.

Sí, claro, se trataba de eso, ¿no? Y no de la extraña necesidad de él de disputarse la atención de Edén con un hombre más completo que él.

Pero cuando Barry la siguió a la biblioteca para hablar de su parte del tema, Jeremy sintió un fuerte impulso de golpear la pared con el puño.

Más aquél no era su estilo. Cuando tenía que lidiar con frustración, su estilo siempre había sido la velocidad. Coches rápidos, mujeres rápidas, todo rápido. Si un hombre se movía lo bastante deprisa, sus demonios no podían alcanzarlo.

Y en ese momento tenía muchos demonios. Un niño o quizá varios niños en riesgo. Cerró los ojos y pensó en los padres preocupados por la noche preguntándose qué le ocurría a su hijo y si el niño mejoraría alguna vez. El dolor lo golpeó como un puñetazo en el estómago.

Intentó apartarse de él y chocó de plano con sus pensamientos de Edén, que había crecido de un modo diferente a los que la rodeaban. La habían ridiculizado y evitado, había tenido demasiadas responsabilidades y era obvio que le habían hecho daño los hombres. Se merecía uno bueno como Barry, que cuidara de ella y la ayudara. No necesitaba a alguien pasajero que intentara meterse entre Barry y ella.

Pero el dolor permanecía allí, como un puño que estrujara el corazón de Jeremy. Deseaba a Edén y tenía la terrible sensación de que nada le iba a impedir tomarla y hacerle daño. Él siempre había tomado lo que deseaba.

Se levantó de la silla y se puso a hacer lo que mejor se le daba. En cuestión de minutos, estaba fuera en el viento y el sol. Corriendo. Mucho más deprisa de lo que era inteligente.

Capítulo 6

—Gracias por el té, señora Ruskin —dijo Edén cuando el ama de llaves le llevó una bandeja—. No tenía por qué hacerlo, pero se lo agradezco mucho.

—Lula y yo sabemos cómo hacer que una persona se sienta en casa —contestó la mujer—. Queremos que se sienta bienvenida aquí, querida, y debe ser difícil mantener la calma con dos nombres grandes luchando por usted. El señor Fulton es… bueno, es maravilloso por lo que a mí respecta, pero el señor Leedman también es muy atractivo. Y usted le gusta. Creo que al señor Fulton eso no le agrada mucho. Le sale su expresión de cavernícola enfadado cuando el señor Leedman habla con usted —la mujer movió la cabeza—. A veces, con tanta testosterona suelta, una mujer necesita una taza de té que la calme. ¿No?

Edén no pudo evitar reír.

—Sí —dijo, cuando la otra salía ya de la habitación.

Aunque no creía lo que decía el ama de llaves. Sabía que Barry se mostraba interesado y sí, Jeremy la había besado. Todavía le latía con fuerza el corazón al recordarlo. Pero aquel beso rápido no tenía importancia. Jeremy estaba acostumbrado a besar a las mujeres que tenía cerca. Ella lo había visto de primera mano y Ashley había hablado bastante de aquel fenómeno. Si estaba molesto, se debería al caso y no a ella.

—Lo cual está muy bien —se dijo.

Sus objetivos y los de Jeremy no se parecían en nada.

De hecho, él no querría acercarse a su sueño de tener hijos y montar un colegio. Y había una cosa más. Una cosa importante.

Barry, Lula, Donald, la señora Ruskin y ella eran todas personas corrientes. No eran como Jeremy. Miró las paredes cubiertas de libros encuadernados en piel. Hasta el aire de allí olía a caro y raro. Desear que alguien como Jeremy la besara de nuevo era como escalar un acantilado sabiendo que el único modo de bajar era lanzarse contra las rocas del suelo. Algo poco inteligente y…

Una sombra pasó por la ventana y Edén se enderezó en la silla. Se volvió a la sombra y dio un salto en la silla con el corazón galopante.

Jeremy acababa de pasar corriendo, esa vez en el camino, no por la hierba, como hacía siempre. Corría muy deprisa y había algo en el suelo a un par de metros por delante de él, que probablemente entraba en su campo de visión limitado demasiado deprisa para que pudiera verlo.

Se acercó a la ventana y la abrió. Empezó a gritar su nombre. Demasiado tarde. Él tropezó con el objeto, se desvió y acabó estrellándose contra un árbol.

—¡Jeremy, no! ¡No, oh, no! —gritó ella. Y echó a correr también. Bajó las escaleras y salió por la puerta.

* * *

El viaje por las escaleras y la vuelta a la casa le pareció eterno, pero Edén apenas sí lo recordaría luego. Estaba absolutamente pendiente de Jeremy y rezaba para que se encontrara bien. Cruzó la hierba hasta el camino y fue directa hasta él.

Y se detuvo. Estaba sentado en el suelo, con la fuerte espalda apoyada en el árbol, una rodilla levantada en lo que parecía una pose casual y la otra estirada ante él. Parecía normal y tranquilo, excepto porque tenía los ojos cerrados.

—Edén —dijo. Sólo esa palabra.

—¿Estás bien? Te he visto… ¿cómo sabes que soy yo si no has abierto los ojos?

Él sonrió un poco y abrió sus maravillosos ojos color ámbar.

—Te siento.

Ella enarcó una ceja.

—¿No me crees? —preguntó él.

—No lo sé.

Jeremy se echó a reír. Su risa, oscura y masculina, la rodeó, incitándola a acercarse más.

—Bien —dijo él—. No creas todo lo que te dicen los hombres. Pero te he sentido. Parece que sé cuándo estás cerca y…

—¿Y qué?

—Hueles bien. Siempre sé cuándo entras en una habitación.

Su voz era profunda y ronca. A Edén se le aceleró la respiración. Recordó un instante los labios de él en los suyos y luego frunció el ceño. Allí había algo raro. No tenía sentido que Jeremy le hiciera pensar en su beso cuando acababa de chocar contra un árbol.

—¿Intentas distraerme? —preguntó.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Te he visto caerte. Te has hecho daño, ¿verdad?

—Sólo en mi orgullo. Estaba intentando superarme y pensando en otra cosa. Eso no es bueno.

—¿Por qué siempre intentas superarte? Ya lo hacías de joven. ¿Por qué? ¿Qué te impulsa a hacer eso cuando tú mismo has dicho que no era siempre inteligente?

Él tardó un momento en contestar.

—Olvídalo —dijo ella—. No es asunto mío, ¿eh?

—Supongo que lo es si me has visto accidentarme. Dos veces.

Ella echó a un lado la cabeza.

—¿Dos veces?

—El Aston Martin.

—Hum. Era un coche bonito.

—Hay uno igual en el garaje. Puedes usarlo.

Edén casi se atragantó.

—¿Yo? No. No podría.

Él se puso en pie. Ella lo vio hacer una mueca, pero no dijo nada. Sabía que él no querría. Se acercó a ella con el cuerpo rígido y le tocó la mejilla.

—Vive un poco, Edén. Tómate tiempo para jugar. Usa el Aston Martin si quieres. Necesita que lo usen y a Donald no le gusta. Me harías un favor.

Ella sospechaba que aquello no era cierto, así que sonrió.

—Puede que lo haga.

—Puedo ordenártelo.

—Pero no lo harías.

Él negó lentamente con la cabeza y rozó la mandíbula de ella con los dedos.

—No lo haría —bajó la mano al costado—. No temas. Yo intento superarme porque me gusta. Me hace sentir vivo, que no se puede prescindir fácilmente de mí. Pero supongo que mis razones son sospechosas. De chico no me gustaba estar con mi tía cuando ella sólo había aceptado criarme por obligación. De hecho, me odiaba. Había estado enamorada de mi padre cuando eran jóvenes y él llegó a prometerse con ella. Pero fue infiel y dejó embarazada a mi madre, hermana de mi tía. Y cuando mis padres murieron y yo vine a vivir aquí, ella lo veía a él siempre que me miraba a mí. Él había sido

salvaje y yo también lo era. Lo fácil habría sido dejar que su odio me obligara a esconderme, pero no lo hice. Y lo fácil, ahora que pierdo la vista, sería buscar sólo objetivos seguros, pero no puedo, por eso me esfuerzo por superarme. Terapia de aficionados, pero a mí me funciona.

Edén lo miró a los ojos y vio en ellos determinación.

Estaba segura de que nunca habría dejado ver a su tía cómo le afectaba su actitud cruel. En vez de ello, su orgullo lo había impulsado a desafiarla. Y ahora desafiaba la enfermedad que amenazaba con privarle de su medio de vida y su dignidad.

—Si no lo hicieras, no serías quien eres —dijo ella con suavidad—. Todo eso ha contribuido a darte forma y… —sonrió— Donald me ha dicho que fuiste un genio en Yale y que otros ejecutivos te buscan porque no sólo sabes lo que haces sino que tienes ideas atrevidas y no tienes miedo de probarlas. Y sueles tener éxito.

—Donald no es imparcial —sonrió él.

—Pues claro que no, pero es listo y sincero. Así que… no dejes de superarte —dijo ella—. He leído algo y todavía hay mucho que puedes hacer, simplemente de un modo distinto.

Él frunció el ceño. Ella sabía que no quería hacer cosas de un modo diferente.

—Sólo digo que puedes buscarte un compañero para cuando desafías al destino —dijo ella—. Alguien que te advierta de los obstáculos. Ya has conseguido que Donald juegue al baloncesto contigo.

—Porque le gusta jugar. Pero a su edad y después de años aquí, se ha ganado el derecho a descansar de vez en cuando. No le pediré que haga cosas que no le gustan sólo para que yo ponga a prueba mis límites.

—Pues contrata a otro. Tienes toneladas de dinero.

—Vale. ¿Y tú crees que debo contratar a alguien que sea compañero en el mal?

—¿Por qué no? He visto que te están construyendo una pared de escalada. Y hay ciegos que montan en bici. Incluso hay algunos que han aprendido ecolocalización y usan los sonidos para localizar objetos y poder patinar o ir en monopatín. No te sugiero eso, pero con un compañero…

—¿Monopatín? —preguntó él con expresión maliciosa.

—Quizá con un compañero —dijo ella.

Y se preguntó qué le ocurría. ¿Por qué se mostraba tan atrevida? Tenía la terrible sospecha de que empezaba a influirle la personalidad de Jeremy. Y tenía también la sospecha de que le importaba demasiado aquel hombre cuando él no era el motivo de su presencia allí. Ni podía serlo. Fuera o no fuera un hombre impetuoso e infiel como su padre, sí era un hombre que podía hacerle mucho daño si se dejaba llevar por sus impulsos. Y ya le habían hecho mucho daño los hombres.

Había tardado mucho en superar el dolor de saber que su padre y su tío no la habían querido. Todavía sufría las consecuencias del error de un matrimonio que la había dejado sola y endeudada. Y eso con un hombre que había afirmado quererla. Tenía que ir con más cuidado con Jeremy.

Bajó la cabeza para apartar la vista de la mirada intensa de él. Y…

Frunció el ceño. Miró un momento, se acercó más, tendió la mano…

—No, no lo hagas —él se volvió antes de que los dedos de ella rozaran su costado—. Te vas a manchar de sangre.

—Estás herido —dijo ella—. No lo había visto. Hay que curarte.

—Estoy bien, gracias. Pensaré en tu sugerencia —se volvió para marcharse.

Ahora ella sabía que estaba peor de lo que él daba a entender.

—No hace falta que seas tan independiente, ¿sabes? —no pudo evitar decir.

Él se giró.

—¿Edén?

Ella no retrocedió.

—Tú me entiendes. Cuando éramos muy jóvenes, salías con todas las chicas más guapas, pero no dejabas que ninguna se acercara demasiado y no conservabas a ninguna. Eras un solitario distante que no necesitaba a nadie y es evidente que lo sigues siendo. Pero aunque yo fuera invisible para ti, me ayudaste el día que murió mi perro. Me diste este empleo cuando lo necesitaba y me defendiste delante de Miriam. Lo que es más, piensas ayudar a esos niños cuando no tendrías por qué; pero la única vez que alguien tiene la oportunidad de hacer algo por ti, cuando puedo darte algo sin que me pagues por ello, no lo aceptas. Tienes que ser invencible.

Se dio cuenta de que estaba sermoneando a su jefe y se quedó paralizada.

—Ha sido un error decir eso —comentó horrorizada—. No tengo derecho a decirte lo que tienes que hacer.

Él la miró y ella sabía que no podía verla claramente, pero tenía la impresión de que veía a través de ella. Tendió la mano y la deslizó en su pelo. La atrajo hacia sí y la besó. Sólo una vez, con sus labios cálidos abiertos sobre los de ella hasta que a Edén empezó a darle vueltas la cabeza. Se había caído él y se sentía mareada ella.

—Tienes derecho a decir lo que piensas —dijo él—. Te contraté para que me ayudaras y lo haces de distintos modos. La herida no es nada, pero haré que me la curen. Y pensaré en lo que has dicho de buscarme un compañero. Puede ser difícil encontrar a un hombre o una mujer tan discretos como tú y que quieran hacer eso.

Edén contuvo el aliento un segundo. ¿Una mujer? ¿Pero por qué no una mujer?

No había ni una sola razón para que objetara a esa posibilidad, excepto que seguía teniendo el sabor de Jeremy en los labios y había tenido que verlo muchas veces alejándose con otras mujeres. No tenía derecho a codiciarlo ahora. Pero lo hacía.

—¿Y qué vas a hacer sobre eso? —se preguntó cuando se quedó sola.

Pero ya sabía la respuesta. Seguir el ejemplo de Jeremy y echar a correr. Tener una aventura con él no era una opción. Tenía que mantener la distancia lo máximo posible.

No podía ser muy difícil teniendo en cuenta que sus deberes por el momento se limitaban a investigar. Podía mantenerse alejada fácilmente.

Capítulo 7

Edén estaba sentada al lado de Jeremy, con la pizarra en la mano y parecía incómoda. Seguramente era culpa de él. Había vuelto a besarla y eso la ponía violenta. Aquello no era justo. Tenía que procurar devolver las cosas a un plano laboral.

—Cuando estaba aquí Barry —dijo—, hablaste de mirar las cosas desde otra perspectiva y eso me dio una idea. Si tú hubieras ido a un banco de esperma hace ocho años y alguien viniera a verte ahora y supieras que el donante te está buscando, ¿qué pensarías?

Se recostó en la silla y esperó la respuesta.

—Bueno —contestó ella con suavidad—. Si hubiera necesitado un banco de esperma, eso podría significar varias cosas. Que no quería un hombre o que no podía encontrar al hombre apropiado, pero, fuera como fuera, probablemente había tenido algún tipo de problema con el sexo opuesto. Y si un hombre se acercara a mí años después a preguntarme por mi hijo, probablemente recelaría de sus motivos o me asustaría, aunque me dijera que había una razón médica para contactarme.

—¿Y cómo puedo convencer a la persona de que sí hay una razón médica?

Edén pensó un momento.

—Quizá tengas que ponerte tú como prueba —dijo en voz baja.

Jeremy palideció. Eso era lo que había querido evitar a toda costa. Tener que ser un ejemplo, mostrarse voluntariamente ante alguien y enseñar sus defectos… él nunca hacía eso.

—Pero quizá no tengas que llegar a eso —continuó ella—. Barry me dijo que ha encontrado un par de páginas de Internet donde donantes y bancos de esperma pueden encontrarse si ambos están dispuestos. Cree que, si aparezco yo en ellas en lugar de tú, puedo tener más éxito. Con mi historial de profesora y lo que he aprendido en mi investigación, puedo intentar convencer de que me contacten si alguien conoce a algunos candidatos potenciales. Es un poco improbable, pues los padres tendrían que conocer la página o a alguien que la conoce, pero lo vamos a intentar.

—¿Te resulta cómodo hacer eso? —preguntó él—. No entra en los

deberes de tu puesto.

—Ahora que ya no te observo —sonrió ella—, no sé qué hacer con tanto tiempo libre.

Él sonrió.

—¿Salir a divertirte? ¿Ir a la ciudad? ¿Conducir el Aston? ¿Aprender a patinar?

Ella se echó a reír.

—Puede que haga algo de eso, pero yo vine aquí a trabajar.

—Y trabajas. Haces más de lo que esperaba. Creo que no te pago lo suficiente.

—Estás hablando con una maestra. No estoy acostumbrada a que me paguen bien.

Él pensó en eso.

—Y viniste aquí porque necesitabas trabajo y dinero. Seguro que si te pagara más…

Ella se cruzó de brazos y se irguió en la silla.

—No te voy a mentir ni a decir que no necesito el dinero cuando tú sabes que sí, pero…

—Quieres hijos —le recordó él—. Necesitarás fondos —una idea empezó a formarse en su mente. Se levantó.

Ella alzó la barbilla y lo miró. Aunque borrosa, estaba encantadora y orgullosa.

—No importa cuáles sean mis circunstancias, tú no me vas a ofrecer dinero —dijo con determinación. Se levantó también para enfrentarse a él. Ahora estaba más cerca, lo bastante para tocarla, lo bastante cerca para besarla.

Jeremy se ordenó controlar sus pensamientos.

—Podría ayudarte a conseguir lo que quieres —sugirió—. El colegio, los niños a los que quieres ayudar, tus hijos…

—¿Intentas seducirme ofreciéndome hijos?

Él se turbó.

—Sabes que no.

—No pretendía decirlo así. Tú sabes que no. Pero me ofreces dinero para tener hijos y fundar un colegio. Dinero que no he ganado. Eso huele a seducción.

—Podrías ganártelo.

Ella dio un respingo. Sin pensar lo que hacía, él se inclinó y la besó en los labios. Ella era suave y cálida y se giró hacia él, que la

estrechó contra sí.

—No pienses eso. A pesar de de todos los buenos consejos que me doy sobre que debo ser listo y mantener las distancias, no dejo de besarte, pero jamás te ofrecería la indignidad de pagarte para que te acostaras conmigo.

—Lo sé —ella le puso las manos en el pecho, pero no lo apartó—. No necesitas pagar a mujeres para que se acuesten contigo. Tienes que espantártelas. Donald me ha dicho que la mujer que trae la compra se te ofreció por si te interesaba.

Él soltó una risita.

—No me interesa —volvió a besarla y el beso hizo que la deseara más… lo cual le indicó que había cruzado la raya—. No debería seguir tocándote —se apartó un poco.

—Lo sé. A mí también me gusta demasiado.

Él soltó un gemido.

—Te han hecho daño otras veces.

—Sí —ahora se apartó ella.

—Tu marido debía ser un idiota. Más que yo.

—Tú no eres idiota.

Él sonrió.

—Hay muchas mujeres que dirían otra cosa.

Edén soltó un sonido de impaciencia.

—Si eso es cierto, y no estoy segura de ello, es porque esperaban algo que tú nunca prometiste. Tú nunca has sido algo permanente. Eso siempre estuvo claro, incluso cuando éramos muy jóvenes, y cualquier mujer que esté contigo tiene que saber que no habrá promesas. No debería tener expectativas.

—¿Tú tenías expectativas con tu marido?

—Sí, por supuesto. Porque estábamos casados. Habíamos hecho promesas.

—Y ahora no quieres más promesas.

—No. Son muy poco fiables. Entre mi padre que prometió a mí madre que estaría a su lado y no lo hizo, mi tío que me prometió un hogar pero me consideró una obligación desagradable y mi marido que me prometió amor eterno y acabó no queriéndome nada, ya he tenido bastante.

—Y no quieres mi dinero aunque te vendría bien.

—Si no me lo he ganado, no.

—Volvemos al principio. ¿Y si te lo ganaras?

Ella se echó hacia atrás.

—¿Haciendo qué? ¿Hay algo más que haya que hacer? ¿Algo en lo que no hayamos pensado? ¿Ese papeleo del que le hablaste a Miriam?

—Lo siento, no es eso, pero alguien me sugirió que buscara un compañero.

—¿Perdón?

Él frunció el ceño. Sabía que a ella no le gustaría eso. A él tampoco le gustaba y no quería pedírselo. Ni siquiera quería admitir que tenía que pedírselo, pero…

—El otro día cuando me caí no vi la piedra en el camino. Ni siquiera el contorno y… —volvió la vista. Odiaba tener que decir eso —. Y sé que voy a necesitar a alguien cuando salga porque no puedo dejar de intentar ampliar superarme. No quiero contratar a un desconocido todavía.

Esperó para darle tiempo a digerir lo que decía.

—¿Quieres decir que…?

—Te quiero a ti. Que hagas todas las cosas físicas que hago yo. Que seas mis ojos en los lugares donde mis ojos no funcionan. ¿Puedes hacerlo?

Siguieron unos segundos de silencio.

—No, lo siento. No. Por favor. No lo creo. Yo no… tengo experiencia. No hago… las cosas que haces tú. Nunca las he hecho. No se me da bien eso. No soy la persona indicada.

Él asintió.

—Está bien. No te presionaré.

—¿Qué harás?

—Buscar a alguien —aunque no quería y odiaba tener que revelar su debilidad a una persona más—. No te preocupes, no será un problema. El dinero puede comprar discreción.

Pero notaba que ella seguía alterada.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Jeremy negó con la cabeza.

—Hablábamos de más trabajo para ti y hay otra posibilidad, algo que sé que necesito. Puedo hacer la mayor parte de mi trabajo desde casa y tengo empleados capaces que se pueden ocupar del resto. Es raro que tenga que presentarme en público, cosa que agradezco. Significa que no tengo que fingir ni revelar al mundo mi debilidad,

pero en las próximas semanas vendrán unos clientes nuevos a la ciudad. Un asunto más importante que de costumbre. La empresa los agasajará y la cara de la empresa soy yo. Habrá acontecimientos sociales y tendré que estar presente. Si tengo que aparecer en público, quiero que me vean como alguien normal, porque en los negocios, el poder y la apariencia pueden serlo todo a veces. Edén…

—Sí —repuso ella al instante—. Eso puedo hacerlo.

Jeremy se sintió aliviado, pero había algo más, algo oscuro que le molestaba.

—¿Y tus razones para acceder tan pronto? —no pudo evitar preguntar.

No podía decir que el dinero, ¿verdad? Ya lo había rechazado antes. Y no quería que fuera compasión.

Ella vaciló.

—¿Podré llevar un vestido de Cenicienta? —preguntó al fin.

Jeremy parpadeó.

—El mejor.

—Pues por eso. De niña, deseaba ser Cenicienta a toda costa, pero nunca me tocaba ser la princesa, nunca era la que llevaba el vestido bonito ni la que bailaba con el príncipe. Las maestras no solemos tener oportunidades así. Me pides que aparezca en público del brazo de un hombre por el que matarían las mujeres y con un vestido que…

—Por el que matarían las mujeres —terminó él con una sonrisa.

—Sí. Desde luego.

—¿Y nada de eso tiene que ver con que he apelado a tus sentimientos? —preguntó él.

—Un poco sí. Soy tu empleada y tengo algo personal en juego. Sé lo que es entrar en un grupo y pensar cómo reaccionará la gente ante mí. Lo sé mejor que tú. Así que quiero que ganes.

Jeremy no pudo evitar sonreír.

—Haré lo posible por cruzar la línea de meta en cabeza —se volvió para irse.

—Jeremy, lo otro… lo de la bici y el monopatín… Lo siento.

—No importa, sólo era una idea —dijo él.

Pero era algo más. Hasta el momento, no había contado su secreto a desconocidos. Todos los que lo sabían eran personas a las que conocía de antes y en quienes confiaba plenamente. El tema podía esperar algo más.

O eso creía.

Ese mismo día, Edén vio correr a Jeremy por la hierba y contuvo el aliento al verlo esquivar un árbol.

—Sabe lo que hace —se dijo.

Y era cierto. Estaba en una forma física excelente. Mucho mejor de lo que ella podría estar nunca. Si de Jeremy dependiera, estaría escalando montañas y esquiando laderas. Seguramente había hecho ambas cosas. Y ella no.

¿Por qué?

Respiró hondo. Nunca se había mentido a sí misma sobre eso. Había pasado la infancia criando a sus hermanas y no había tenido tiempo para aventuras físicas. Además, no había dinero para jugar al golf, esquiar ni muchas otras cosas. Todo eso era cierto, pero…

—Pero si lo hubiera habido…

Siempre se había sentido incómoda y torpe corriendo o saltando. No era ni remotamente buena en atletismo. Corría de un modo raro. Lanzaba un balón de un modo raro. Esas actividades llamaban la atención sobre ella y se había pasado la vida evitando llamar la atención. Sobre todo de más joven. Ser el centro de atención sólo recordaba a los demás que ella era distinta, que su ropa era de segunda mano y que era una paria que intentaba colarse en las filas de la élite de allí.

Por eso había dicho que no a Jeremy.

Y por eso él tendría que buscarse a un desconocido que lo ayudara a ampliar sus esfuerzos físicos cuando ella sabía muy bien que ahora odiaba ser el centro de atención.

—Puedes seguir siendo una cobarde y obligarlo a hacer algo que no quiere o…

Edén miró por la ventana, esperando. Cuando Jeremy apareció al fin en la distancia, lo observó. Era alto, ancho de hombros y tentador. Y prohibido. Se había prometido a sí misma que mantendría las distancias. Pero él le pagaba bien y ella acababa de descubrir esa mañana que le habían aumentado el sueldo.

—Por el trabajo extra con mis contactos de negocios —había dicho él.

Eso acabaría con sus deudas. Le devolvería el trozo de su alma que

había perdido con el divorcio y le permitiría empezar a pensar seriamente en sus sueños, en su colegio. Tendría lo que quería cuando se fuera de allí.

Porque él se había arriesgado con ella.

Cerró los ojos un instante. Luego, sin permitirse pensarlo mucho, salió al exterior y esperó a que se acercara él.

—Jeremy, ¿podemos hablar?

Él se detuvo con los músculos en tensión y el pelo cayéndole sobre la frente.

—¿Qué quieres, Edén? —se pasó una mano por el pecho reluciente.

—He pensado… en esas actividades en las que quieres que tome parte. La bicicleta, el monopatín y esas cosas…

Él negó con la cabeza.

—Te dije que no te preocuparas.

—Lo sé, pero…

—Edén —sonrió él—. No tienes que ser siempre la estudiante buena, siempre ofreciéndote voluntaria cuando no lo deseas.

Ella frunció el ceño. Empezaba a enfadarse.

—No es eso.

Él enarcó las cejas.

—¿Y qué es?

—Quiero… probar algo nuevo. Ser aventurera. Si voy a dirigir un colegio, tengo que ser osada de vez en cuando.

La sonrisa de incredulidad de él se hizo más amplia.

—¿En serio?

Ella se ruborizó.

—Sí. Creo que sí.

—¿Y qué propones hacer?

—Voy a… hacer lo que dijiste. Ser tu acompañante. Aprenderé a hacer todo eso que quieres hacer. ¿Vale?

—No voy a discutir contigo.

—¿Crees que podré? Odio ser torpe y probablemente seré muy torpe en todas esas cosas.

—De eso no tienes que preocuparte. No puedo verte muy bien.

—¿Entonces de acuerdo?

—¿Por dónde quieres empezar? ¿Qué actividad?

—No lo sé. No lo he pensado. Suponía que lo sabrías tú.

—Pero eres tú la que me hace el favor.

—¿Podemos empezar despacio?

—Todo lo despacio que quieras —dijo él. Y por un momento, ella pensó que hablaba de otra cosa que de montar en bici.

Asintió con la cabeza.

—Bien. Sólo hay una cosa.

—Dímela,

—Puedo… intentarlo todo excepto… por favor, la pared de escalada no —dijo—. Me caí del tejado de la casa cuando era pequeña y… —su voz se hizo más débil—, me entra el pánico si subo más alto que el primer peldaño de una escalera.

—Entonces no te lo pediré —le prometió él.

Ella le tomó la mano y la puso sobre su boca.

—Sé que puedes verme, pero por si no ves lo grande que es mi sonrisa, te estoy dando las gracias con ella. ¿Ves?

Él se echó a reír.

—Nada de escalada —repitió—, pero en lo demás, puede que te sorprendas a ti misma. Apuesto a que nunca has experimentado la emoción de volar colina abajo mientras los árboles pasan a tu lado.

Ella vaciló.

—No, pero supongo que siempre hay una primera vez para todo. Espero no asustarme mucho.

—Yo también. Y gracias.

Él se volvió.

—¿Tú has subido en monopatín alguna vez? ¿O en patines de línea? —preguntó ella.

Jeremy se echó a reír.

—No que recuerde. Quizá cuando me emborrachaba en la universidad, pero creo que no. Jugaba al hockey. Mucho. Y no dejaré que te pase nada —añadió con suavidad—. Te lo prometo.

—¿Ése no es mi trabajo? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Tu trabajo es estar a mi lado y gritarme si hago algo que no debo. No tienes que hacer nada demasiado difícil. Quiero tu ayuda y quiero tu compañía, pero es mi intención que estés a salvo. No te pondré en peligro.

Cuando ella lo veía alejarse, se dio cuenta de que acababa de comprometerse a una relación más estrecha aún con él y supo que

correría mucho peligro. Jeremy podía proteger su cuerpo, pero no protegería su corazón.

Tendría que ser lista y hacerlo ella misma.

—No creo que se me dé bien esto de patinar —dijo Edén sin aliento.

—Lo harás muy bien —dijo Jeremy con una carcajada cuando ella terminaba de atarse los patines.

—¿Cómo lo sabes?

Jeremy le lanzó una mirada con la que le pedía que confiara en él.

—Ya te dije que he jugado mucho al hockey. A pesar de la diferencia entre las hojas de metal y las ruedas, el concepto es el mismo. Déjame ver si estás lista.

Le lanzó una de sus miradas de soslayo a las que ella empezaba a acostumbrarse. Incluso empezaba a considerarlas sexy, puesto que implicaban que la observaba. Excepto que hacían que se le acelerara el corazón y la respiración y…

—¿Por qué me miras con el ceño fruncido? —preguntó.

—No llevas rodilleras.

—Ni tú tampoco.

—No, pero a mí me gusta el peligro; a ti no —repuso él—. Y no quiero que te pase nada.

Edén abrió la boca para protestar. Y volvió a cerrarla. Se puso las rodilleras.

—Dime lo que tengo que hacer.

—Empieza así —le hizo una demostración. Ella probó unos pasos con movimientos lentos y torpes.

—No está mal —dijo él.

—Lo dices porque no ves lo horrible que soy.

—Lo digo porque es verdad —tendió el brazo y le tomó la mano —. Vamos a dejar que el viento sople a través de nuestro pelo, Cenicienta. Ven.

—Es mejor que empecemos caminando un poco.

—De acuerdo. Ya pasaremos luego a correr.

—Jamás.

Pero antes de darse cuenta, Edén se movía ya por el camino circular de la entrada con la mano de Jeremy sujetando la suya con

firmeza. Cuando resbalaba, él la sujetaba y tiraba de ella. A veces frenaba hasta que ella se recuperaba y volvían a empezar.

—Hay una piedra delante —dijo ella.

Jeremy la esquivó.

—Estamos en la curva —decía ella.

Y él le enseñaba a cruzar los patines para tomar la curva con relativa facilidad.

—Esto es increíble —dijo ella, aunque doblaba los tobillos de un modo extraño y la mitad del tiempo se movía a una velocidad de tortuga—. No puedo creer que hagamos esto. No puedo creer que lo haga yo. Siempre he sido muy torpe.

—No es cierto. Simplemente no has tenido oportunidades de practicar. Tenías que empezar y nada más. Un día probaremos en una pista —dijo él con esa voz seductora que siempre la pillaba desprevenida y la dejaba sin aliento.

—¿Una pista? ¿Y por qué?

—Por la música —susurró él—. Y el baile, Cenicienta. Hasta puedes ponerte una de esas faldas que flotan detrás de ti y ser Cenicienta con patines.

Sonaba muy bien. Pero más tarde, cuando la señora Ruskin avisó a Jeremy de que lo llamaban por teléfono, Edén tuvo tiempo de pensar y supo que la parte de Cenicienta no iba a ocurrir. Aquello era sólo un trabajo temporal. Cuando localizaran a los niños y establecieran contacto, se marcharía, de vuelta a la única vida en la que podía confiar, a la vida en la que estaba sola y dirigía el cotarro, en la que se apoyaba sólo en sí misma. Y Jeremy pasaría a su siguiente acompañante femenina. Ella estaba allí ahora, pero cuando él cumpliera su misión, volvería al resto de su vida y habría más mujeres en ella.

Y esas mujeres no serían empleadas que fingían ser diosas de cuentos de hadas. Serían de verdad. Princesas nacidas para eso que encajarían perfectamente en el estilo de vida de Jeremy. Tenía que recordar eso y no dedicarse a soñar despierta con él.

Capítulo 8

—Señorita Byars, encantado de conocerla —Jonathan DeFray, presidente de la empresa con la que Jeremy quería hacer negocio, le tomó la mano—. El señor Fulton dice que es usted su ayudante.

Ella sonrió a pesar de estar nerviosa. Ese día sus deberes eran sencillos, pero Jonathan DeFray era un hombre de negocios muy conocido en la zona, se trataba de un negocio importante y todos los segundos contaban.

—Bueno, es muy fácil trabajar para el señor Fulton —dijo—. Sabe bien lo que quiere y eso siempre facilita el trabajo de sus empleados.

El hombre se echó a reír aunque Edén sabía que no había dicho nada gracioso.

—Una respuesta perfecta, señorita Byars. Habla bien de su empleado, se muestra leal. Eso me gusta —se volvió hacia Jeremy—. Bien, Fulton, hablemos de negocios. Enséñeme lo que tiene para mí. Y por cierto, gracias por invitarme a su casa. Es bastante impresionante, incluso para los ricos y famosos.

—¿Qué quiere que diga? A los antepasados Fulton les gustaban las cosas grandes y ostentosas —repuso Jeremy.

El otro se echó a reír.

—A mí también.

—En ese caso, vamos a ver si hoy podemos continuar con esa premisa. ¿Empezamos?

—Estoy deseando ver lo que tiene para mí.

Jeremy asintió.

—¿Edén?

Ella sabía lo que tenía que hacer.

—Señor DeFray, por favor, siéntese aquí donde pueda ver mejor —lo sentó en una silla colocada para dar a Jeremy una buena visión relativa del hombre.

Había un monitor colgado en la pared enfrente de Jeremy. Iba conectado a un ordenador portátil y él controlaba el cursor. Edén sabía que, aunque Jeremy era perfectamente capaz de trabajar con sus ayudas visuales, no quería usarlas ese día y si tenía la pantalla de frente, no podía ver todos los detalles.

Pero se había entrenado bien. Había memorizado la colocación de cada diapositiva y ahora, al hacer la presentación, señalaba perfectamente cada detalle.

—He hecho una valoración de su empresa y, francamente, por el momento su sistema es suficiente para lo que necesita de él. La cuestión es lo que querrá hacer dentro de dos años o de cinco.

Edén miró a Jonathan DeFray y vio sorpresa en sus ojos.

—¿Está diciendo que, si quiero contratar a su empresa pero no expandirme, puedo quedarme sin hacer nada y estarán de acuerdo? ¿A pesar de que los dos sabemos que puedo permitirme comprar lo que quiera?

—Puede no hacer nada y todavía le iría bien. Aparte de pequeños ajustes de sistemas para mantenerse al día con la tecnología actual, puede limitarse a hacer sólo cambios mínimos a corto plazo.

—Oh, sí, siempre esos cambios mínimos.

—No le voy a mentir. Sí, el mundo de la informática siempre requiere cambios.

—Ja —rió el hombre—. Me gusta su actitud. Demuestra fuerza y carácter que no me haya dicho que puedo pasar sin desembolsar ningún dinero en absoluto. Mucha gente haría eso y luego me vendería un montón de cosas. ¿Me va a vender algo más?

Jeremy sonrió.

—No lo sé. Yo diría que depende de lo que usted quiera. Puede seguir así y nosotros nos aseguraremos de que no se quede atrás, lo tendremos al día con un gasto mínimo por su parte, o si quiere animar esto y añadir fuegos artificiales a lo grande para iluminar las cosas e ir a por el espectáculo completo, también podemos. Es su decisión.

Edén miró al cliente. Parecía tan encantado como cualquier mujer que miraba a Jeremy. Tenía los labios entreabiertos y se inclinaba hacia delante. Miró a Edén y le guiñó un ojo.

—¿Fuegos artificiales? Su jefe ha hecho sus deberes. No sabe mucha gente que soy aficionado a la pirotecnia. Y siempre está bien hacer negocios con personas que son concienzudas, saben exactamente lo que hacen y no se quedan esperando a que sucedan las cosas. Su jefe es una leyenda en este mundillo porque sabe qué teclas pulsar y cómo seducir a los clientes. De acuerdo —dijo a Jeremy—. Ahora que sé mejor cómo funciona, vamos a lo básico. Yo

le digo lo que quiero y usted me dice si es factible.

Empezó a enumerar una lista y Edén respiró hondo y miró a Jeremy, que parecía a sus anchas a pesar de querer ocultar al otro sus problemas de visión. Y allí era donde intervenía ella. Jeremy repitió los nombres de los catálogos que más probablemente contenían los productos de la lista. Edén se acercó a la mesa del rincón, donde Jeremy lo había organizado todo. Tomó los libros y los llevó a la mesa a la que Jeremy había invitado a DeFray a moverse. Hizo lo posible por parecer que hacía un trabajo mínimo cuando en realidad tenía que asegurarse de que Jeremy tenía el libro indicado sin tener que buscarlo mucho en el montón.

—La colección Scarsdale —dijo; y puso uno de los volúmenes en el centro de la mesa.

Jeremy no parpadeó.

—Creo que los monitores de pared de la página 211 cubrirán sus necesidades, DeFray. Permítame enseñárselos.

Edén abrió el libro por el lugar que él había indicado.

—¿El Fulton 3000? —preguntó, para indicar que tenía la página abierta.

—Exacto. Mire esto, DeFray. ¿Qué le parece?

Jeremy extendió el brazo y pasó la mano por la página hasta detenerla en uno de los modelos ilustrados en ella.

—Si busca una operación informatizada a gran escala y tiene espacio para algo de este tamaño, esto puede ser lo que quiere —dijo —. Con estos monitores y las cámaras, sería posible una conexión entre despachos o incluso entre la cafetería y un despacho. Son lo bastante grandes para que nadie en la habitación tenga que esforzarse mucho para ver lo que ocurre. Son bastante grandes para hacer demostraciones impresionantes cuando los visiten sus clientes y, si quiere ir hasta el final, yo trabajo con una galería que crea cuadros enmarcados para colocar encima de éstos y que sus despachos tengan más ambiente si no necesitan las pantallas por un tiempo.

Los dos hombres empezaron a discutir los pros y los contras de los distintos sistemas. Jeremy siempre mencionaba el nombre del catálogo y la página en la que aparecía el artículo del que hablaba para que Edén lo encontrara fácilmente.

Poco tiempo después, la mesa estaba llena de catálogos y Jonathan había tomado algunas decisiones preliminares. Había

rodado su silla hasta la mesa con las muestras y ahora se apartó para mirar una pantalla donde aparecían los productos que había seleccionado. Cuando Jeremy empezó a seguirlo, la rueda de la silla sobresalía un poco y estaba en su camino. Edén automáticamente puso la mano en el brazo de Jeremy.

El movimiento captó la atención de Jonathan y ella sintió que se ruborizaba.

—Lo siento, no pretendía cortarle el paso —dijo, para dar a entender que había tocado el brazo de Jeremy para agarrarse ella—. Voy a retirar estos catálogos —apartó la silla del camino de Jeremy.

Jonathan soltó una risita.

—Fulton, yo diría que la señorita Byars se interesa por usted —dijo—. Sobre todo por su modo de ruborizarse. Me encantan las mujeres que se ruborizan. Es algo muy erótico.

Edén estaba de espaldas a ellos y esperaba que Jeremy reaccionara con su sentido del humor habitual. Pero hubo un silencio y ella se volvió.

—Espero que no pretendiera decir eso como ha sonado, DeFray —dijo Jeremy—. Porque Edén es una profesional. Está aquí para ayudar a que este encuentro fluya sin problemas y lo ha hecho. Merece nuestro respeto. Me temo que no me gusta que la gente haga insinuaciones sobre mis empleados.

De pronto la habitación se llenó de tensión. Edén no sabía qué demonios hacía Jeremy. Había pasado días, quizá incluso semanas, preparando aquella reunión. Había hecho lo posible por presentarse como un hombre de negocios fuerte, al cargo, sin defectos, y Jonathan DeFray estaba a punto de vaciar varios cofres de tesoros para pagar los equipos y la experiencia de Empresas Fulton. Y si ahora se daba por ofendido, todo podía acabar allí.

—Edén es mi empleada y sí, también es una amiga —prosiguió Jeremy—. De hecho, la conozco desde que éramos niños. No sacrificaré una amistad así por negocios. Un hombre tiene que saber qué es importante en la vida. Esta mujer es más importante que un encargo nuevo por impresionante que sea.

La habitación quedó paralizada un momento. Los hombres se miraban. Jeremy parecía mirar a los ojos al otro.

Jonathan acabó por sonreír.

—Mis disculpas. Tiene razón en que he metido la pata, Fulton. He

hablado sin pensar y eso es inexcusable. Más aún, me gustan los hombres que saben lo que importa y no retroceden. Señorita Byars, perdóneme si la he ofendido. A veces tengo que controlar mi lengua.

—No me ha ofendido —repuso ella, volviendo a su trabajo.

Todo su cuerpo estaba en alerta. Le temblaban las manos. Jeremy había arriesgado un encargo importante porque el cliente había dicho algo que podía ofenderla, y necesitaba tiempo para poner eso en perspectiva. Necesitaba no exagerar aquello ni dejar que la afectara demasiado. Jeremy era así. Su tía lo había tratado injustamente y por eso creía fuertemente en la justicia. Eso era todo, y ella tenía que olvidarlo y no perder el corazón por aquel incidente.

—Vamos a anotar el maldito paquete completo, Fulton. Pida a la señorita Byars que haga los honores y ponga el engranaje en movimiento.

Ahora ella estaba fuera de su esfera. Jeremy tenía una secretaria maravillosa, pero Arabella Quinn no parecía capaz de ocuparse de una reunión así sin mirar constantemente a Jeremy o intentar ayudarlo por la habitación. Preocupaba terriblemente a Arabella verlo así, por lo que estaba esperando que le traspasaran el papeleo para completar un buen paquete de presentación que DeFray pudiera enseñar a su gente. En cierto modo, Arabella era un equipo de ventas en sí mima.

Pero no podía estar allí en ese momento, por lo que Edén se sentó y escribió lo más básico.

—Esto lo mecanografiaremos y se lo enviaremos lo antes posible —dijo—. El señor Fulton tiene un personal muy competente que se encargará de eso.

Lo cual pareció contentar a DeFray.

—Bien. Todos los hombres de negocios necesitan tener muchos trabajadores fuertes y con talento —suspiró y se pasó una mano por el pelo—. A pesar del dinero y poder que tengo y de que sé que los ordenadores son necesarios, odio comprarlos. Hablar de ellos me vuelve loco. Tener que gastar dinero en ellos me vuelve más loco aún y no me apetecía nada este encuentro, pero usted me lo ha facilitado, Fulton. Déjeme invitarlo a comer para celebrar que hemos llegado a un acuerdo. Mi secretaria me ha dado el nombre de un restaurante estupendo en la ciudad.

Edén quería gemir. Con el éxito tan al alcance de la mano, Jeremy

no querría correr el riesgo de ir a un lugar público, donde desconocería la colocación de las cosas.

Carraspeó.

—Es una idea excelente, señor DeFray, pero Lula, la cocinera del señor Fulton, esperaba que comieran aquí.

Levantó la vista y vio sonreír a Jeremy. Sabía que Lula no tenía noticias de que habría invitados para comer.

—La gente mataría por la comida de Lula —dijo Jeremy—. No se la puede perder. Edén, ve a verla para ver cuándo estará listo el almuerzo y dile que ya hemos terminado. Estará encantada de mostrarle su habilidad al señor DeFray, sobre todo si lleva toda la mañana preparando algo impresionante.

Edén deseaba reñirle por burlarse de ella, pero le sonrió con dulzura y salió de la estancia con la esperanza de que Lula estuviera a la altura de las circunstancias. De no ser así, ella habría metido la pata hasta el fondo.

Cuando DeFray se marchó dos horas después, Jeremy tuvo que admitir que el almuerzo había sido buena idea. Se acercó a Edén por detrás en cuanto el invitado se alejó en su Jaguar.

—Hoy has estado magnífica. Gracias por tu ayuda.

—No he hecho tanto.

—Te has asegurado de que no me cayera y has procurado que no pareciera débil. DeFray es un hombre decente a su modo, pero también es de los que capta una grieta en la personalidad de alguien y la considera una debilidad. Con esta nueva relación, tendremos varias reuniones importantes y querrá parecer seguro de sí mismo y orgulloso de nuestra nueva relación delante de sus socios, no incómodo. Si supiera la verdad, no lo tendríamos como cliente.

—Eso es ofensivo.

—En este cago, no creo que sea algo intencionado ni consciente siquiera. Probablemente se sorprendería y ofendería si se lo dijéramos, pero creo que se sentiría incómodo en mi presencia si notara la verdad.

Ella frunció el ceño.

—Entonces no deberías hacer tratos con él.

Jeremy se echó a reír.

—Si analizara a todos mis clientes y eliminara a aquéllos que tienen opiniones distintas a la mía, no haría negocios. Y tú no tendrías alumnos si decidieras que sus padres tenían que estar a la altura de ciertos comportamientos. La gente a veces tiene prejuicios.

—Lo sé. Pero no me gusta.

Él sonrió.

—Y estoy seguro de que intentas hacer que cambien de opinión.

—Sí.

—Entonces tú eres el secreto para que mejore el mundo. Las personas como tú, los profesores como tú, hacen que el mundo gire y cambie. Y hoy me has ayudado. Gran parte de mi negocio lo llevan empleados y vendedores. Yo sólo me mezclo en casos importantes como éste, en los que el cliente insiste en tratar conmigo personalmente. Hasta ahora he podido evitar este tipo de situaciones, pero hoy no podía. Y tú sabes que no quiero hacer pública mi situación. Cuando lo haga, elegiré el momento y lo haré a mi modo, no quiero que ocurra accidentalmente. Por eso te necesitaba hoy. Contigo no he tenido que preocuparme de meter la pata y he podido concentrarme en mi trabajo. Gracias.

Ella suspiró.

—De nada.

—Aunque apartar el vaso de nuestro invitado del borde de la mesa sobrepasaba a tus deberes —sonrió.

Edén emitió un suspiro de frustración.

—No me lo recuerdes. No puedo creer que haya hecho eso. Es algo típico de profesora y de madre, de criar a mis hermanas. Ni siquiera me he dado cuenta. Simplemente lo he hecho. ¿Crees que se ha ofendido?

—Creo que le ha gustado que te preocuparas así. Tienes mucha experiencia con niños, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Mi madre no podía cuidarnos —respiró hondo—. Era alcohólica. Creo que eso no se lo he dicho nunca a nadie. Ni siquiera a Ashley. Aunque ella lo sabía, por supuesto.

—Edén —él la abrazó sin pensar—. Yo no lo sabía. Ashley no me había contado eso. Tu infancia tuvo que ser difícil.

Ella apoyó la cabeza en su corazón, con la sensación de que aquél era su sitio natural.

—Yo la quería. Era una enfermedad que no podía evitar y que empeoró cuando nos dejó mi padre, y yo tuve que criar a las niñas. Las adoro, así que no fue todo malo. Algunas partes fueron maravillosas —hablaba deprisa. Demasiado deprisa. Él estaba seguro de que todo lo que decía era cierto, pero sabía que su vida no podía haber sido fácil.

—Hoy ha debido de ser como volver al pasado. Tener de nuevo a alguien que se apoyaba en ti y dependía de ti para cubrir sus errores.

Ella se apartó de inmediato.

—¡No! No pienses eso. No ha sido así para nada. Es evidente que dominas lo que haces. He oído muchas historias sobre cómo te quieren tus empleados y tus clientes adoran lo que haces. Hoy sólo he estado ahí como ayudante. No he sentido para nada que el peso de la reunión cayera sobre mis hombros.

Él le puso las manos en la cara.

—Yo jamás te pediría eso. No quiero pedirte más de lo que te sientas cómoda dando, así que… si me paso de la raya, me avisas.

Sus labios estaban a poca distancia de los de ella y Jeremy sabía que corría mucho peligro de cruzar la línea en ese momento. Su boca era pura tentación, su aroma lo atraía. Su cuerpo estaba bien tan cerca. Y él la quería todavía más cerca.

—Avísame —repitió.

—Lo haré —suspiró ella—. Te lo prometo.

Sonó el teléfono y el ruido pareció romper el conjuro. Jeremy casi lanzó un gemido, pero soltó inmediatamente a Edén e intentó olvidar que había estado a punto de besarla. Varios segundos después, sonaba el interfono.

—Señor Fulton, el señor Leedman al teléfono. Quiere venir inmediatamente. Dice que tiene algo importante para usted.

En ese instante el mundo se volvió oscuro. La verdad entró en la vida de Jeremy con un chasquido terrible. Debía haber un niño, alguien al que había hecho daño, alguien cuya vida podía cambiar para siempre por su causa, y no para bien.

—Dígale que venga —respondió a la señora Ruskin.

—¿Quieres que me quede o que os deje hablar en privado? —preguntó Edén.

—Quédate —repuso él. Si al fin conocían el peligro, podían empezar a controlar los daños.

Capítulo 9

—Definitivamente hay un niño —había dicho Barry. Y Edén recordaba claramente ese momento—. Un niño.

Sus palabras habían caído en la habitación como una bomba que destruyera cosas y dejara después un silencio terrible a su paso.

Ella miró inmediatamente a Jeremy, que apretaba los labios.

—¿Está seguro? ¿Cómo lo sabe?

Barry movió la cabeza.

—El primer empleado con el que hablé ha desaparecido, pero había hablado con algunos colegas suyos y había una mujer que lo recordaba bastante bien a usted y pensaba que debe saber la verdad.

—De eso hace mucho —intervino Edén—. ¿Cómo puede estar segura?

Barry parecía incómodo.

—A cada donante le daban una clave en el registro para identificarlo. Jeremy era… digamos que usted impresionó al personal.

Edén sabía lo que quería decir. Jeremy había sido un ejemplar de hombre impresionante incluso en sus años jóvenes. No tanto como era ahora, pero siempre había sido memorable. Comprendía muy bien a aquella mujer.

—Al parecer el personal hablaba libremente del donante 465 y de la mujer afortunada cuyos hijos recibirían su ADN. Esa empleada en particular admitió que a ella le había gustado mucho. El donante 465 parecía más misterioso que los otros, más elusivo y más atractivo. Como abandonó el programa pronto, no había muchas probabilidades de resultados positivos, así que, cuando se supo que sí había habido un resultado positivo, ella lo anotó. Los empleados lo comentaron. A ella no le cabe duda de que hubo un hijo y sólo uno. Por desgracia, no sabe nada más. Pero la clave está en el código de identificación.

—Yo no le presté atención —confesó Jeremy—. Ni siquiera me fijé en él.

Barry se marchó poco después de eso, con la promesa de seguir buscando la pista del niño en cuestión.

Cuando se hubo ido, los dos guardaron silencio.

—Un niño, Edén. Un ser humano inocente.

Ella no se molestó en decir que al menos había sido uno solo. Sabía mejor que nadie que cada niño contaba. Y también lo sabía Jeremy. Pero no podía dejarlo con aquella culpabilidad.

—Conoces las probabilidades —dijo—. Hay muchas de que no haya problemas.

Jeremy la miró.

—Apuesto a que tú llevabas felicidad a la vida de tus hermanas a pesar de lo que tenían que soportar todos los días. Debes de ser una buena profesora. Ashley acertó contigo.

En otra situación, ese comentario la habría hecho feliz, pero ese día no. Jeremy soportaba un peso grande, recorría un camino en el que ella no podía seguirlo.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó a su habitación silenciosa.

No hubo respuesta. Después de todo, ella era sólo una empleada contratada para un trabajo, y su tarea del día había sido completada. Intentar hacer más no sería bienvenido ni inteligente.

—¿Y cuándo has sido tú inteligente en lo referente a Jeremy? —susurró cuando ya empezaba a hacer planes.

Jeremy estaba sentado ante su escritorio e intentaba vaciar su mente, pero le resultaba imposible.

El niño era real. Su ADN defectuoso vivía en otro ser humano y podía cambiarle la vida a esa persona.

Edén había dicho que había probabilidades de que no hubiera problemas. La dulzura de ese comentario le oprimió la garganta. ¡Ella se esforzaba tanto por ayudarlo! ¿Qué había hecho él para merecer esa clase de bondad genuina?

—Nada.

Y muchas cosas de su vida probaban que no merecía tener a Edén a su lado. Había salido con chicas y las había dejado en cuanto se daba cuenta de que contaban con la aprobación de su tía. Había roto más coches de los que podía recordar. Había quebrado todas las reglas en casa y en el instituto. Había ayudado a concebir un hijo con tan poco cuidado como el inútil de su padre. Nada de eso podía cambiarse. Y ahora un niño o los hijos de ese niño podían sufrir los resultados de sus actos temerarios. Y Edén se preocupaba y sufría por él. Odiaba hacerle eso.

Si había justicia en el mundo, su tía estaría en alguna parte disfrutando de saber que por fin pagaba por sus pecados. La ceguera lo había parado en seco. Le hacía imposible presentarse completo ante una mujer. El futuro era oscuro en más de un sentido y él no tenía nada que ofrecer.

Jeremy quería gritar. En lugar de ello, con la última luz del día se obligó a hacer lo que no había hecho desde la llegada de Edén. Mirar al frente y hacer revisión. Las áreas oscuras de su campo visual eran más grandes que antes. Sabía que había un reloj delante de él, pero no podía ver la hora. Con cuidado, midió mentalmente lo que sí podía ver, la zona periférica que seguía siendo clara.

Más pequeña. Algo más pequeña que antes.

Se le oprimió el corazón. Combatió la soledad de su estado y salió a la superficie.

—Lucha, Fulton —se ordenó—. Sigue adelante.

Muy bien. ¿Pero qué podía decirle al niño? ¿Y qué haría cuando llegara el momento de que se marchara Edén? Ese momento se acercaba rápidamente. El verano se acababa y una oscuridad no relacionada con su ceguera lo envolvía. Empezaba a tener sentimientos por ella sobre los que no podía hacer nada.

Lo que significaba que necesitaba retroceder.

Unos días más tarde, Edén se había dado cuenta de que era muy fácil querer hacer algo y muy difícil llegar a hacer algo que importara. No tenían más información. Barry no había averiguado nada más. Edén no tenía soluciones. Y Jeremy se mostraba distante, frío, formal y a menudo ausente.

Edén sabía por qué. Había vivido su vida como un rebelde. Aguijoneado por el odio de su tía, había respondido atacando y había perjudicado sin querer a un niño. A sus ojos, era ahora tan egoísta como su padre y tan cruel como su tía.

A ella le dolía el corazón al pensarlo. Quería que Jeremy volviera a ser el hombre alegre y sin preocupaciones que podía hacer que las mujeres se enamoraran de él sólo con respirar. Lo echaba de menos, ¿pero qué podía hacer?

Encontrar al niño. Si lo encontraban y resultaba estar libre de los marcadores genéticos de la enfermedad, eso ayudaría mucho.

¿Y si sucedía lo contrario y el niño había heredado la enfermedad de Jeremy?

Edén cerró los ojos y se volvió a su ordenador. Tenía que haber otros caminos de llegar a la verdad, otras piedras que levantar. Tomó el teléfono y llamó a Barry.

—Hay caminos, pero ninguno de ellos es perfecto ni muy fiable —contestó él; le contó algunos de los pasos que daba y ella anotó vínculos y páginas de Internet.

—¿Barry?

—¿Sí?

—No le he dicho a Jeremy que iba a llamar —no le pidió que no lo mencionara, aunque esperaba que no lo hiciera. Le parecía mal seguir caminos al revés y entrar en el pasado de Jeremy sin su conocimiento, pero no podía no intentarlo.

—Está bien —contestó Barry.

—Gracias.

—Ten cuidado. Jeremy no es un hombre fácil. Puede parecer deslumbrante, pero si te enamoras de él, puedes acabar sufriendo.

Ella ya sabía eso.

—No será problema. Soy demasiado lista para correr riesgos —prometió, con la esperanza de que fuera verdad.

El día transcurría despacio. Fue a comer y comió sola. Fue a cenar y cenó sola. Pasó la noche delante de la pantalla del ordenador. Cuando llegó la mañana, sabía tan poco como el día anterior.

Y Jeremy seguía sin aparecer. Según la señora Ruskin, trabajaba en sus oficinas. Probablemente sería así, puesto que tenía un cliente nuevo que esperaba resultados, y sin embargo, no habían hablado del niño ni…

Se había escondido del mundo y no había nada que lo impulsara a salir. Edén miró por la ventana al jardinero que recortaba el césped alrededor de la famosa pared de escalada, que aún no había sido usada.

Y se le ocurrió una idea. Jeremy podía machacarse a sí mismo día y noche, peor tenía una vena protectora para los que estaban bajo su cuidado. Por supuesto, a ella no le resultaría fácil hacer lo que estaba pensando. Tendría que vencer miedos en los que no quería pensar. Ya empezaba a sentir náuseas.

—No hagas caso —se dijo—. No pienses. Hazlo.

Se levantó y corrió a su habitación. Se puso los vaqueros y la camiseta sin dejar de repetirse que no podía pensar y corrió escaleras abajo.

—Donald —llamó cuando lo vio—. ¿Sabes cómo se usa eso? —señaló la pared que resultaba visible desde todas las ventanas del lado sur de la casa.

—He escalado un poco y el señor Fulton me llevó a un entrenador para que me enseñara lo más necesario.

—Me alegro, porque yo no tengo ni idea. Sólo sé que voy a subir. Pero no muy arriba.

—¿Está segura?

Estaba segura de que estaba loca para hacer algo que tanto la asustaba, especialmente cuando no tenía ni la más remota idea de si funcionaría su plan. Ya se sentía mareada y le costó mucho no girarse y volver corriendo a su habitación.

—Ahora hay paredes de escalada en las escuelas, Donald —dijo, con fingida indiferencia—. Quizá esto me venga bien algún día.

—Vale, pero es verdad que no va a subir muy arriba —le advirtió Donald—. Me cae bien y el señor Fulton le ha dejado libertad de movimientos, pero no me gusta hacer esto sin que él lo sepa.

—Él no está disponible, Donald.

—Ya lo sé —gruñó él, que parecía casi tan infeliz como se sentía ella mientras la ayudaba a ponerse el arnés y a prepararse.

Edén levantó la vista a la pared. Seguramente no era muy alta, pero para una mujer que había experimentado el terror en una escalera, aquella superficie enorme resultaba muy peligrosa.

A pesar de ello, se puso el casco, probó la firmeza del arnés y buscó el primer agarradero. Le parecía muy pequeño e inconsecuente, pero colocó el pie en el primer apoyo y se izó. Ya estaba fuera del suelo. Y se sentía aterrorizada. Tenía el estómago encogido y le daba vueltas la cabeza.

—¿Qué tal? —preguntó a Donald con voz temblorosa.

Esa vez él sonrió. Debía estar a menos de treinta centímetros del suelo.

—Vas muy bien, Edén. No sé por qué haces esto, ¿pero has terminado?

Su cerebro cobarde decía que sí, pero todavía no había alcanzado su objetivo. Miró hacia la ventana del despacho de Jeremy y apartó

rápidamente la vista. Pensar en él la pondría aún más nerviosa.

Buscó otro agarradero y después otro mientras se ordenaba respirar hondo y luchaba por no quedarse paralizada. La cabeza le daba vueltas, pero seguía avanzando. Se agarró al siguiente agarradero con el estómago lleno de nudos.

—¿Donald? —preguntó, con respiración temblorosa y superficial —. ¿Cómo crees que voy?

—Vas muy bien para una mujer que tiene miedo a la altura —contestó la voz profunda y fría de Jeremy debajo de ella. Edén soltó un grito y perdió pie un segundo.

Miró al suelo, que parecía increíblemente lejos. En realidad, debía estar sólo a uno cuatro metros, pero…

—No pretendía subir tanto. ¿En qué estaba pensando? —preguntó.

Suponía que él se echaría a reír, pero no fue así.

—Te tengo, Edén, y jamás te dejaría caer. Tantea y busca el próximo agarradero con la mano. No mires abajo, mira tus manos. Mira la roca.

Eso era lo último que ella quería hacer. Deseaba bajar, no subir. Pero ella había empezado aquello y tenía una buena razón para ello.

—¿Me oyes, Edén? Agárrate.

—¿Tú lo ves? —preguntó ella.

—No, está borroso, pero sé que está ahí y veo suficiente para sujetarte aquí. Tienes que buscar agarraderos. Hazlo.

—Sí.

Ella lo hizo y la embargó una sensación de exultación. Jeremy sujetaba la soga, le daba cuerda cuando la necesitaba, pero la controlaba todo el tiempo. No la dejaría caer.

—Uno más —dijo; y le pareció oírle reír, pero le dio cuerda para subir otro paso—. Ya he llegado, estoy arriba —gritó exultante.

—Fantástico —contestó él—. Ahora vamos a bajarte de ahí.

Momentos después estaba de vuelta en el suelo. Jeremy la tomó en sus brazos en cuanto su pie tocó la hierba y la volvió hacia él.

—Imagínate mi sorpresa cuando he oído lo que pasaba a través de mi ventana. ¿Tenías un deseo urgente de abandonar el suelo?

Edén se sonrojó. Él sabía que no era eso. Levantó la barbilla.

—Tenía un deseo urgente de verle la cara a mi jefe. Estaba sin trabajo.

—Ah —sonrió él—. Supongo que debo buscarte más cosas para

impedir que te rompas el cuello.

—Donald ha tenido entrenamiento —explicó ella.

—Pero tú no y no te gusta la altura. Cuando la gente tiene miedo, a veces hace tonterías.

Ella lo sabía muy bien.

—Estaba a salvo, gracias.

Él sonrió, pero era una sonrisa triste.

—Dime otra vez por qué has hecho esto cuando era evidente que no te apetecía nada.

Ella se cruzó de brazos.

—Tú has desaparecido y eso no me parece sano.

—¿Cómo sabías que vendría?

—Porque tú eres así.

Él abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin hablar.

—Esperaba que vinieras y lo has hecho —prosiguió ella.

—¿Por qué necesitas trabajo?

—Y… lo otro.

—Oh, sí, crees que no me cuido bien —la voz de Jeremy era como una caricia lenta. Le rozó la mejilla con los nudillos, le quitó el casco y dejó su pelo oscuro libre—. Lo has hecho porque querías ayudarme, pero yo no soy uno de tus alumnos.

Edén levantó la vista y lo miró a los ojos. ¡Estaba tan cerca y parecía tan cálido!

—Ya lo sé —consiguió decir—. Pero desde que te enteraste de lo del niño…

Él espero, se acercó más, mucho más. Ella sintió sus manos en el pelo. Cerró los ojos y respiró hondo; notó el aroma seductor del *aftershave* de Jeremy en su piel.

—¿Qué haces?

—Verte mejor. Te toco y te huelo. ¿Cuál es ese problema del que me hablabas?

Ella abrió automáticamente los ojos. Le tomó las manos.

—Intentas distraerme.

Él sonrió.

—No, intento distraerme yo. No quiero hablar del niño todavía. Llevo varios días imaginando lo mejor y lo peor, intentando rezar y temiendo que no escuchen mis plegarias y que ya sea demasiado tarde. Al final, todos mis intentos han sido fútiles porque hasta que no

encontremos al niño, no puedo hacer nada. Y…

—¿Qué?

—Jonathan DeFray tendrá el mejor sistema informático posible. El trabajo me ha ayudado a matar el tiempo.

—Me alegro. Ese hombre ya canta tus alabanzas y ahora estará encantado de trabajar contigo.

Pero Jeremy no parecía escucharla. Miraba la pared.

—Esto te ha costado mucho —dijo.

—No corría peligro.

—No, pero eso no importa. La mayoría de las arañas no pican a los humanos, pero mucha gente les tiene mucho miedo. Tú tienes miedo a la altura y yo jamás te habría pedido que hicieras esto. Pero lo has hecho porque creías que había que sacarme de mi agujero —le acarició la mejilla con los dedos y luego con los labios—. No me dejes cambiarte ni hacerte daño, Edén —le susurró al oído.

—No lo haré —repuso ella, con la esperanza de que fuera verdad y el temor de que resultara mentira.

Luchaba por respirar y conservar la cordura. ¿Qué ocurría? ¿Por qué quería apoyarse en él cuando sabía que debía apartarse? Luchó por buscar una salida.

—Y vamos a encontrar al niño —declaró, desesperada por no pensar en lo mucho que quería acercarse a él—. Lo antes posible. Estoy ayudando a Barry —hablar la ayudó y pudo apartarse.

—¿Estás ayudando a Barry? ¿Al Barry que tanto le gustas? —Jeremy frunció el ceño. Respiró hondo—. Tienes razón, probablemente es algo bueno. Gracias. Te debo mucho. Ahora vamos a quitarte esto y entrar en la casa —se volvió hacia la derecha… demasiado deprisa.

Edén lo miró.

—Has salido sin las gafas de sol —dijo. Y él nunca salía al exterior sin ellas.

Él le tocó la nariz con un dedo.

—Tenía prisa.

Porque ella estaba colgada en una pared a tres metros del suelo, completamente segura pero aterrada.

—El sol… —dijo—. Hoy es muy brillante. ¿Qué puedes ver ahora?

Él se acercó y subió la mano por el lateral de ella, desde el muslo a la curva de la cintura, el torso, el cuello de la camisa… Rozó los

lóbulos de ella con las yemas de los dedos y envió un escalofrío por todo su cuerpo.

—Llevas vaqueros oscuros, camisa de punto de color claro con cuello abierto, pendientes pequeños en forma de campanas y —se acercó más— hueles a canela —la tomó por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó en los labios—. Sabes también a canela y tus labios resultan cálidos —volvió a besarla.

Los labios de él también eran cálidos, firmes y fuertes. Edén quería más.

—El aroma y el sabor a canela no pueden verse —dijo débilmente.

—Cuando estás casi ciego, sí —susurró él. Le lamió el labio inferior—. Así es como te veo yo. Estás bien, Edén. Estás… hermosa. No te acerques a la pared a menos que yo esté a tu lado. Y si necesitas verme y no estoy por aquí, ven a llamar a mi puerta. Tienes ese derecho. Y por cierto…

—¿Sí?

—Has estado espectacular en esa pared. Con miedo o sin él, la has atacado con un espíritu increíble.

Se volvió y la dejó preguntándose en qué estaba pensando para decidir sacar a Jeremy de su agujero. ¿De verdad estaba preocupada por él? Estúpido, cuando era ella la que corría peligro de perder su corazón porque el hombre que jugaba con él pronto pasaría a besar otros labios.

Capítulo 10

—Eres idiota, Fulton —se dijo Jeremy al día siguiente.

Edén no merecía que jugara con ella ni la acariciara, pero siempre que la tenía cerca olvidaba sus buenas intenciones y parecía perder algo más que la vista. Su mente, sus sentimientos y su autocontrol corrían también peligro.

Soltó un gemido. Edén había llegado a escalar la pared para hacerle salir. ¿Podía haber hecho otra cosa que responder a su llamada?

—¡Condenada mujer! —murmuró; pero sonreía—. Donald —dijo después—. Ensilla los caballos.

—¿Señor Fulton?

Jeremy le guiñó un ojo.

—Voy a invitar a Edén a montar en bici. La pobre mujer necesita aire fresco.

Donald soltó una risita.

—Bien, señor Fulton. Seguro que puedo encontrar una de su tamaño.

—Y Donald…

El hombre esperó.

—Gracias por procurar ayer que no le pasara nada. La próxima vez llámame.

—Es valiente, señor Fulton. No creo que hubiera aceptado una negativa.

Jeremy suspiró.

—Probablemente tienes razón. Empiezo a entender por qué volvía loca a mi tía cuando me lanzaba a algo sin pensar en cómo preocuparía eso a los demás.

—Edén lo hizo por usted.

—Lo sé. No me lo merezco. Y no hace falta que me lleves la contraria. Has trabajado tantos años para mí que te lo puedes ahorrar.

Donald movió la cabeza y sonrió.

—¿Y dónde crees que está, Donald?

—Trabajando. Siempre está delante del ordenador.

—Hum. Definitivamente, necesita aire fresco —Jeremy sacó el móvil y marcó el número del despacho de Edén.

—Edén Byars —dijo ella.

—Te espero en el garaje. Ponte ropa cómoda.

—¿Por qué?

—Sigo tu consejo y salgo de casa. Necesito… compañía —no podía usar la palabra «ayuda». Con ella no.

—La compañía va enseguida —contestó ella.

En cuestión de minutos estaban ya en marcha.

—Tú guías —dijo él.

—¿Sé adónde vamos?

—No. Ni yo tampoco. Simplemente guía.

Ella se echó a reír.

—Hace años que no subo a una bici, pero creo que puedo hacer eso.

Fuera de la verja, había tráfico, lo que implicaba que tenían que ir en fila india.

—Voy a girar a la derecha —anunció Edén.

Jeremy la vio girar, pero resultaba más complicado juzgar cuándo girar él. La combinación del movimiento y el tráfico resultaba revitalizadora pero también lo desorientaba, y no veía la acera que tenía que bordear.

—Dos segundos, uno, ahora —musitó Edén. Siguieron calle abajo —. Esto me encanta —declaró unos minutos después, cuando entraron en la carretera que bordeaba el lago—. No sabía que era tan divertido. No lo hice mucho de niña.

—¿Demasiadas responsabilidades? —preguntó él.

—En parte. Y en parte porque no tenía bici —confesó ella.

—Tu tío podría haberte comprado una.

—Sí, pero pensaba que, si nos daba algún lujo, empezaríamos a querer más. Sólo íbamos en bici cuando nos la prestaba alguien.

Jeremy no pudo evitar pensar que él podía haber tenido quinientas bicis si hubiera querido.

—¡Jeremy! —gritó una voz.

Se volvió en su dirección, pero había tráfico y mucha gente. No sabía quién había hablado.

—A tu izquierda —musitó Edén—. Guapa, pelo caoba largo y rizado, ojos marrones grandes, buena figura. Le gusta la ropa muy femenina o al menos lleva frunces en las muñecas y el cuello.

—Leslie Minnival —repuso él—. Tiene que serlo. ¿Va con un perro?

—Uno pequeño. Blanco.

La mujer ya se acercaba a ellos.

—Jeremy, ¿dónde te has metido? Me dijeron que llevabas una temporada aquí, pero no te he visto por ningún sitio. ¿Te has cansado de recorrer mundo?

Vio que Edén se colocaba a un lado. Lo miró y su gesto parecía interrogante. Seguramente Ashley no le había dicho que se había dedicado a viajar hasta que le dieron la mala noticia de su vista.

—Algo así, sí —contestó.

—Me alegro de encontrarte. Esto ha estado muy aburrido y tú siempre lo animas un poco. Eh, chicas, venid a ver quién está aquí.

Jeremy oyó un grito y el sonido de su nombre. Dejó la bici, pero no sabía adonde mirar. Edén se colocó a su lado.

—Tonya Hilding —musitó—. Me alegro de verte. Y Rebecca Darien. Hacía siglos. Charlotte Wills, hola. Soy Edén Byars, la prima de Ashley —cuando decía los nombres de las mujeres, pasaba un dedo por la mano de Jeremy dibujando una I, una C y una D. Izquierda, centro, derecha.

—Edén, claro que me acuerdo de ti —dijo una de las mujeres, cuyo tono sonaba poco convincente—. Me alegro mucho de volver a verte.

Pero Jeremy sabía que ese grupo había sido parte del entorno de Miriam y Edén no podía haber sido muy amiga de ellas.

—Edén, ¿ahora sales con Jeremy? —preguntó otra mujer con tono incrédulo.

Jeremy sintió que Edén se ponía tensa a su lado. Sabía lo que pensarían las otras… que él jamás habría salido con alguien como ella.

—Oh —contestó ella—. No.

—Sí —intervino él de pronto; la tomó de la mano y la atrajo hacia sí—. Edén, tesoro, sé que habíamos decidido seguir con la historia del empleo, pero éstas son nuestras amigas. Hace tiempo que nos conocen. Y seguro que notan que estoy loco por ti.

Ella levantó la mano y le acarició la barbilla, pero él notaba su incomodidad. Su rostro hermoso se volvió aún más borroso cuando ella se acercó más.

—Eres muy amable diciendo eso, pero yo soy tu empleada.

—Sí, amor, pero también eres mucho más —contestó él. La tomó por la cintura y la apretó contra su cuerpo, saboreando el contacto del

suyo. Sintió su sorpresa ante ese gesto de posesión, pero le siguió la corriente y se apretó contra él.

La mujer de la izquierda, Tonya, se había colocado en el ángulo indicado para que él la viera. Miraba a Edén como preguntándose si era la misma Edén con la que había ido al instituto.

—Siempre cambiando de mujer —dijo riéndose.

—Bueno, ahora ya no tanto —contestó él—. Edén es especial y con los años me he vuelto más sofisticado en los gustos. He aprendido a mirar debajo del maquillaje, las extensiones en el pelo y las cirugías. Ella no necesita todas esas cosas superficiales, y Edén tiene algo que no tienen otras mujeres.

Ella se movía a su lado y él extendió los dedos para tocarla más. Ella se quedó inmóvil a pesar de la tensión que irradiaba de su cuerpo.

—Oh, bueno, sí —dijo Rebecca—, Me alegro mucho de que os vaya bien.

—Gracias —contestó él.

—Jeremy, vamos a dar una fiesta dentro de dos noches —intervino Charlotte—. Es una recaudación de fondos para niños. Te enviamos una invitación y dijiste que no, pero nos encantaría que vinieras. El apellido Fulton significaría mucho.

Hasta que una mujer lo mirara a los ojos y se diera cuenta de que él no podía ver todos sus atributos.

—¿Dentro de dos noches? Lo siento, no, pero os enviaré un cheque.

—¿Estás seguro? Edén puede venir también, si quieres.

Ahora ya estaba seguro. Nadie podía ofrecerle a Edén un lugar en la mesa de mala gana.

—Un cheque grande —dijo. Se despidió y tiró de Edén.

Dieron la vuelta a las bicis y regresaron a casa.

—Podías haber ido. Son tus amigas.

—Siempre fueron tan poco amigas mías como tuyas.

Edén pareció pensar en aquello.

—Tienes razón. No son tan profundas y generosas como tú.

Él casi se atragantó.

—¿Yo soy profundo y generoso?

Ella lo miró. Le tocó el brazo.

—No finjas que eres sólo una cara bonita y muchos músculos. Yo

sé que enviarás ese cheque como sé que su baile de caridad seguramente gasta la mayor parte del dinero en comida, vino y decoraciones y da poco a los niños. Y como he investigado, también sé que hay varias organizaciones infantiles de caridad a las que contribuyes. Una de ellas la empezaste tú hace poco.

Él frunció el ceño.

—No fue algo altruista. Si lo hubiera sido, la habría montado hace años.

Ella se echó a reír.

—Jeremy, probablemente la mayoría de las organizaciones de caridad del mundo empezaron porque una tragedia personal atacó a alguien y sintieron que tenían que hacer algo. Eso no las hace menos sinceras. Tú haces el bien.

—Y tú también. Hoy me has ayudado.

—Y tú a mí.

Él levantó las cejas.

—¿Cómo?

—Sé que has fingido que era tu novia para que no me menospreciaran.

—No ha sido un plan deliberado. Simplemente no me gustaban cuando eran más jóvenes y he asumido que probablemente te habían menospreciado entonces.

—Quizá lo habrían hecho si hubieran notado que existía —rió ella —. ¿Cómo sabías que Charlotte se ha operado el pecho?

—No lo sabía. He supuesto que alguna de ellas lo habría hecho. Desde luego, nunca la he tocado.

Por un segundo pensó que ella sonreía, pero se apartó con tal rapidez que creyó que quizá había imaginado la sonrisa. ¿Le importaba que tocara a otras mujeres? Sabía que era un amante esporádico. ¿Le importaba a él lo que ella opinara de eso?

Sí, pero de todos modos seguiría señalando sus fallos. Tal vez así eso la inmunizara contra daños si se pasaba de la raya con ella.

—Siento lo de la fiesta, si tú querías ir.

—Yo estaría fuera de lugar allí.

—Pero dentro de dos noches tengo que ir a un cóctel con Jonathan DeFray. Acompáñame.

Notó que ella vacilaba.

—Sería de mucha ayuda —le dijo—. Puede que haya etiquetas con

nombres —dijo aquellas palabras como si las etiquetas fueran algo sacado de una película de terror.

—¿En un cóctel que da Jonathan DeFray?

—Nunca se sabe.

Ella se echó a reír.

—Si las pone el señor DeFray, serán de oro con letras de diamantes.

—¿Ves?, estás diciendo que puede haberlas. No podré leerlas. Me quedaré mirado el pecho de una mujer intentando saber quién es y me darán una bofetada.

—¡Ja! Si tú le miras el pecho, se pondrá a ronronear. Tienes ese efecto en las mujeres.

Jeremy sintió una oleada de calor. Todo su cuerpo se puso en alerta. ¿Tenía ese efecto en ella?

—Tú no me necesitas —declaró ella— Y me sentiré fuera de lugar.

Por supuesto, ella nunca había estado en la situación a la que se refería él.

—Sí te necesito —dijo con firmeza—. Hay muchas cosas que ya no puedo hacer bien.

—Todavía te las arreglas mejor que la mayoría de los hombres. Lo de las extensiones en el pelo lo has bordado —repuso ella—. ¿Seguro que puedes llevarme? No he sido invitada.

—Serás bienvenida y te necesito. Tú vas donde yo vaya, y todavía no le he dicho a Jonathan que asistiré. ¿Vendrás conmigo?

Ella siguió vacilando.

—¿Es importante?

Él sintió tentaciones de mentir, pero no podía hacer eso con ella.

—No perderé el encargo si no voy, pero me resultaría beneficiosos estar allí para cimentar una relación con la empresa. Y Jonathan prometió mucha diversión.

Edén se echó a reír.

—¿Habrá juegos y baile?

—Juegos no sé, pero le retorceré el brazo a Jonathan hasta que acepte el baile.

—Hum, bonito modo de tratar a un cliente.

—Le caigo bien. Y tú también. Bailaremos, con o sin música.

Se le ocurrió que podía ser la última vez en su vida que pudiera bailar y ver todavía. Últimamente había muchos momentos así, en los

que se preguntaba si sería la última vez que vería algo con claridad, si lo que veía en ese momento desaparecería al día siguiente en la niebla.

Se negó a seguir pensando en eso. Además, allí sólo había un punto realmente importante. Aquélla sería la única vez que podría bailar con Edén.

—La estás cambiando —le dijo Ashley a Jeremy al día siguiente—. Ayer hablé con ella. Ahora se ríe. Habla de montar en bici, de patinar, de tenis y de escalar rocas. ¡Escalar rocas Edén, que tiene terror a la altura!

—Tenía miedo, pero lo hizo muy bien.

—Pareces encaprichado con ella, pero tú te has encaprichado muchas veces en el pasado.

—¿Eso es una advertencia, Ashley?

—Eso espero. ¿Está claro? Le han hecho daño repetidas veces personas que la han abandonado de distintos modos. Mi padre fue uno e ellos. No fue un gran padre, pero fue aún peor tío. Les ofreció la casa y nada más. Ni apoyo económico ni emocional de ningún tipo, ni felicitaciones en sus cumpleaños o en Navidad. Pero se hacía pasar por buen samaritano porque vivían en su tierra. Los utilizaba para sus propósitos. Así que tú no la utilices porque estás aburrido o tienes miedo de perder facultades o porque ella es una de las pocas personas que saben tu secreto y te sientes seguro con ella cerca.

¿Era eso lo que hacía? Jeremy quería decir que no, pero hablar era demasiado fácil.

—No quiero hacer daño a Edén —dijo.

—Y yo no quiero comer mucho chocolate, pero lo hago.

—Tienes razón. Intentaré ir con cuidado.

—Quizá no tenía que habértela enviado.

—¿Quieres ser tú la que le pida que se vaya antes de que esté hecho el trabajo?

—Puedes darle un buen finiquito.

—Ashley, estamos hablando de Edén.

—Entendido. Es demasiado honorable para aceptar un dinero que no cree haber ganado. Bueno… ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. ¿Dejar de hacer algo de lo que hago?

—¿Y qué haces? —preguntó Ashley con voz llena de recelo.

No podía contestar. La besaba demasiado. Soñaba con tocarla todas las noches. Se moría por tenerla en sus brazos y en su cama. Y no estaba seguro de no estar utilizándola.

—¿Jeremy? Contesta a la pregunta.

—Voy a retroceder —dijo él—. ¿Estás contenta?

—Para nada. Cuando he hablado con ella parecía feliz, pero me temía que fuera una felicidad falsa. Si sientes la necesidad de retroceder, es que yo tenía razón. Estabas en camino de hacerle daño.

Jeremy no tenía una buena réplica a eso.

—Tú siempre has sabido leer en mí.

—Sí. Por eso no duró lo nuestro. Bueno, por eso y porque tú me habrías dejado de todos modos si yo no hubiera salido corriendo antes.

—Eres una buena amiga, Ashley. Sigue siendo una buena prima para Edén. No me dejes hacerle daño. Quiero que esté entera cuando se vaya de aquí.

De un modo en el que él no estaba entero. Y no se refería a sus ojos.

¿Edén? Había perdido el control con ella. ¿Qué iba a hacer para devolver las cosas al camino correcto para que, cuando se fuera de allí, se fuera sonriendo, aunque él no pudiera ver la sonrisa en su cara?

Algo drástico, algo que probablemente le haría odiarse a sí mismo.

Capítulo 11

Edén tenía que admitir que la fiesta de Jonathan era un gran éxito, aunque ella se sentía tensa y vagamente infeliz. Había navegado toda la semana por las páginas web que le había dado Barry. Había un registro donde los hijos de donantes o sus padres podían intentar ponerse en contacto con su donante. Ella intentaba esa ruta, entraba en contacto con gente y construía puentes con personas mientras Barry trabajaba con contactos externos y métodos más convencionales. Creía estar en la pista del niño. La tensión aumentaba en Jeremy y en ella, pero ésa no era la causa de la vaga sensación de terror que la ahogaba en ese momento.

—Te agradezco la información y que me tengas al día —le había dicho Jeremy cuando ella le había dado un informe con sus progresos —. Eres una ayudante excelente.

Lo cual era una frase amable y sin embargo… su sensación de infelicidad crecía.

Cuando llegaron unas ayudas visuales que había pedido, se las llevó de mala gana para que las probara él, pues se había comprometido a hacer de conejillo de Indias.

—Te daré un informe por la mañana —le dijo él.

Y así fue. Entró en su despacho, alto, imponente y muy distante. Sin sonrisas ni bromas, pero vaciló en la puerta. Ella se volvió hacia él y lo vio fruncir el ceño.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó él.

—Sí.

Pero no tenía lo que necesitaba para nada. Echaba de menos sus bromas y sus sonrisas. Sólo dos días antes había intentado hacerle reír. Pero al intentarlo el día anterior, él le había dedicado una sonrisa pequeña, le había dado las gracias y había vuelto al trabajo.

Edén creía saber por qué. Ashley había llamado dos días atrás. Le había dado consejos. Había sugerido cautela.

—Lo quiero. Es mi amigo y vecino —le había dicho a ella—. Pero lo conozco muy bien. No tiene nada permanente que ofrecer, pero resulta increíblemente tentador. Sabe lo que tiene que decirle a una mujer. Peor aún, sabe cómo tocar a una mujer.

Aquello hizo que Edén se sintiera fatal. Muchas mujeres conocían su forma de tocar, pero ella no la conocería nunca.

Se recordó que eso era algo bueno. Ella no podría soportar ser una aventura más para él.

—Me preocupa que te estés empezando a enamorar de él —había continuado Ashley.

Edén había tenido que reprimirse para no taparse los oídos, pero su prima tenía razón.

—Estaré bien —prometió a Ashley.

Pero no estaba bien. Estaba cayendo en picado sin un cojín blando sobre el que aterrizar.

—He hablado con él —le dijo Ashley—. Me ha dicho que ha perdido un poco el control de las cosas. Le gustas mucho y te respeta mucho y no quiere hacerte daño. Le he hecho prometer que se portará bien a partir de ahora.

Aquellas palabras eran como puñaladas. Jeremy había admitido que se había pasado con ella. Como había hecho con otras mujeres con las que había flirteado y de las que luego se había alejado. ¿Es que ella no había aprendido nada de su padre y su marido?

—Podrías irte. Yo podría buscarle a otra persona —había dicho Ashley.

Sería lo más inteligente. Había ganado lo bastante para pagar sus deudas.

—Lo pensaré.

Pero luego se había encontrado con Jeremy en el pasillo. Él estaba al lado de un cuadro de un jardín delante de un lago, un cuadro que recordaba mucho a Monet. Una obra maravillosa que Edén había pensado a menudo que podía contemplar durante horas.

Pero Jeremy no podía mirarla como ella. Podía verla, pero no el cuadro completo de una vez. No podía ver los detalles ni las sutilezas. En vez de eso, tocaba el cuadro y se mostró avergonzado cuando se acercó ella.

Aun así, no apartó la mano rápidamente como un niño culpable, pero la bajó despacio al costado.

—Probablemente no es lo mejor para el cuadro —comentó.

—El cuadro es tuyo —señaló ella.

—No. Yo creo que sigue siendo de la persona que lo creó, al menos en cierto sentido. Y aunque un artista quiera que otros

disfruten de su trabajo, estoy seguro de que no le gustaría que tocaran su cuadro.

Ella negó despacio con la cabeza.

—El arte se puede ver de mil maneras distintas, y si el que lo ve es su dueño y lo capta mejor con las yemas de los dedos… Te he avergonzado, ¿no?

Él pensó en ello.

—No. Tú no me haces sentir que sea menos que antes.

A la mente de ella acudió una pregunta, y aunque sabía que era una pregunta que no debía hacerse, no pudo evitarlo.

—¿Qué te hago sentir? —inquirió.

Él apartó la vista a un lado.

—Un hombre con fuego interior. Quiero tocarte. Quiero saborearte. Y si permitiera que eso ocurriera, sería lo peor que he hecho en mi vida. Me gustas demasiado para usarte para mis deseos egoístas, sabiendo que, cuando terminemos aquí, me marcharé. Volveré a Europa, Asia o Australia y me alejaré todo lo que pueda de mi antigua vida. Y tú volverás a St. Louis. Probablemente no volveremos a vernos. Tú no quieres esa complicación en tu vida.

Sí la quería. En ese momento quería arriesgarlo todo sólo por que él la tocara, pero… él también tenía razón. Era cobarde y temía el dolor que seguiría.

—Te haría daño —dijo él, como si le leyera el pensamiento—. Tú quieres cosas que yo no querré nunca y que no puedo tener. No puedo tener relaciones normales ni una familia normal. Ni siquiera sé lo que es tener una familia, pero tampoco puedo ser lo que era antes ni seguir utilizando a la gente. No puedo fingir más tiempo que puedo hacer lo que quiera y no importarán las consecuencias. Me odiaría después.

—Lo sé. No importa.

—Sí importa —repuso él.

Y ahora estaban en la fiesta, y era todo lo que Jonathan había prometido. Pero después de su conversación con Jeremy, Edén se sentía desgraciada. Sorprendentemente, su incomodidad tenía poco que ver con los invitados ricos que normalmente la habrían puesto nerviosa. Esa noche sólo veía a Jeremy. Y después del episodio con Ashley y la conversación con él, se esforzaba al máximo por recordar que él era sólo un trabajo.

Tenía que hacer bien su trabajo, pero nada más. Así que permanecía al lado de Jeremy y le describía en voz baja a los demás invitados para que pudiera identificarlos. Le avisaba si había algún obstáculo en su camino y se las arreglaba para decirle lo que había en el bufé de modo que no pareciera que le contaba algo que no sabía.

—¿No te encantan esos pinchos de gambas? —tomó uno y se lo metió en la boca—. ¿Y qué me dices de estos rollitos de espinacas o los pastelitos de cangrejo? —tomó uno de ellos y se detuvo en seco.

Jeremy se volvió hacia ella.

—¿Edén?

—Disculpa, yo…

Él la tomó del brazo.

—A la puerta —ordenó—. Necesitamos aire fresco.

Avanzó a la puerta, todavía con el pastelito, y salieron al enorme porche.

—Dos escaleras —susurró ella—. Ahora estamos en la primera.

Salieron juntos a la hierba, alejándose de la multitud.

—¿Qué ocurre? —preguntó él—. ¿Por qué te has quedado paralizada de ese modo?

Ella arrugó la nariz.

—No es nada. Es una estupidez. Me siento muy tonta.

Él inclinó la cabeza y la miró con más atención, con aquel modo suyo que casi hacía que se pegaran sus mejillas y a ella le producía la sensación de que se iba a inclinar un poco más y susurrarle al oído. O quizá besarle la oreja para luego bajar por la garganta y…

Contuvo el aliento. Parpadeó y movió la cabeza, luchando por frenar su respiración para que Jeremy no oyera el cambio en su voz ni captara su cambio de actitud. Sabía que la luna le iluminaba el rostro, lo que podía hacer que resultara más visible para él.

—¿Qué es lo que te ha alterado? —preguntó él.

—Han sido los… canapés —levantó el pastelito—. No he visto lo que llevaba. Y lleva huevo. Soy alérgica, pero ya lo tenía en la mano. No quería tirarlo y no podía comérmelo; tampoco podía volver a dejarlo en la bandeja después de tocarlo. Habría sido muy maleducado por mi parte y…

Él soltó una risita.

—¿No lo has visto? Eso me encanta. Eres maravillosa. Traigo a una mujer para que sea mis ojos y no puede ver.

Era tal placer oírle reír de nuevo, oír aquel sonido profundo y sexy, que Edén no pudo evitar reír también, a pesar de que se recordó que debía ceñirse a su papel de empleada.

—No te rías de mí —consiguió decir—. Pasé años aprendiendo las reglas de la sociedad sin adultos que me guiaran y ahora me derrota un trozo de huevo —sostenía el pastelito como si fuera un artefacto explosivo.

—Ah, pero yo puedo resolver tu dilema moral —dijo él—. No soy alérgico al huevo —puso la mano debajo de la de ella y la levantó hasta sus labios. Sus labios y lengua rozaron la piel de ella al tomar el pastelito—. Problema resuelto.

Ella reprimió un gemido con gran esfuerzo.

—Un buen truco de magia —comentó—. ¿Por qué no se me ha ocurrido dártelo a ti? Con todo el ejercicio que haces, sueles ser una máquina de comer.

Él sonrió.

—Me alegro de ser de ayuda, mi preciosa Cenicienta —hizo una inclinación de cabeza—. A pesar de tus comentarios insultantes sobre mis hábitos de comer, estoy a tus órdenes si vuelve a ser necesario —sonrió divertido.

—Te he echado de menos —dijo ella sin pensar—. Echaba de menos tu risa.

En el acto, la mirada de él se volvió caliente e intensa.

—Ya te expliqué todo eso.

—Lo sé, y tienes razón —repuso ella con un suspiro resignado—, pero independientemente de los problemas, tengo que pasar tiempo contigo para llegar del punto A al punto B. Se supone que tengo que ayudarte, soy tu empleada.

Él soltó una risa dura.

—Eso es sólo verdad en parte. Eres mucho más que mi empleada.

Y allí estaba de nuevo justo lo que ella intentaba combatir. Aquello no podía ser una relación de empleada-jefe sencilla y segura. Al menos por su parte.

—Puede que eso sea cierto. No podemos olvidar el hecho de que yo estuve enamorada de ti de cría, pero ahora ya no somos niños. Y sí, ya he admitido que todavía me atraes, pero hago lo que puedo por ignorar esa atracción. Sé muy bien que no sería muy inteligente ceder a ella cuando tú eres…

No podía decir las palabras.

—Cuando soy un hombre al que no se le da muy bien ignorar su atracción. La verdad es que me sube la temperatura cada vez que estamos en la misma habitación —dijo él—. Quiero ver lo que hay bajo esa prenda sedosa que llevas. Quiero tocarte y palpar lo que no pueda ver.

A ella le latía el corazón con tanta fuerza que tenía miedo de desmayarse. Se obligó a levantar la barbilla.

—Sí, pero los dos hemos admitido que eso es mera atracción física. Es natural sentir así teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasamos juntos. Y creo… que está bien siempre que los dos sepamos que esto no va a ninguna parte. Ninguno de los dos quiere que se nos vaya de las manos, ¿pero no podemos ser compañeros de trabajo y amigos? Este acuerdo fue amistoso por un tiempo. ¿No podemos intentar recuperar eso el poco tiempo que estaremos juntos?

Él respiró con fuerza y murmuró un juramento.

—¿Estás segura de que oíste lo que dije y comprendes las dificultades de nuestro acuerdo?

—Sí —repuso ella con solemnidad—. Quieres acostarte conmigo, pero no lo harás.

Jeremy lanzó un gemido.

—Dicho con tono de profesora, con toda naturalidad.

Ella se encogió de hombros.

—Es lo que soy.

—¿Quieres que acceda a que seamos amigos?

—Y compañeros de trabajo. Déjame volver a ser una buena empleada.

Jeremy estudió el cielo que no podía ver con claridad. Se echó a reír.

—¿Quién iba a imaginar que desarrollaría una conciencia?

Edén pensó que quizá pudieran ir hacia atrás.

—¿Amigos? —volvió a preguntar.

—¿Nunca te han dicho que eres muy perseverante?

—Tenía que serlo. Tenía que criar y alimentar a un grupo de niñas.

Él asintió.

—Vale. Amigos. Y que conste que yo también te he echado de menos.

—Porque somos compañeros de bicicleta.

Él la miró. Y su mirada expresaba claramente que montar en bici no era lo que más quería hacer con ella.

—Vale, no te presionaré —dijo ella.

Jeremy se echó a reír.

—Siempre lo harás —le tomó la mano—. Tú querías saber si habría baile en esta fiesta. Pues lo hay.

La tomó en sus brazos y se movieron por el suelo desigual. Jeremy seguramente había bailado desde la cuna, pues sus pasos eran perfectos. Edén, que nunca había sido buena bailarina, sabía que no se caería mientras él la sujetara. Aquello era un paraíso. Un paraíso que sólo sería temporal.

Volvían a ser amigos, aunque ella sentía algo más que amistad, algo en lo que no quería pensar.

Se dijo que no lo pensaría. Ella podía ser precavida unas cuantas semanas más.

—Es un chico —dijo Barry en cuanto entró al día siguiente en la habitación.

Jeremy palideció. Había engendrado a un hijo.

—¿Dónde? ¿Quién? —preguntó. Evitó mirar a Edén e hizo lo posible por conservar la calma para que ella no viera cuánto lo afectaba aquello.

—No lo sé todavía. Otra empleada de la agencia vio uno de mis mensajes. Se acordaba de la madre y de ti y dijo que estaba bastante segura de que el niño era tuyo. Puede que tenga más información pronto.

A Jeremy le latía con fuerza el corazón. El pánico amenazaba con embargarlo. Su visión empeoraba. Cuando bailaba con Edén la noche anterior, veía menos de ella mientras sus sentimientos se hacían más potentes.

—Está bien, sigue con ello —miró a Edén—. Es un progreso —dijo. E incluso consiguió sonreír.

—Me alegro.

Más tarde, solo en su habitación, pensó en ello. Un niño de verdad con un pasado y un futuro y sueños que se podían romper fácilmente. ¿Qué podía hacer sobre eso?

Sentía el mundo oscuro y las respuestas no llegaban. Sabía mucho de pérdidas e injusticia. A veces los pecados de los adultos los pagaban los niños.

—Y a veces te pasas la vida esperando no ser como tu padre, pero al final eres igual —dijo en voz alta. Una persona cuyos actos egoístas castigan a los demás.

La única luz brillante en aquel escenario era que no había cedido a la tentación y no se había aprovechado de Edén. Ella seguía relativamente ilesa.

Capítulo 12

Edén intentaba concentrarse en el trabajo, pero no podía avanzar. No podía dejar de pensar en cómo había intentado Jeremy ocultar su preocupación cuando Barry le había dicho lo del niño.

Al final salió de la biblioteca y volvió a la casita. Recorrió las habitaciones que había recorrido en otro tiempo un Jeremy más joven. Él había ido allí cuando estaba alterado.

Ahora lo estaba. Y ella recordaba cómo la había consolado una vez en su congoja. Pero sabía que no quería que ella hiciera lo mismo.

Tenía que intentar distraerse. Leer estaría bien. Miró los estantes de libros que ya había mirado otras veces. Kipling. Terry Pratchett. Stephen King. Hermann Hesse. Vonnegut. Había mucho donde elegir, pero su mano fue al único libro que se había prohibido mirar. Parecía un libro inocente y sin embargo… a Edén le temblaba la mano cuando lo sacó del estante.

Era un diario. Los bordes estaban desgastados y parecía que habían estado mojados en alguna ocasión. ¿Era de Jeremy? ¿Era otra de esas cosas que había tirado su tía y Lula había rescatado y devuelto allí?

—Si lo es, no es de tu incumbencia —se dijo—. No puedes leerlo.

Se dispuso a guardarlo con las fotos que había encontrado el primer día, fuera de la vista para no sentirse tentada por él.

Pero al hacerlo, cayó al suelo un trozo de papel.

Edén lo recogió y se encontró mirando un recorte viejo de periódico de una mujer que mostraba un gran parecido con Jeremy. El texto debajo de la foto estaba incompleto, pero podía leer las palabras Jemma Fulton, prometida en matrimonio con Peter Bowers. La mitad del recorte estaba roto.

Y el apellido de Jeremy era Fulton, no Bowers. ¿Qué había ocurrido?

—No es asunto tuyo —se dijo una vez más.

Y sin embargo lo que había ocurrido entonces afectaba todavía a Jeremy. Era la razón por la que era quien era y por la que sentía tanta culpabilidad con ella y con el niño.

Encendió el ordenador. Fuera lo que fuera lo que había pasado

hacía años, los Fulton eran una familia importante. Eran noticia. Quizá si sabía más…

Poco tiempo después, sabía más. También sabía que debía dejar aquello en paz.

Pero no podía.

Se levantó, salió a la oscuridad y cruzó hasta la mansión. Entró en la casa y subió la escalinata hasta el segundo piso, donde sólo estaba Jeremy.

Había doce dormitorios, pero ella sabía cuál era el suyo. Tenía el corazón en un puño, la boca seca y estaba temblando.

Podía irse, pero él estaba allí arriba solo, echándose la culpa. Edén se acercó a la puerta y llamó con suavidad. Oyó un juramento bajo.

—Soy yo —dijo.

Se abrió la puerta y apareció él con la camisa abierta del todo, el pecho desnudo, el pelo largo un poco salvaje, como un Heathcliff de la época moderna. Pero no, Heathcliff no. Él no se parecía en nada al bruto sombrío de Cumbres borrascosas.

—Jeremy.

—No deberías estar aquí —dijo él—. Ahora no me resulta fácil controlarme.

—Me da igual —ella le mostró el recorte, tomó su mano y se lo puso en los dedos—. Lo siento. He encontrado una foto de tu madre y leído algunas cosas sobre ella. Tu padre estaba en esta foto, ¿verdad?

Jeremy adoptó una expresión de desprecio.

—¿Has leído lo que hizo?

—Me lo contaste tú. Lo de dejar a tu tía.

Él se echó a reír, pero fue una risa amarga.

—Eso no fue todo.

—Eso creía.

—Y quieres saber el resto. Toda la fea verdad.

—Quiero entrar —musitó ella.

—Eso no sería inteligente.

—Ya lo sé, pero quiero entrar. Y luego, sí, quiero que me cuentes el resto de la historia.

Él miró a un lado; parecía enfadado.

—Me sorprendes, Edén. No te tenía por cotilla.

—Pues lo soy. Cuando es necesario.

—¿Y te parece necesario conocer todos mis secretos sucios?

—No, pero en este caso, sí.

Él enarcó las cejas. Todavía no la había invitado a entrar.

—¿Por qué?

Ésa era la parte difícil.

—Tú siempre me adviertes contra ti. Eres el lobo malo y al parecer, yo soy Caperucita. Pero eso no me ha detenido nunca, en parte porque siempre has sido un misterio. Siento fascinación por ti y me parece que es mutua.

—Un poco —asintió él.

—Creo… creo que, si hay plena sinceridad entre los dos, todos los misterios que construimos de adolescentes desaparecerán. Porque, a pesar de todas las cosas malas que tú u otros habéis contado de tu pasado, a mí me sigues gustando. Y creo que empecé a darme cuenta cuando hablamos de Cenicienta.

—Tú esperas que me convierta en un príncipe.

—No exactamente, pero… más o menos. Y tú crees que puede haber un zapatito de cristal en mi futuro, que soy más interesante de lo que soy.

Él sonrió.

—Jeremy, lo del niño… era inevitable. Odio que te culpabilices por eso.

Él negó con la cabeza. Le tomó la mano y tiró de ella hacia la habitación. Cerró la puerta.

—Edén —le tomó la barbilla—. Sé que esta noche has venido a ayudarme. Todo eso de que habías superado tu enamoramiento juvenil era un engaño.

—Un poco. Pero también es verdad. Odio que me gustes todavía. No quiero desearte.

Él respiro hondo.

—Mejor. Pero has venido con algún plan humanitario, ¿verdad?

—No lo sé. Puede. Vale, sí. No quiero que sientas una carga así y tengas que llevarla solo. Créeme, entiendo de esas cosas. A veces, en los momentos más lúcidos de mi madre, sé que se sentía culpable por no poder cuidar de sus hijos y la culpa sólo servía para empeorarlo todo.

—Porque entonces tú intentabas quitarle parte de esa culpa.

Edén frunció el ceño.

—Yo no soy una santa. Estaba enfadada casi todo el tiempo. Había

niños que necesitaban a su madre, pero… mi padre la había abandonado. No debió dejarla así y mi tío tenía que haber sido de más ayuda.

—Los hombres no han sido buenos contigo, ¿verdad?

—No, pero esos hombres ya no están, así que ya no tengo ese problema —excepto por el peligro de desear a Jeremy, otro hombre que le fallaría inevitablemente si pedía lo imposible.

—Está bien, te diré lo que has venido a descubrir —dijo él—. Ya sabes lo de mi padre y mi tía. Él dejó embarazada a mi madre y se prometió con ella, pero no llegó a casarse. La dejó igual que había dejado a mi tía. Soy un Fulton, no porque mi madre eligiera darme su apellido, sino porque no tuvo elección. Las dos hermanas Fulton fueron traicionadas por el mismo hombre. A veces he pensado si mi tía no sería una persona distinta antes de conocerlo a él. El incidente destruyó la relación entre las dos hermanas.

Edén vaciló.

—Y tú crees que eres como él, ¿verdad?

—En cierto modo. Desde luego, he hecho daño a gente igual que él, al no ser capaz de comprometerse. Por lo menos yo lo admito; no sé si él lo hacía o se limitaba a hacer daño a la gente. En ocasiones probablemente sería no intencionado, pero ocurría y cambiaba la vida de las personas.

Edén sabía que Jeremy era una de esas personas. El dinero y una casa grande no podían borrar la vergüenza, la pérdida de su madre ni las indignidades posteriores. Lo sabía muy bien.

Unas lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas contra su voluntad.

—¿Edén? —Jeremy le acarició la barbilla y las lágrimas le mojaron el dedo—. Me estás rompiendo el corazón. Me gustaría que hubieras tenido una infancia mejor —dijo con gentileza—. Me gustaría haber sido más sensible cuando tuve ocasión y haberte ayudado entonces.

Ella negó con la cabeza.

—Yo he aceptado mi pasado. Quiero que tú hagas lo propio con el tuyo.

Él le besó la palma.

—¿Todavía cuidando de los demás, Edén?

Ella no podía respirar, apenas podía pensar.

—No conocí a tu padre, pero no puedes obligarte a creer que eres como él. Y no quiero que te culpes por el niño.

Él se quedó inmóvil.

—Ya veremos. Primero tengo que descubrir más cosas de él. Iremos paso a paso.

Ella sabía que no iba a ganar aquella baza.

—¿Jeremy?

—¿Sí? —él le acarició la cabeza, deslizó los dedos en su pelo.

—Te he mentido en lo de que quería saber lo de tu padre. Ya lo sabía. Me he vuelto curiosa y he mirado en Internet.

Él sonrió.

—¿No estás enfadado?

—No.

—Pues deberías. He invadido tu intimidad.

—Lo has hecho por una buena causa. Te gustan las cruzadas y yo soy tu proyecto actual. Ya lo he aceptado.

Ella suspiró y se apoyó en él.

—Pero deberías irte —prosiguió él—. Porque estás en mi dormitorio con las manos en mi pecho desnudo y no soy tan fuerte como para resistir ese tipo de tentación.

Edén miró su mano en la piel de él a la luz dorada de la lámpara de la mesilla. Un fuerte anhelo la embargó. ¿No podía tener algo para sí misma sólo por una vez?

—Me iré pronto —tragó saliva—. Y pasaré el resto de mi vida pensando cómo habría sido. Yo quiero esto.

Él cerró los ojos y su cuerpo se tensó. Soltó un gemido. Ella sintió subir y bajar su pecho bajo los dedos.

—No creo que lo digas en serio —dijo al fin él, con voz más profunda que de costumbre—. La noche tiene la costumbre de impulsar a la gente a dar pasos irracionales y poco inteligentes. Por la mañana te sentirás distinta. Y yo me sentiré…

Ella se inclinó hacia delante y lo besó levemente en los labios.

—No lo digas. La culpabilidad no formará parte de esto. Los dos conocemos las reglas. No tendremos un futuro juntos. Queremos cosas distintas en la vida y tenemos los pies en caminos diferentes, pero el pasado parece colorear todo lo que decimos y hacemos. No quiero seguir pensando en el ayer cuando sólo podemos controlar el mañana. Sé que no tenemos futuro, Jeremy, pero… ¿podemos tener esta

noche? Así no tendré que pensar qué me he perdido.

—Edén… —él la atrajo hacia sí y, con dos pasos rápidos, se adelantó y la tumbó con gentileza en la cama. Se colocó sobre ella, con los labios cerca de los suyos pero sin tocarse.

—Dime que estás segura.

—Estoy segura.

—Dime que no me odiarás por la mañana.

Ella colocó la mano de él en sus labios y sonrió.

—Yo nunca podría odiarte.

—He combatido esto tanto tiempo que es difícil dejar de luchar.

Edén se quedó inmóvil.

—No quiero obligarte.

Él se echó a reír.

—Me sorprendes constantemente. Me encantas. Y me excitas —le mordisqueó el cuello.

Ella sintió calor por todo el cuerpo. Gimió. Le echó los brazos al cuello.

—Bésame. Hazme el amor —dijo.

Jeremy la abrazó. Le quitó la ropa y fue mostrando su piel centímetro a centímetro. La besó por todas partes.

Se quitó la camisa y se desnudó a su vez. La besó con pasión.

—Si has cambiado de idea, dime que me pare ahora.

Edén apenas podía respirar. Lo abrazó.

—Sólo esta noche. Por favor.

Jeremy soltó un gemido. Volvió a besarla. Y cuando unió su cuerpo con el de ella, el mundo se dio la vuelta. Se volvió brillante y el calor inundó el cuerpo de ella. El deseo aumentó y aumentó hasta que ella creyó que se iba a romper o estallar en llamas. Gritó su nombre y perdió el control por completo. El placer la invadió y ella subió y bajó en una marea de sensaciones maravillosas.

Lo abrazó, con los temblores acunándola todavía. Y él la besó debajo de la barbilla.

—Sin remordimientos —dijo adormilado.

—Ninguno —prometió ella.

Y cuando más tarde salió de su cama y lo dejó sonriendo en sueños, no se arrepentía. Todavía.

Al fin tenía lo que siempre había querido. Una noche en brazos de Jeremy. Era todo lo que podía tener con él y ahora seguiría con su

trabajo y miraría al frente, no a lo que no podía ser.

Seguiría una sensación de pérdida, dolor y remordimientos… pero eso ya lo sabía. Y sería más tarde.

Jeremy se despertó con el olor a flores de Edén en la almohada y el recuerdo de ella en los brazos. Los besos de ella estaban grabados en su cuerpo en un centenar de lugares y su visión de la noche anterior era más maravillosa de lo que jamás habría podido imaginar.

Pasó la mano por la cama y confirmó lo que sus sentidos le habían dicho ya: ella se había marchado.

Su Cenicienta personal le había pedido una noche y le había pedido que no se culpabilizara, ni por esa noche ni por el pasado ni por el niño.

Y un hombre no podía pasarse la noche sintiéndose culpable cuando tenía una mujer hermosa y deseable en los brazos. ¿Verdad?

Frunció el ceño. No dudaba de que Edén había querido hacer el amor con él. Era una mujer apasionada. Pero también había querido ayudarlo, hacerle olvidar el dolor. Dada su conversación anterior, estaba seguro de eso, y lo había sabido ya cuando unía su cuerpo al de ella.

¿Quién había ayudado a Edén o se había interesado por sus necesidades?

Decidió que lo haría él. Y seguiría su consejo de pensar en el mañana y en lo que se podía hacer, no en lo que no se podía cambiar.

¿Y qué podía hacer por ella? ¿Qué podía darle?

—Libertad —susurró.

Podía darle la libertad de no tener que preocuparse del futuro ni de él. Y quizá podría hacer otra cosa también. Una cosa sencilla, pero que significaría algo para una mujer como ella.

Intentó ignorar que había algo que no se podía cambiar. Edén saldría de su vida pronto y, cuando se fuera, él tendría que fingir que era feliz. Al parecer, a ella le dolía que no fuera feliz.

Hizo una mueca.

—Pues fingiré —dijo.

Capítulo 13

Durante la semana siguiente le llegaron varias cartas a Edén. Una contenía un recibo que le informaba de que había terminado de pagar sus deudas y otra era un aviso de su escuela que le recordaba que habría una reunión de profesores pronto. Se dedicó con más premura a la tarea de ayudar a Barry a buscar al niño. Buscaba información útil que hiciera el futuro más fácil para todos los concernidos. Encontró e imprimió narraciones de personas que habían recorrido el camino en el que se hallaba Jeremy y conseguido llevar una vida bastante completa. Su misión se convirtió en hablar con esas personas y hacerles preguntas. Trabajaba a paso enfebrecido para derrotar al reloj. Y para no tener que confesarse que sus sentimientos por Jeremy se hacían cada vez más intensos.

Y, por supuesto, no podía decírselo o él no se perdonaría nunca haberla tocado.

Apenas se había formado ese pensamiento en su mente cuando sonó el timbre de la puerta. No había nadie más por allí, por lo que abrió ella.

—Miriam —miró a la mujer hermosa y sin corazón—. Lo siento. Él ha salido.

Una expresión dura y amarga cruzó un instante el rostro de Miriam.

—¿Ha salido de verdad? Porque parece que no está nunca cuando yo vengo.

—Lo siento, pero sí. De verdad —repuso Edén. Y por una vez sintió lástima por ella. Sabía muy bien cómo se sentía.

Miriam se mordió el labio inferior. Edén notó que tenía el pintalabios corrido y parecía… triste.

—Es por mí, ¿verdad? —preguntó—. No quiere verme. Porque soy lo que soy, una fracasada con dos divorcios. No soy lo bastante buena —su rostro se derrumbó y una lágrima cayó por su mejilla, estropeando el maquillaje.

Y Edén se dio cuenta de pronto de que ya no se sentía inferior en presencia de mujeres como Miriam. Ese verano, sin darse cuenta, había perdido aquella sensación que la había perseguido toda su vida.

—No creo que sea eso —dijo, esforzándose por consolar a la mujer que siempre se había burlado de ella y la había criticado.

Pero lo que decía era verdad. El problema no era que Miriam no fuera lo bastante buena. Y ella también había sido siempre lo bastante buena. Simplemente, no se había dado cuenta antes y se había pasado la vida sintiéndose insegura con las personas con las que se había criado cuando el problema no estaba en ella en absoluto.

Su transformación había sido obra de Jeremy. La fe de él en ella y en su habilidad para lidiar con cualquier situación, social o de otro tipo, le habían dado confianza y la habían cambiado allí donde su educación y experiencia no lo habían hecho. El primer día le había dicho que era su igual, pero entonces no lo creía así. Ahora ya no había duda en su mente. Era igual, no era menos que Miriam ni que las otras sólo porque no hubiera nacido de su clase social.

—Lo que pasa es que Jeremy no busca ahora lo que tú quieres de él —dijo con gentileza—. Es un hombre maravilloso, pero no está disponible. Es triste, lo sé. Todas lo queremos —intentó bromear.

Miriam parpadeó.

—¿Tú admites que lo quieres?

Edén se encogió de hombros.

—¿Y qué mujer no? ¿Por qué mentir?

—No, supongo que tienes razón. Es muy tentador, ¿verdad?

—Muchísimo —consiguió decir Edén con una sonrisa.

Miriam suspiró. Parecía más vieja. Parecía una mujer que ha sido derrotada.

—Tengo que irme —dijo, pero vaciló—. Eres más simpática de lo que pensaba.

—Bueno, nunca nos hemos conocido mucho, ¿verdad?

Miriam pareció culpable por un momento.

—No, es cierto. Quizá lo hagamos ahora, si te quedas.

—Estaría bien —Edén se despidió de ella.

Se preguntó si Miriam tendría profundidades ocultas que no había visto antes. Tal vez. Muchas personas esconden muchas cosas detrás de una mueca de desdén. Jeremy era el ejemplo perfecto de un hombre con profundidades ocultas.

Y un ejemplo de hombre que ninguna mujer podía conservar. Pero a ella le había dado mucho. La había tratado como a una igual y había insistido en que otros la trataran así. Ahora ella consolaba a

Miriam DeAngeles, una mujer que antes le hacía sentirse tan inferior que cruzaba la calle para no encontrársela. Jeremy había hecho un pequeño milagro.

Ahora ella tenía que terminar su trabajo allí sin mostrar lo doloroso que sería alejarse de él. No quería que la compadeciera como compadecía ella a Miriam. Definitivamente, no quería aparecer nunca en su puerta pidiendo una imaginaria taza de azúcar.

Bajó la cabeza y volvió al trabajo.

—Tienes que parar. Te vas a poner enferma.

Edén levantó la vista y Jeremy no hizo nada por suavizar su expresión. Estaba preocupado por ella.

—Estoy haciendo progresos.

—Los harás igual.

—Pero si freno, no los haré tan deprisa. El año escolar empezará pronto.

Vale, él veía cuál era la situación. Edén estaba impaciente por irse. La noche juntos había bastado para dejarla satisfecha mientras que él la deseaba más que nunca.

Pero no lo mostraría. No tenía intención de dejar que hirieran su orgullo masculino cuando él se había pasado años alejándose después de sólo una noche con una mujer. Si Edén necesitaba irse, la ayudaría… en cuanto completara la tarea que se había marcado. Si todo iba según lo planeado, ella tendría algo bueno que recordar de aquel verano.

—Dentro de dos días tengo una reunión y quiero que estés presente —dijo.

Ella levantó la cabeza y la giró hacia él.

—¿Necesitas mi ayuda? —preguntó. Y a él no le extrañó la sorpresa de su voz.

—Sé que no hemos pasado mucho tiempo juntos últimamente —desde el día en que Barry había lanzado su bomba y Edén había ido a su cama—. Pero sí, necesito tu ayuda. De hecho, no puedo hacer esa reunión sin ti.

—En ese caso, dime cuándo es y dime lo que necesitas.

Jeremy quería decirle que la necesitaba a ella, pero guardó silencio hasta que pasó la urgencia de atraerla hacia él y contarle la

verdad.

—Pasado mañana. En el jardín a las ocho de la tarde. Ponte algo informal pero alegre.

—¿Habrá muchos invitados?

—Eso espero.

Ella parpadeó.

—¿Hay algo más que deba saber?

Sí. Que la quería y nunca la cargaría con la responsabilidad de un hombre en decadencia cuando ella se había pasado la vida cuidando de los problemas de los demás. Que él nunca la apartaría de sus sueños.

Le dedicó una sonrisa tensa.

—Tú trae tu humor de las fiestas.

Ella bajó la vista, pero él estaba seguro de que sonreía.

—¿Habrá baile? —preguntó.

Y él ya no pudo resistirlo más. Le tomó la mano y le besó la palma.

—Edén, siempre habrá baile cuando tú estés presente. Te lo garantizo.

Le sonrió, a pesar de que una lanza le atravesaba el corazón. Porque, por supuesto, el problema era que Edén no estaría siempre presente.

* * *

Edén salió al jardín ataviada con un vestido blanco con una cinta rosa pálido atada bajo los pechos.

Jeremy había dicho a las ocho, pero el jardín parecía muy tranquilo para una reunión. ¿Había oído mal? ¿Debería volver dentro?

Él apareció entonces por un sendero lateral y le abrió los brazos.

—Estás encantadora —dijo—. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé; especialmente porque siempre estás encantadora.

Ella le puso una mano en la manga.

—¿Dónde están todos? ¿O me has citado aquí para contarme algo antes de que entremos?

Él sonrió.

—Algo parecido. Son necesarias algunas explicaciones preliminares.

Edén asintió.

—No he traído la libreta.

—Mejor. Sabes que odio esa cosa.

—Me ayuda.

—Pero tú dijiste que no siempre tomas notas.

—Me ayuda a centrarme cuando es necesario. Bueno… ¿quiénes son los invitados hoy? ¿Son importantes?

—Algunos de los más importantes que he tenido nunca.

Edén reprimió una sonrisa.

—No hace mucho que eso habría hecho que me temblaran las rodillas.

—¿Y ahora no?

Ella movió la cabeza.

—Ahora no —y había sorpresa en su voz—. Tengo que agradecértelo a ti. Nunca me has tratado distinto que a los demás. Debido a eso, la gente que antes me intimidaba, ya no me preocupa nada. Me parecen… humanos. Igual que yo.

Jeremy se echó a reír.

—Porque lo son. Humanos, claro. Por lo demás, nadie es como tú.

Su voz se había hecho más profunda y Edén contuvo el aliento. Sería estúpido esperar que él no se mostrara amable porque siempre era amable con todo el mundo. Como había dicho Ashley, sería peligroso desear demasiado.

—¿Entramos? —preguntó.

Jeremy le tomó la mano.

—Todavía no. Tengo que preguntarte algo. Tienes que ayudarme un poco.

Ella lo miró. Llevaba una chaqueta blanca, el pelo le caía sobre la frente, la miraba con una expresión como de anticipación y nunca había estado tan atractivo. Confió en poder recordar luego lo que le iba a decir, porque en ese momento se sentía un poco al borde del desmayo y sólo podía concentrarse en él.

—Dímelo ya —intentó conseguir que le funcionara la mente.

—Está bien, pero primero una pregunta. ¿Qué día es tu cumpleaños?

Ella parpadeó.

—El dos de abril. Estaba en el papel que rellené cuando vine, pero… no creo que te molestaras en leerlo porque ya me conocías. ¿Es importante?

Él sonrió y le tocó la mejilla.

—Esta noche mucho. Me perdí tu cumpleaños.

—No importa. Yo no estaba aquí entonces.

—Y tampoco estarás aquí para el próximo.

—No —un nudo se formó en su garganta.

—Entonces tendremos que hacer algo. Ashley me dijo que tu tío nunca os felicitaba los cumpleaños ni las Navidades. Nunca me gustó ese hombre.

El nudo se hacía más grande.

—No importa. Ahora soy adulta y él ya no existe. De mis cumpleaños me encargo yo. Mis hermanas me llaman.

Jeremy frunció el ceño. Apartó la vista un momento.

—Yo diría que las hermanas a las que criaste podrían hacer algo más —dijo en voz más alta.

Edén oyó a su derecha un sonido que no pudo identificar. ¿Susurros? Pensó que Donald debía estar en el jardín. No era de extrañar que Jeremy frunciera el ceño si creía que espiaban su conversación.

—No te enfades con Donald —dijo—. Es muy amable y estoy segura de que no sabía que estábamos aquí.

—¿Cómo dices? —Jeremy parecía aún más confuso de lo que se sentía ella.

—Los susurros —explicó ella.

—Oh, sí, Donald —sonrió él—. Es muy amable. Me ha ayudado con esto. Y también la señora Ruskin y Lula. Han decorado el jardín, hecho llamadas telefónicas, enviado faxes y e-mails, hecho la tarta…

—¿La tarta?

—Ésa es la contraseña. ¡Sorpresa!

Edén dio un salto y Jeremy la tomó del brazo y la guió dos pasos hasta el primer recodo del jardín.

—¡Sorpresa, Edén! —gritaron múltiples voces.

Ella levantó la vista de las mesas colocadas al lado de la fuente. Allí estaban sus hermanas, todas ellas. Y Ashley y Fran, Kay y Robin, tres amigas y compañeras profesoras de St. Louis. Donald, la señora Ruskin y Lula sonreían cerca.

—Feliz cumpleaños del año que viene —susurró Jeremy; se inclinó a darle un beso en la mejilla.

—No comprendo —ella movió la cabeza.

Él le tocó la mejilla.

—Sigo tu consejo y miro adelante, no atrás, para hacer lo que deberían haber hecho por ti hace mucho tiempo. Te doy las gracias por todo lo que has hecho y todo lo que eres. Más aún. Pienso bailar contigo y disfrutar de un día contigo sin trabajo. Hace mucho que no voy a una fiesta que no esté relacionada con el trabajo, así que también estoy en deuda contigo por esto.

Y antes de que ella tuviera tiempo de decir nada, se adelantaron sus amigos y familia.

—Jeremy tiene razón —dijo su hermana Helena—. Las chicas y yo deberíamos haberte dado una fiesta hace mucho. Tú siempre intentabas que nuestros cumpleaños fueran especiales, incluso cuando no teníamos dinero.

Los ojos de Edén se llenaron de lágrimas. Se volvió a Jeremy para darle las gracias, pero él estaba al otro lado de la fuente hablando con Ashley. Su agradecimiento tendría que esperar.

Era un hombre maravilloso. En un momento en el que aumentaba la tensión en la casa y ella se preocupaba por él montaba algo así porque se había enterado de que ella nunca había tenido una fiesta de cumpleaños. ¿Qué sería lo siguiente que hiciera?

Confió en que no fuera nada demasiado maravilloso. Ya estaba enamorada de él y sería una agonía dejarlo.

Aquella verdad la golpeó con fuerza. Su inmenso placer por el gesto de Jeremy se mezclaba con un dolor tremendo. Pero mantuvo la sonrisa. Sabía que, aunque él no pudiera verla, podía sentirla. Y si de ella dependía, nada estropearía la alegría de él por haberle dado aquel día.

Y nadie se enteraría de su ceguera. Ni siquiera la familia de ella. Su orgullo era muy importante para él y ella guardaría su secreto a toda costa.

Cuando Edén despedía ya a sus hermanas, Jeremy pensó que el día casi había terminado.

—Gracias por venir —dijo a la hermana pequeña.

Ella le puso una mano en el brazo.

—Eres una joya. Por fin alguien cuida de Edén y no al revés.

—Karen, deja de intentar coquetear con mi jefe —intervino Edén—.

Y él no tiene que cuidar de mí. Me paga bien y me trata con respeto. Es todo lo que se necesita.

Jeremy sonrió y guiñó un ojo a Karen.

—Edén es algo obsesiva con eso de cuidar de los demás.

Karen se echó a reír.

—¡Si lo sabré yo! ¿A ti te ha apartado ya el vaso del borde de la mesa?

—Todo el tiempo —mintió él—. Puede volver loco a cualquiera —lo cual, por supuesto, no era mentira—. Pero consigo sobrevivir —terminó con afecto.

—Yo no te conocía cuando vivíamos aquí, pero me gustas —dijo Karen, y las demás hermanas de Edén asintieron—. No le hagas trabajar demasiado, ¿vale? Ella sólo puede descansar en verano. No sé por qué se ha puesto a trabajar. Sé bueno con ella.

Jeremy murmuró una promesa. Se apartó para que Edén se despidiera de sus hermanas en privado. Cuando se volvía para entrar, oyó un susurro de Karen y vio que señalaba en su dirección.

Se puso tenso y se preguntó si su forma de esquivar obstáculos con movimientos más lentos de lo normal, su modo ladeado de mirar a la gente y sus errores habían traicionado sus limitaciones. Se sentía inseguro y sabía que así era como se habría sentido Edén de niña. Diferente, compadecida.

Pero esa noche le había dicho que él la había ayudado a vencer ese sentimiento tratándola igual que trataba a todo el mundo. Y le pareció recordar que últimamente caminaba con la cabeza más alta y no se sentía cohibida con los ricos del lugar ni le preocupaba que la gente la compadeciera.

Era una mujer asombrosa y probablemente podría aprender de ella. Era algo en lo que tenía que pensar.

Más tarde. Por el momento le preocupaba otra cosa. Cuando se marchó la familia de Edén, la tomó por el codo y la volvió hacia él.

—¿No están al tanto de tus dificultades económicas?

—No era asunto suyo. No quería preocuparlas.

—Ahora son adultas. Podían haberte ayudado.

—Sé que son adultas, pero tienen sus propios problemas.

Y no dijo que se lo contaría algún día a sus hermanas. Estaba claro que no se lo diría ni les pediría ayuda, pero, por supuesto, podían contar con que ella ayudaría a otros siempre que fuera necesario.

Jeremy comprendió entonces que Edén siempre se ocuparía de los problemas de las personas que le importaban. Incluso cuando estaban lejos de ella. Lo que significaba…

Sintió rabia y frustración. Pasó las manos por los brazos de ella y Edén se estremeció. La atrajo hacia sí y la besó. Se apartó porque deseaba más.

—Cuando te hayas ido, mis problemas no serán los tuyos. No quiero que te preocupes por mí nunca.

—Ya lo sé —contestó ella, y había tristeza en su voz.

Entonces comprendió Jeremy algo más sobre Edén y sobre sí mismo. Cuando ella se fuera de allí, se preocuparía… a menos que él la convenciera de que iba a llevar una vida feliz. Y eso implicaba que tenía que hacer cosas con las que no había contado, cosas en las que no quería pensar todavía.

No importaba. Las haría. Pero no esa noche.

—No hemos bailado —dijo.

—Lo sé. He estado muy ocupada. ¿Quieres bailar ahora conmigo, por favor?

—Nada podría impedírmelo —la tomó en sus brazos y bailaron en el jardín vacío. La atrajo hacia sí todo lo que pudo.

—Jeremy, lo que decías de cuando hayamos terminado, cuando me haya ido…

—Calla, todavía no.

Pero pronto. Barry había insinuado que tenía noticias y luego Edén se iría a casa. Tenía una vida y planes a los que estaba impaciente por volver. Y al día siguiente él haría lo necesario por asegurarse de que no volviera a preocuparse por él cuando se marchara.

Edén, sentada en su mesa, escribía un mensaje para el registro de donantes. Pensó en el maravilloso regalo que le había hecho Jeremy y se dio cuenta de que sería la única fiesta de cumpleaños que compartirían nunca.

—No pienses en eso, sólo haz lo que tienes que hacer —se ordenó; pero sabía que era imposible. Ya lo echaba de menos.

Como en respuesta a sus pensamientos, hubo una llamada a la puerta y Jeremy asomó la cabeza.

—¿Quieres ponerte los patines y dar una vuelta conmigo?

Edén se apartó al instante de la mesa. Jeremy y ella no habían salido juntos desde que hicieran el amor. Aquélla podía ser su última vez.

—No me lo perdería por nada.

Diez minutos más tarde, colocaba la mano en la de él y empezaban a patinar por el camino de entrada. Ella respiró hondo y suspiró.

—¿Sucede algo? —preguntó él.

—Sí. Algo bueno. He echado de menos estas excursiones. Antes no me gustaba dejar que la gente me viera en situaciones en las que podía tropezar o parecer torpe. Ahora no me preocupa nada eso. Me encanta el viento en el pelo. Creo que has creado un monstruo.

Él giró de pronto hasta que estuvo patinando hacia atrás, con las dos manos de ella en las suyas. A Edén le latió con fuerza el corazón.

—Eres el monstruo más bonito que he visto jamás.

Ella se echó a reír.

—¿Has conocido a muchos?

—Más de los que sospechas. ¿De verdad te diviertes?

—Sí. Más de lo que sospechas. Gracias por enseñarme que puedo ser y hacer más de lo que creía.

Él se detuvo de pronto.

—Anoche, cuando te despedías de tu hermana, ella me miró y…

Edén sintió un nudo en la garganta.

—Sí. Notó algo. No te voy a mentir. Pero creyó simplemente que eras evasivo y… oh, como el típico rico que no mira directamente a la gente. Nos criamos con tanta gente esquivando nuestras miradas que no le dio demasiada importancia.

—Y tú no le dijiste la verdad.

Edén frunció el ceño.

—Yo no haría eso.

Jeremy levantó la mano y le acarició la mejilla. El calor invadió la piel de ella. El deseo de apoyarse en él era casi más de lo que podía soportar.

—No puedo dejar que me sigas encubriendo. Has hecho todo lo que te he pedido. Has guardado mi secreto y me has permitido esconderme, e incluso te has colocado en situaciones incómodas una y otra vez —señaló los patines.

—Ya te he dicho que me encanta patinar, montar en bici y…

—No siempre te ha encantado —repuso él—. Pero lo has hecho de todos modos. Y has estado a mi lado y hecho tu parte en presencia de personas que te ponían incómoda.

—Sí, pero…

—Calla —él le puso dos dedos en los labios—. Lo sé. Ya no te sientes incómoda con ellos. La mariposa ha salido de su capullo. Tu disposición a superarte en ese terreno me ha enseñado una lección. No puedo dejar que sigas guardando mi secreto y no puedo evitar verdades desagradables sólo para proteger mi orgullo. Es algo que he hecho toda mi vida, no sólo estos últimos meses, y es hora de parar. Voy a decir la verdad públicamente. Quiero que tú estés conmigo. Y luego…

Ella esperó con el corazón en un hilo. Se lamió los labios y tragó saliva.

—¿Y luego? —preguntó con calma.

Jeremy la soltó.

—Luego dejaré que vuelvas a tu vida. Acabaremos esto.

Sus palabras fueron como un puñetazo. Ella sabía que llegaría el día, pero todavía no. Y… no estaba preparada. Se le partió el corazón.

Pero consiguió de algún modo sonreír y asentir con la cabeza.

—Está bien. ¿Qué quieres que haga?

Tuvo la impresión de que pasaba mucho tiempo antes de que él hablara.

—Convocaré una reunión pública, una conferencia de prensa, e invitaré a otras personas, gente que debe saberlo. Colegas y hombres de los negocios. Sólo tienes que quedarte conmigo hasta entonces, hasta que lo haga público. Si ocurre algo inesperado, quiero tener a mano a una persona inteligente y tranquila. ¿Puedes quedarte?

Ella quería decirle que podía quedarse para siempre. Pero eso no era lo que quería él.

—Sí —prometió.

Una última aparición juntos y se iría a casa. Un plan muy sencillo. Pero cuando Edén dejó a Jeremy en el jardín y se alejó, sabía que su vida después de él no sería sencilla. Tenía que sobrevivir a amarlo y perderlo. Y no tenía ni idea de cómo hacer eso.

Jeremy esperó hasta que estuvo seguro de que Edén se había ido. Dio un puñetazo en el árbol más cercano sin hacer ningún caso del dolor. Le había costado mucho no abrazar a Edén, besarla y suplicarle que se quedara.

La amaba, la deseaba y se estaba convirtiendo en lo que tanto había temido, un hombre patético que colocaba sus deseos por delante de los de los demás.

Ahora tenía que afrontar la verdad. Edén se había pasado la vida cuidando de otras personas que no podían cuidarse solas. Había tenido que limpiar los desastres de otros y ocuparse de los problemas de otros. Por una vez en su vida, viviría como quería. Y también tendría los hijos que quería, los que él no podía darle. Y él estaba dispuesto a encadenarse a la mesa antes de hacer nada que interfiriera con los sueños de ella.

Aunque su misión no hubiera terminado, había llegado el momento de decir la verdad y seguir adelante. Solo.

Capítulo 14

Edén estaba sentada ante su escritorio con los ojos llenos de lágrimas cuando el e-mail apareció en la pantalla.

Soy Alisson August. Mi hijo es fruto del donante 465. Tengo entendido que el donante puede tener un problema.

Edén se puso tensa. Le temblaban las manos al leer el mensaje. ¿Jeremy un problema? Cualquier niño tendría suerte de tenerlo como donante, pero, por supuesto, una madre podía no verlo de ese modo.

Pensó un momento. Y empezó a escribir. Alisson August contestó.

La charla se prolongó bastante rato. Ya era tarde cuando Edén dejó el ordenador. Su sensación de euforia se mezclaba con el conocimiento de que aquél era el último paso, casi lo último que haría por Jeremy. Se le encogió el corazón.

Pero en ese momento no podía importar lo que perdiera ella. Tenía información. Habló un instante con Barry, al que prometió llamar de nuevo más tarde y fue en busca de Jeremy.

La puerta de su despacho estaba abierta, pero la habitación aparecía vacía. Probó el dormitorio, también vacío, donde la cama en la que habían hecho el amor le recordó en silencio que no volvería a ocurrir.

Al fin encontró a Donald, que la dirigió al jardín.

Jeremy estaba apoyado en un árbol con una mano en el bolsillo y un teléfono en la otra. Cuando la vio, dio por finalizada la llamada.

—Edén —sonrió—. Es un placer verte.

—Tengo buenas noticias —dijo ella—. Ya sé el nombre de la madre y del niño.

Él se separó del árbol.

—Eso está bien —dijo. Pero su expresión era inescrutable—. Dime más.

—Bueno, no son malas noticias. La madre había leído nuestra información y conocía tu estado. Ha tenido tiempo de indagar con amigos y profesionales. Ha hecho pruebas genéticas a su hijo.

—¿Y?

—No han identificado ningún problema.

Jeremy cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, se acercó a Edén y

la besó en la frente. La estrechó contra su corazón.

—Gracias al cielo. Y gracias a ti por descubrir la verdad.

Edén se esforzaba porque él no viera cómo la afectaba. Tenía que seguir hablando.

—La madre, Alisson August, sabe quién eres, pero no quiere conocerte ahora —se apartó en sus brazos para mirarlo—. No quiere ayuda todavía, pero le parece buena idea dejar la puerta abierta. Si cambian las cosas o si aparecen pruebas médicas, sí querría hacer algo.

Jeremy asintió. Soltó a Edén.

—¿Qué es eso? —preguntó, mirando su mano.

Ella recordó los papeles que le había llevado. Le tendió un cristal de aumento.

—Alisson me ha enviado esto por e-mail.

Jeremy miró a la mujer y el niño que había en la página.

—Se parece a mí —dijo.

—Mucho —asintió Edén—. Creo que en parte Alisson quiere tenerte en secreto por eso. Tiene miedo de que el parecido lo asuste o le haga desear algo que no puede tener. Ella es soltera.

Miraron a la mujer, que era rubia y bastante bonita. «Una persona tranquila», había dicho Alisson. De pronto Edén comprendió la verdad.

Jeremy podía tener una familia si quería. No había impedimento por su material genético. Aquel niño estaba ya allí y estaba a salvo. Esa mujer sabía quién era él y no tenía prisa por acercarse. No sería muy exigente. Conocía su situación y su estado y…

—Se alegra de que la hayas buscado —dijo—. No se ha mostrado condescendiente ni compasiva ni ninguna de esas cosas que no te gustan en una mujer.

Jeremy frunció el ceño.

—¿Edén?

Ella se mordió el labio inferior para evitar que temblara y luchó por hablar.

—Podrías tener con ellos lo que pensabas que no podrías tener nunca —dijo al fin—. Sin culpabilidad —pero se le cerraba la garganta y le ardían los ojos. No podía continuar.

Jeremy dejó caer el papel y la abrazó.

—No llores.

—No lloro.

Pero sí lloraba.

—Me alegro mucho por ti —dijo—. ¡Deseo tanto que seas feliz! —lo cual era cierto y, sin embargo, no lo era.

Porque quería que fuera feliz con ella. Con Edén Byars. Quería que la amara. Al fin había hecho lo más estúpido que podía hacer. Había dado a Jeremy todo lo que tenía para dar. Y ahora no le quedaba nada que llevarse consigo. Y sin embargo…

—Por favor, sé feliz —le suplicó.

Él la besó despacio, con cuidado, con las lágrimas de ella mojándole la boca.

—Lo haré. No debes preocuparte —prometió—. No quiero que te preocupes nunca.

—No lo haré. Cuando llegue a casa, tendré mucho que hacer. Preparar mis clases, los planes para el colegio, ver a los amigos que he echado de menos —se detuvo, incapaz de continuar con sus mentiras ni con la sonrisa—. Tengo que irme. La conferencia de prensa es mañana. La señora Ruskin y yo tenemos que revisar algunas cosas. ¿Has hablado con ella?

—¿De los arreglos de los muebles para que se acomode la gente? Sí. Gracias por haber pensado en eso y haberme contado la colocación de todos. Tengo que decir la verdad, pero quiero hacerlo con dignidad. Una cosa es decirle al mundo que tengo una enfermedad y otra convertir esto en una fiesta de compasión. No quiero que me vean tan débil.

—Esta noche haremos un ensayo —dijo ella.

Pero sabía que Jeremy no tropezaría. Era ya un experto en todo aquello. La que había cometido errores había sido ella. Y sí, tal vez fuera una mujer cambiada y más asertiva, que ahora iba al encuentro de aventuras cuando en el pasado había huido de ellas, pero en lo que a Jeremy se refería, había tropezado de mala manera.

Al día siguiente sería el día más orgulloso de su vida y también una pesadilla.

Edén intentó fingir que ese día era como cualquier otro, pero su corazón no se lo permitía. Tenía las maletas hechas y sólo faltaban unas horas para que la carroza de Cenicienta se convirtiera de nuevo

en calabaza.

Pero todavía quedaban esas horas. Jeremy la necesitaba aún.

La reunión sería más grande de lo que habían anticipado. Se había corrido la voz de que Jeremy Fulton, que raramente hablaba con la prensa, había organizado un encuentro e invitado a los medios de comunicación.

Personas que no habían sido invitadas habían empezado a llamar para ver si podían asistir.

Lula y la señora Ruskin se habían visto obligadas a contratar personal que las ayudara, pero al fin todo parecía estar preparado. Habían abierto el salón de baile y Jeremy sabía dónde estaba situado todo. Sólo quedaba que recibiera a los invitados e hiciera su anuncio combinándolo con el hecho de que Empresas Fulton marchaba mejor que nunca y el presidente de la compañía también.

Con un poco de suerte, el público se tomaría bien la noticia. Jeremy despediría a sus invitados en la puerta y luego se despediría de ella.

Al día siguiente estaría de regreso en St. Louis. Apartó aquel pensamiento de su mente. Jeremy necesitaba una ayudante sonriente y capaz, no una mujer deshecha en llanto.

El objeto de sus pensamientos salió en ese momento de su habitación y bajó al vestíbulo, donde ella miraba por la ventana.

—¿Todavía no han llegado curiosos? —preguntó con una sonrisa.

Ella lo miró con severidad.

—A mí no me engañas. Sé que preferirías que te sacaran todos los dientes a hacer esto.

Jeremy enarcó las cejas.

—Bueno, la prensa haría su agosto si me presentara sin dientes.

Ella le dio una palmadita en el brazo.

—Pórtate bien.

—Sí, profesora. ¿Y Edén? —se acercó hasta que sus labios calentaron la oreja de ella y le provocaron un escalofrío delicioso en la columna—. La señora Ruskin, Lula y tú lo habéis hecho muy bien. Ha sido una buena idea hacer de esto más una fiesta que una conferencia de prensa.

—Fue porque la señora Ruskin dijo que estás guapísimo con esmoquin, camisa blanca y pajarita negra. Y tenía razón.

En ese momento sonó el timbre.

—Vamos a recibir, señora —le ofreció el brazo y apareció Donald vestido de mayordomo. El hombre guiñó un ojo a Edén.

—Todos a sus puestos —bromeó Jeremy, pero su brazo estaba tenso bajo la mano de Edén. Aquello podía ser la pesadilla que tanto había temido. Y ella pensaba cerciorarse de que no lo fuera.

Una hora más tarde decidió que sus miedos carecían de base. Jeremy había manejado todo el asunto con su aplomo y encanto habituales. Había hecho que todas las mujeres que entraban se sintieran especiales y hermosas y había hecho reír a todos los hombres.

—Fulton, tú sí que sabes dar una conferencia de prensa. Buena comida, mujeres espectaculares, buena música —Jonathan DeFray le dio una palmada en la espalda.

—No queríamos dormir a nadie —repuso Jeremy.

—No es probable. Si un hombre se toma tantas molestias por lo que se supone que es una conferencia de prensa, asumo que tiene algo importante que anunciar. Todo el mundo ha contenido el aliento. ¿Qué ocurre, Fulton? ¿Un proyecto nuevo, algo internacional? ¿Ha inventado una tecnología nueva que cambiará el mundo?

Edén notó de nuevo que Jeremy se ponía tenso, pero ni su rostro ni su postura traicionaban nada de esa tensión.

—Nada tan emocionante —contestó. Se volvió a Edén—. Llegó la hora.

Ella se hizo a un lado y él avanzó al micrófono.

—Los he convocado aquí esta noche para hacer un anuncio muy sencillo —dijo Jeremy con calma—. Porque trabajo con muchos de ustedes y merecen saber que ha habido un cambio en mi vida, pero quiero que sepan que ese cambio no afectará a nuestra relación. Por lo menos, yo espero que no.

Un murmullo recorrió la multitud.

Jeremy levantó la mano.

—En los últimos meses me han diagnosticado una enfermedad que me está robando la vista. En pocas palabras, me estoy quedando ciego.

Una mujer dio un respingo. Jeremy hizo una pausa.

—No sé cómo de intensa será esa ceguera. Por el momento sólo está afectada mi visión central. Empresas Fulton va viento en popa y yo también. Tengo muy buenos empleados y seguiremos creciendo

pase lo que pase.

Siguió un silencio. Jeremy miró a una mujer situada a unos dos metros a su derecha, el lugar perfecto para que él la viera.

—Todavía puedo apreciar a una mujer hermosa con un vestido azul a juego con sus ojos, Loretta —miró a su izquierda, buscando de nuevo a la persona que cayera en su ángulo visual perfecto—. Y Geoffrey, veo que todavía llevas esa odiosa corbata verde aunque ya he oído a tu esposa quejarse de ella otras veces.

La multitud rió y la tensión cedió un tanto. Jeremy señaló a los músicos que volvieran a tocar. Hizo señas a Donald de que despejara la pista de baile y todos los presentes parecieron emitir un suspiro colectivo de alivio.

A Edén le temblaban las rodillas. Jeremy la tomó por el brazo.

—¿Estás bien?

Ella miró sus ojos preocupados.

—De maravilla. Has estado magnífico. Pero tienes que ocuparte de tus invitados. No puedes dejar caer una bomba así y no esperar algunas preguntas.

Jeremy frunció el ceño.

—Me gustaría…

Pero una mujer se acercó en aquel momento.

—Jeremy, tú siempre has sido el hombre más encantador de la ciudad. Quiero saber más —lo tomó por el brazo.

Edén sonrió y lo despidió agitando la mano. La multitud se los tragó a la mujer y a él.

En la media hora siguiente, Edén lo observó deslumbrar a las mujeres y divertir e impresionar a los hombres. Su noticia y el hecho de que pareciera funcionar todavía como siempre, le ganaban el aprecio de la gente. Había contado su secreto y había sobrevivido.

Edén sentía un nudo en la garganta. Su visión se hizo borrosa. Se volvió y vio a una mujer de pie en el umbral. Llevaba un sencillo vestido negro y era una desconocida, aunque al mismo tiempo no lo era.

Edén se adelantó.

—Pensaba que no querías conocerlo.

Alisson August se encogió de hombros con aire inseguro y Edén vio que la foto no le hacía justicia. Aquella mujer era una belleza de las que no necesitan adornos para brillar.

—He visto el anuncio en el periódico y me ha podido la curiosidad. Ha sido… valiente, ¿verdad?

Edén luchó por buscar las palabras correctas y no pudo evitar pensar que aquella mujer era perfecta para él. Tenía a su hijo. Era hermosa. Compartían algo. Y él podía ver crecer a su hijo.

—Es valiente, noble y muchas cosas más.

—Me alegra saberlo.

—Es un hombre asombroso e inteligente y con un maravilloso sentido del humor. Tiene mucho que ofrecerle al mundo.

La mujer la observó con cierto regocijo.

—¿Intentas convencerme a mí o estás enamorada de él?

Edén reprimió un respingo. ¿Tan transparente era? Obviamente, sí. ¿Veían otras personas lo que veía aquella mujer? Rezó para que no fuera así.

—Jeremy ha sido un buen jefe, el mejor que he tenido nunca, pero ya me marcho. Tengo mi propia vida.

Y su trabajo había terminado. Quedándose no lograría nada. Si Alisson había visto la verdad, otros también la verían. Y lo sabría Jeremy.

—Deberías ir a presentarte —dijo a Alisson—. Sé que le gustaría mucho conocerte.

La mujer la observó un momento como si quisiera leerle el pensamiento y se alejó en dirección a Jeremy.

El engranaje encajaba en su sitio. Allí estaba todo hecho. El juego había terminado. No había más.

El pánico y las lágrimas amenazaban con embargarla y Edén escapó de la habitación. Buscó a Donald y le contó que la habían llamado con una urgencia. Le pidió que alguien le sacara las maletas y la llevara al tren.

Se volvió a buscar a Jeremy. Estaba en medio de un grupo. La gente reía y bromeaba con él. Todas las mujeres parecían querer estar con él. Vio que Alisson le lanzaba una última mirada interrogante.

En un segundo tomó su decisión. Saludó a Alisson con una inclinación de cabeza y se dirigió a la puerta. Marcharse sin despedirse era una cobardía, un modo muy malo de acabar lo que había pasado allí ese par de meses, pero…

Si se quedaba, él lo sabría. Se sentiría culpable y se odiaría a sí mismo porque ella no podría despedirse sin lágrimas. Cuando se

hubiera ido, lo llamaría o le mandaría una carta.

No podía hacer nada más. Con el tiempo, Jeremy la perdonaría por haberse ido tan abruptamente. Su mundo se arreglaría. Todos sabían por fin la verdad y la habían aceptado. Alisson era la mujer ideal para él. Y Jeremy acabaría por darse cuenta.

Cerró los ojos. Hizo lo posible por darse valor. Y salió huyendo.

Jeremy estaba contento con el resultado de la reunión, pero estaba deseando que acabara. Apenas había podido hablar con Edén en toda la noche y ahora… Por cierto, ¿dónde estaba?

Miró a su alrededor y maldijo las zonas borrosas donde no podía ver con claridad. A su derecha entró una mujer en su campo de visión. Sintió un ligero shock, pero se recuperó rápidamente y se dijo que no era tan sorprendente. En sus circunstancias, él habría hecho lo mismo. La mujer le tendió la mano.

—No nos conocemos, pero…

—Tú eres Alisson —dijo él.

Ella sonrió.

—Y está claro que no soy lo que buscas.

Él frunció el ceño sin comprender.

—Sólo me sorprende un poco verte aquí.

Ella se encogió de hombros.

—A mí también me sorprende un poco estar aquí. Vi el anuncio de la conferencia de prensa y sólo he venido a echar un vistazo, pero tu secretaria ha dicho que te saludara.

—¿Edén? —él miró a un lado.

—Creo que no está aquí. La he visto salir.

Jeremy se sintió cansado de pronto. Había logrado sus objetivos para la velada. Le quedaba muy poco tiempo con Edén, pero nadie daba muestras de querer retirarse y… ¡Maldición! ¿Dónde estaba ella?

—Seguramente no es el mejor momento para que hablemos —dijo Alisson.

—Seguramente no, pero hablaremos, ¿verdad? ¿Otro día?

—Sí, creo que tenemos que hacerlo, pero…

Él parpadeó y la miró. Parecía incómoda.

—Tengo pareja —dijo ella.

Ahora Jeremy lo entendió.

—Me alegro. No has pensado que tenía planes para ti, ¿verdad?

Ella soltó una risita.

—No exactamente, pero tu secretaria me ha cantado tus alabanzas de tal modo que no sabía qué pensar.

Jeremy miró de nuevo alrededor de la habitación. Vio a Donald y adivinó por su postura que le preocupaba algo.

—No quiero interrumpir, señor Fulton, pero…

—Dime —lo alentó Jeremy.

—Se va —dijo Donald—. Ha dicho que es una urgencia. Acabo de bajarle las maletas. Uno de los chóferes la va a llevar al tren. Creo que debe saberlo.

El ruido de la habitación pareció aumentar más de cien veces. Jeremy sentía que la pajarita lo oprimía y la habitación le parecía atestada. Y vacía al mismo tiempo.

Luchó por controlarse, por respirar, por pensar, por mantener la fachada de calma que le había servido bien toda su vida, la que lo había ayudado a controlar sus sentimientos. Edén se marchaba ya.

Se iba sin despedirse. Tenía que cruzar la habitación. Tenía que encontrarla, pero las sillas se habían movido y la gente le bloqueaba el paso. Los pasillos que habían dejado libres el día anterior ya no estaban. No podía cruzar la habitación sin mostrar claramente sus limitaciones.

—No importa —dijo casi con violencia—. No importa lo que piense la gente ni lo que yo pueda ver o no ver. ¡Edén!

Corrió hacia delante y un grupo de personas pareció salir de la nada. Chocó con ellos y tiró algunas bebidas al suelo, pero ignoró sus exclamaciones.

El reloj avanzaba. ¿Se había ido ya el chófer?

Jeremy siguió corriendo sin perder tiempo en disculparse. Una mesa le golpeó la pierna y cayó de rodillas. La manga de la chaqueta se enganchó con algo y se rompió. Se la quitó y siguió corriendo.

—¡Edén, no te vayas! —volvió a gritar—. ¡No te vayas!

Tropezó con una mujer y ella lanzó un grito. La multitud empezaba a murmurar.

—¿Qué le ocurre? —dijo una voz de hombre—. Se ha vuelto loco.

—No ve —gritó otra voz.

Jeremy los ignoraba a todos. Sólo importaba encontrar a Edén

antes de que se marchara. Encontró como pudo la puerta principal y salió corriendo a la noche.

La multitud lo siguió a la oscuridad, rompiendo el silencio con sus murmullos.

Y entonces vio una figura que tenía que ser ella y que se alejaba por el camino de la entrada.

—Edén —dijo; y esa vez no fue un aullido sino un sonido de animal angustiado.

Fue suficiente. Ella se volvió y se detuvo. Jeremy corrió hacia ella.

—Te vas sin despedirte —dijo él.

Ella se mordió el labio y asintió.

—Sí —su voz sonaba temblorosa.

Jeremy cerró los ojos.

—No querías despedirte.

—No podía —ella miró a un lado—. Mi trabajo aquí ha terminado. Has logrado lo que querías. Está todo arreglado. Ya estás bien sin mí.

No, él nunca estaría bien sin ella. ¿Pero podía decírselo? No podía intentar retenerla por compasión.

Ella se acercó más.

—Jeremy, no llevas chaqueta, tienes la camisa rota, la pajarita torcida y el pelo… —le tocó el pelo y él creyó que iba a morir por el deseo de estrecharla en sus brazos.

—Ha tropezado con algunas cosas para intentar llegar hasta ti —dijo la voz de Jonathan desde un lateral—. No dejaba de gritar tu nombre y se ha caído más de una vez.

—¿Jeremy? ¿Te has caído? ¿Por mí? Lo siento.

—No —repuso él—. Nada de eso importa. Toda mi vida he construido una pared impenetrable a mi alrededor para esconder mis debilidades e imperfecciones. Y desde mi diagnóstico he escondido mi estado. He presentado ante el mundo una ilusión y siempre que no baje la guardia, podría seguir así. Incluso esta noche, al decir la verdad, seguía interpretando un papel, dejando que mi orgullo dictara mis actos. Pero… tú te vas y nada de eso importa ya.

—No podía quedarme —dijo ella con suavidad; y había lágrimas en su voz—. Tenía miedo de que vieras lo difícil que era para mí dejarte.

¿Tenía miedo de mostrarle lo que sentía? Él conocía esa sensación. Necesitaba conquistar su propia tendencia a esconder sus

sentimientos más profundos y sin embargo… ¿cómo podía decirle lo que quería decirle? ¿Cómo pedirle lo que quería pedirle?

Tendió la mano, le acarició la mejilla y sintió sus lágrimas.

—Edén, ya te hice daño una vez cuando éramos más jóvenes. Sé que fue así. Y te lo han hecho otros. No quiero volver a hacerte daño. No quiero causarte ni un momento más de preocupación. Y sin embargo…

Ella esperó.

Él, que siempre encontraba las palabras indicadas, no sabía qué decir. Sus pensamientos eran un caos. El corazón le latía con fuerza y se esforzaba por razonar. Aquélla era Edén. Ella era su corazón. Las palabras que eligiera ahora serían las más importantes que tendría que pronunciar en su vida.

—Sé que has pensado que Alisson y yo podíamos ser pareja, pero eso no va a ocurrir. A pesar de lo que tú quieras para mí, ella y yo no estamos destinados el uno al otro. Y… nunca he amado a una mujer, así que, por lógica, no debería reconocer ese sentimiento. La verdad es que siempre he creído que era como mi padre, incapaz de amar, un sentimiento que parece destruir tantas vidas que yo no quería tener nada que ver con él, pero tú… tu voz… es lo que ansío oír cada día. Anhelo tu contacto y tu risa hace que mi día esté completo. Tú has cambiado mi mundo. Y tenía que decírtelo antes de que te marcharas.

—¿Jeremy? —Edén se acercó. Él sintió su mirada clavada en él.

—No puedo mentirte —dijo—. No quiero que te vayas y va a ser un infierno vivir sin ti. Pero el hecho de que yo sienta eso… no importa porque, por más que quiera prometerte todo lo que promete un hombre a una mujer, la verdad es que no sé lo que me depara el futuro. No puedo pedirle a nadie que comparta ese futuro. Todo mi dinero no puede cambiar algunas cosas.

Dejó de hablar. Edén lo miraba. La multitud guardaba un silencio absoluto. Estaba ante el mundo, desnudo emocionalmente y, por primera vez en su vida, no le importaba nada cómo lo viera el mundo. Porque su verdadero mundo era Edén.

Edén apenas podía respirar, de tanto como le dolía el corazón. Jeremy estaba a su lado. Las cosas que había dicho… todo lo que

había dicho…

¿Le ofrecía…?

No, no podía atreverse a esperar eso. Él había dicho cosas maravillosas, pero no había ofrecido nada.

Aun así… ¿había dicho que la amaba?

Sí, pero había amores y amores. Jeremy había tenido muchas relaciones cortas. Probablemente había usado antes esa palabra, pero él no tenía relaciones auténticas. Se lo había dicho muchas veces.

Cerró los ojos, confusa y temerosa. Sintió un nudo en la garganta. Combatió las lágrimas. Ya no se escondería más de la verdad, aunque la verdad fuera humillante.

—No sé lo que ofreces ni si ofreces algo, pero no es imprescindible que tenga hijos —dijo ella—. Un ADN perfecto no es un requerimiento y todo tu dinero tampoco me dará lo que yo quiero.

Se inclinó hacia delante y él le tendió los brazos.

Pero se detuvo.

—Dime lo que quieres —pidió—. Dime lo que quieres y necesitas de verdad.

Ella respiró hondo. Luchó por no mentir, por contarle la verdad por muy difícil que le resultara.

—Siempre ha sido a ti —consiguió decir al fin, con el corazón dolorido y los ojos llenos de lágrimas—. No tenía que haber venido aquí porque, en lo profundo de mi corazón, sabía que era verdad. Yo te quiero. Te amo, Jeremy.

Él cerró los ojos.

—Sabes que nunca seré un hombre completo.

Ella se echó a reír y él abrió los ojos.

—Jeremy, eres el hombre más completo que he conocido. Corres riesgos, me ayudas a correr riesgos y me retas a probar cosas nuevas y emocionantes, a superarme cuando yo creo que no puedo. Tú sigues haciendo tu trabajo todos los días aunque te cueste una lucha. Eres bueno e inteligente. Ayudas a la gente y me haces reír y… eres todo lo que quiero.

—Edén… —Jeremy se dejó caer de rodillas.

Ella recordó entonces a la multitud que observaba a aquel hombre que había luchado toda su vida por su orgullo. Recordó que la gente había dicho que se había caído varias veces por ir en su busca. Le sangraba una mano. A aquel hombre que era tan luchador que nunca

cedía a la debilidad, aquel hombre al que amaba…

¿Se había golpeado algo más que la mano? ¿La cabeza?

—Jeremy, ¿qué sucede? ¿Estás herido? Déjame verte la mano —se dejó caer de rodillas a su lado y le tomó la mano.

Él volvió la cabeza hasta que quedaron nariz con nariz.

—Edén —susurró; ignoró a los espectadores y le besó el cuello—. Estás estropeando mi proposición.

Alguien soltó una risita al fondo, pero a Edén no le importó. Parpadeó y apretó con tal fuerza la mano de Jeremy que él hizo una mueca.

—¿Qué? —susurró ella.

Él le sonrió y a ella se le derritió el corazón.

—Has dicho que me amas —dijo él.

—Sí.

—Y yo te he dicho que eres la única mujer a la que he amado.

—Creía que querías despedirme sin partirme demasiado el corazón. Sé que te sentirías culpable si creyeras que me habías hecho daño —repuso ella.

Él le acarició la mejilla con solemnidad.

—Prefiero hacerme daño a mí mismo a hacértelo a ti. Tú eres lo más precioso del mundo para mí. Pero no te diría que te amo si no fuera cierto —la besó con gentileza—. ¿Quieres casarte conmigo, Edén? ¿Quedarte tanto como puedas?

Ella frunció el ceño.

—¿Tanto como pueda?

—No sé cómo acabaré yo ni cuáles serán las dificultades. Podrías cambiar de idea.

—Jeremy —Edén le dio un golpe en el brazo y frunció el ceño—. O me lo pides para siempre o no me lo pidas —cruzó los brazos bajo el pecho.

La multitud aplaudió y vitoreó.

Jeremy no hizo caso. Su sonrisa era mágica. Derretía completamente los miedos de ella. Edén sentía el corazón henchido y no pudo evitar sonreírle.

Él le tomó la mano y la hizo levantarse para quedar arrodillado ante ella.

—Edén, mi primer y único amor, ¿quieres ser mi esposa y la madre de los hijos que adoptemos pase lo que pase?

Ella tiró de la mano de él hasta que estuvo de pie a su lado.

—Intenta librarte de mí —susurró—. Seré tu esposa, tu compañera y tu amante.

—Yo te construiré tu colegio —le prometió él, abrazándola.

—Y yo seré tus ojos —susurró ella sólo para él—. Tú serás mi… todo.

Jeremy la estrechó contra sí.

—¿Quién iba a saber que lo que yo consideraba la mayor tragedia de mi vida me traería mi mayor alegría? Bienvenida a casa, amor mío. Siento mucho haber estropeado nuestro primer beso hace años. Estaba ciego.

Ella se echó a reír.

—Así es, Jeremy. Puedes besarme ahora. Puedes besarme eternamente.

—¡Qué idea tan fantástica! —él deslizó los dedos en su pelo y la besó en la boca.

—¿Edén? —preguntó, cuando tuvo que buscar aire.

—¿Sí?

—¿Sabes lo que veo cuando te beso?

—Dímelo —susurró ella en sus labios.

—Veo el futuro y es hermoso.

—Me va a encantar estar casada contigo —dijo ella.

Jeremy soltó un grito de victoria y la tomó en sus brazos.

—Necesitamos música, Donald. Dile a la orquesta que salga para que podamos bailar todos bajo las estrellas. Y dile al chófer que puede irse a casa con su mujer, que no lo necesitamos. Ella se queda. Es mía.

Se volvió a los invitados.

—Espero que nos ayuden a celebrar el anuncio de nuestro compromiso.

La multitud los vitoreó.

—Vosotros dos sí que sabéis dar una conferencia de prensa —comentó Jonathan—. De las que a mí me gustan.

Los dos se echaron a reír y le dieron las gracias.

—¿Verdad que hacen buena pareja? —oyó Edén que decía una mujer. Le pareció la voz de Alisson.

—Supongo que ella tiene lo que él lleva toda la vida buscando —contestó la voz inconfundible de Miriam.

Jeremy se echó a reír.

—Tiene razón —susurró a Edén—. No lo vi inmediatamente, pero ahora está muy claro.

Edén se puso de puntillas y lo besó cuando la orquesta empezaba a tocar.

—Me alegro mucho de que Ashley me enviara aquí.

—Esa mujer es una joya —asintió él—. Tendremos que ponerle su nombre a nuestra primera hija.

Edén sonrió y empezó a bailar con él. Su corazón había vuelto a casa por fin.

Fin